E. GOMEZ CARRILLO

OBRAS COMPLETAS.-TOMO XXVI

TREINTA AÑOS DE MI VIDA

MUNDO LATINO MADRID

LA MISERIA DE MADRID

E. GÓMEZ CARRILLO

TREINTA AÑOS DE MI VIDA

LIBRO TERCERO Y ÚLTIMO

LA MISERIA DE MADRID

Colección Luis Luján Muñoz
Universidad Francisco Marroquín
www.ufm.edu - Guatemala

TOMO XXVI DE LAS OBRAS COMPLETAS

ADMINISTRACIÓN:

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

MADRID

ES PROPIEDAD

COPYRIGHT, 1923
BY B. GÓMEZ CARRILLO.

Tipografía Yagües.—Doctor Fourquet, 4.—Madrid.

A RAQUEL MELLER

Cuando comencé estas memorias, seis años ha, mi vida sentimental parecíame terminada para siempre. Mi cuerpo estaba joven. Pero mi alma tenía cien años y sólo en el recuerdo melancólico de las horas pasadas hallaba solaz y sosiego.

Un día, un día que había comenzado tan triste como todos mis otros días y que acabó lleno de resplandores de esperanza, un día sublime, te encontré en mi camino.

¿Te acuerdas?

Fué la realización del milagro soñado por Quinet. Mi caballo de cristiano errante, cansado de correr por el mundo en pos de vanas quimeras, no quiso, desde aquel minuto, alejarse de tu puerta. Tú te llamabas Raquel, lo mismo que la novia de Ashaverus. Tú, con tu alma triste y pura, eras la única mujer capaz de devolverme las ilusiones, de salvarme del infierno del desencanto, de llenarme el pecho de bienaventuranza activa.

—¡Por el amor del Amor!—te dije.

Tú me abriste tus brazos fervorosos. Y entonces el pasado, y la memoria, y el recuerdo, murie-

ron en mí. ¿Qué me importaban, a partir de tu advenimiento, los años que había vivido antes?... No eran siquiera míos...

Mi vida verdadera comenzó en ti, magnífica, ardiente, clara, feliz. Y en ti continúa...

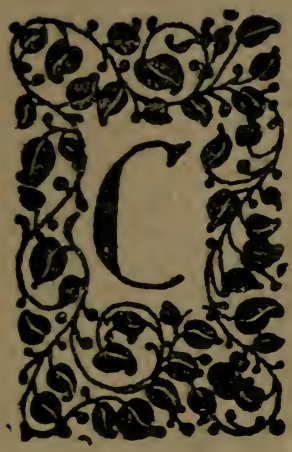
Así, Raquel, con este tercer tomo, pongo fin a mis memorias apenas iniciadas, porque, verdaderamente, ya no recuerdo lo que fué mi existencia, y si quisiera contar más tendría que inventar...

Tu marido que te adora,

ENRIQUE.

Buenos Aires, 1.° de enero de 1921.

LA LLEGADA A MADRID



Cómo recuerdo aquella noche de diciembre de 1891 en que llegué a Madrid, después de un viaje terriblemente largo y horriblemente triste!... En la estación, tétrica y sucia, diez o doce intérpretes, que al verme en compañía de una mujer elegante y al oírme hablar en francés, me tomaron por un rico extranjero, disputáronse el honor de apoderarse de mi equipaje y de conducirme a sus hoteles. La suerte, la mala suerte, me hizo aceptar los servicios de un viejo de aire eclesiástico, quien, con pocas palabras, logró convencerme de que en

ninguna parte estaría mejor *madame* que en el Bristol, en plena Puerta del Sol, en la esquina de la calle del Arenal.

—Lo que no quiero—le dije con humilde franqueza—es pagar caro.

—Por diez pesetas cada uno, cuatro duros los dos—contestóme—, estarán los señores como príncipes.

Yo calculé en el acto que teniendo, como creía tener, 500 francos mensuales, no me era posible emplear 20 diarios en la fonda. Pero acepté con carácter provisorio aquellas condiciones que entonces me parecían suntuosas, pensando en buscar, antes del fin de la semana, una casa de huéspedes buena, bonita y barata. Y con el alma melancólica que convenía a mi situación de *exilé*, instaléme en una amplia estancia, cuyos balcones dominaban el tumulto de la gran plaza madrileña. Mi estado de ánimo, muy sinceramente amargo, no me permitía darme cuenta de la alegría populachera, sencilla, clara, chillona, que se elevaba de aquella multitud a aquella hora tibia y lunar. La única imagen que desde mi ventana descubría en el espacio era la de mi hotelito de París, con su taller de modistas enfrente y sus viejos techos negros a lo lejos... Un profundo suspiro escapóse de mi boca crispada.

—¿Qué tienes?—preguntóme Alice acercándose a mí y estrechándome con ternura las manos.

Luego, creyendo que podía consolarme como a un niño, se puso a edificar, con materiales recogidos en confidencias mías, un edificio espléndido de triunfos futuros.

—Esto es grande—decíame señalando la multitud que llenaba la plaza—, esto es tan grande cual París... ¡Qué digo!... En París, a estas horas, no hay igual animación en ninguna parte... Y ésta es tu patria, ésta es la capital de tu raza, de tu lengua... Aquí, con tu talento, podrás conquistar en poco tiempo la fama y la fortuna.... ¡Ah! Claro que no te hablo de cientos de miles de francos... ¿Para qué los queremos? Pero lo que necesitamos para vivir sin tener que pensar en pedir nada a Guatemala, eso sí... ¡Oye con qué entusiasmo se venden los periódicos!... Tú escribirás en ellos... ¡Tengo unas ganas de ver tu nombre al pie de un artículo en un diario de aquí!... Yo te obligaré a trabajar... Yo te impediré que te pases el día en el café... Ya se acabó la bohemia... Si me quieres, dime que no estás triste... ¿Verdad que no?

—No...

—¿Verdad que seremos felices, muy unidos, sin separarnos un instante, nunca, nunca?

—Nunca...

Por fortuna para mí, que estaba a punto de mandar a paseo a mi amiguita, en aquel momento el intéprete entró en nuestra habitación para entregarme el valor de un billete francés que le había hecho cambiar.

* * *

—Por los cien francos—díjome—me han dado esto...

Como no me cabía duda de haberle entregado uno de los dos únicos billetes de quinientos francos que poseía, le hice observar su error.

Con tan suave altivez protestó contra mis palabras, que si no hubiera sido porque yo estaba seguro de no tener sino doscientos duros en dos billetes y tres o cuatro monedas de oro, me habría hecho dudar de mí mismo. Mas no cabiendo error ninguno de parte mía, le dije:

—O me trae usted en seguida mi dinero, o le diré al propietario que es usted un ladrón.

—Yo mismo—contestóme—voy a buscar al amo para que le explique a usted que soy un hombre honrado a carta cabal.

Y salió erguido... Y no volvió... Y cuando bajé a la oficina a explicar lo que me pasaba, encontréme con que el dueño, la mujer del dueño y la

hija del dueño, estaban ya enterados de que yo era un miserable calumniador que trataba de arrebatar a un íntegro caballero venido a menos su honra y además cuatrocientas pesetas.

—Ese modesto empleado de mi casa—gritaba el hostelero—ha sido cónsul de España, y en cualquier país que no fuera el nuestro habría llegado a ministro de Ultramar... ¡Un hombre que habla tres lenguas y que conoce todo el mundo!...

—Será lo que usted quiera—respondíle—; pero lo cierto es que se ha llevado un billete de cien duros y quiere darme el cambio de cien francos...

Entonces fué la señora dueña la que intervino, gritando furiosa y amenazadora:

—O retira usted esas palabras, o se va usted ahora mismo de esta casa...

—Sí que me voy... Me voy de aquí a la policía...

En ese momento, un caballero que hasta entonces había permanecido ajeno a la disputa en un ángulo del *bureau*, con un periódico en la mano, haciendo como que leía con gran atención, acercóseme y me dijo en francés, muy cortésmente:

—No saldrá usted ganando nada con insistir... Estas buenas gentes tienen confianza en el intérprete... Usted no tiene testigos, ni recibo, ni nada que le sirva para probar que dice la verdad... Si

el asunto llega a la justicia, lo menos malo que le puede suceder a usted es que lo molesten llamándolo a declarar varias veces... Eso si al empleado del hotel no se le ocurre querellarse contra usted por calumnia y pedirle una pingüe indemnización...

—De modo que el único recurso que me queda es dejarme robar, callarme y marcharme.

—Marcharse, no... Si usted quiere, yo explicaré que usted ha creído..., que usted no acusa de ladrón a ese hombre... Así podrá usted continuar aquí..

—Y usted, ¿quién es?

—Yo..., aquí tiene usted mi nombre..., un servidor de usted y de todos los forasteros distinguidos...

Al mismo tiempo me entregó una tarjeta que decía: «El marqués de Rubiniano.»

En seguida, creyendo que su título me había impresionado, agregó:

—Puesto que hemos de cenar juntos, en la mesa hablaremos de todo esto... Me parece usted muy joven... Y su compañera de usted también es una niña... ¿Soy indiscreto preguntándole si es usted francés?

—No..., no lo soy... Soy de Guatemala. .

—Casi español, en ese caso.

—Español de familia...

Mientras el hidalgo entrometido y yo hablábamos de esta guisa, el intérprete y la familia del hostelero desaparecieron del *bureau*. Sólo el dueño de la fonda, que había abierto un libro de cuentas, se quedaba en mi presencia, murmurando entre dientes:

—Ya sé que los jóvenes son muy vehementes... Pero poco a poco se convencerá usted de que mi casa es un espejo...

Al oír esto el señor Rubiniano exclamó:

—Me alegro..., me alegro mucho de que todo se arregle así y de que estos forasteros no se marchen del hotel... ¿Vamos a cenar?... Verá usted que no hay mesa mejor en toda España.

* * *

Una hora más tarde, en efecto, Alice y yo confesábamos que la cocina de aquella fonda era excelente.

—En cuanto al vino—decíanos el marqués—me permitirán ustedes que yo les ofrezca del mío, que es muy superior al de la casa... Me viene de mis tierras de Navarra...

Y nos llenaba las copas con tanta largueza y tantas sonrisas, que yo me preguntaba, caviloso y desconfiado: «¿Qué empeño puede tener este

señor en ser tan amable para conmigo?» Al fin, no encontrando otra explicación y notando sus maneras donjuanescas de mirar a mi mujercita, comprendí que no eran para mí sus agasajos... Usando y abusando de una campechanería muy española—y muy mal educada—, al cabo de veinte minutos de charla ya nos había hablado de sus riquezas, de su linaje, de sus conquistas, de su talento, de sus relaciones, de su generosidad, de su bravura. Su vino parecía subírsele a la cabeza rápidamente:

—Vea usted, Enrique—díjome de pronto—; entre usted y yo vamos a enseñar el castellano a esta niña... ¿Quiere usted?...

—La que debe contestar si quiere es ella misma.

—¡Yo!—exclamó mi novia—¡Ya lo creo!... Me gusta tanto el español, que hasta me parece más dulce que el francés... ¿Verdad, marqués?

—No me llame usted marqués... Llámeme usted por mi nombre, por mi pequeño nombre, como dicen ustedes tan gentilmente... Me llamo Fernando de Arévalo... Llámeme usted Fernando...

—No me atrevo...

—Pues yo, para obligarla, la llamaré a usted Alice... ¿No se enfada usted?... Es muy dulce decir Alice... Bueno, a la salud de usted y de En-

rique... Es preciso que yo les haga conocer a ambos la vida madrileña... El último día de este mes, que es también el último del año, tenemos una cena con amigos y amigas... Quedan ustedes invitados... Pero aun falta una semana larga... Antes ¿qué vamos a ver?...

—Yo—dijo mi querida con imperiosa coquetería de niña mimada—, yo quiero ver bailes andaluces...

—Pues a verlos...

* * *

Y allá nos fuimos a un café cantante sórdido, en cuyo tablado retorcíase, al compás de las palmas de cuatro jaleadoras, una muchacha alta, flaca, de grandes ojos negros y de labios arremangados, que dejaban ver unos dientes muy blancos engarzados en unas encías muy rojas. En nuestra calidad de forasteros suntuosos, el amo de la casa nos ofreció el único palco de su establecimiento y nos hizo servir, sin que se la pidiéramos, una botella de jerez forrada de papel de plata. Alice, entusiasta y novelera como buena parisiense, no se cansaba de admirar y de interrogar. El marqués no se ocupaba sino de Alice. Y yo, cansado de consolarme de mi aislamiento con el vino, acabé por ofrecer una copa a una de las jaleadoras.

Tras esta «artista», una segunda acercóse a nuestra mesa. Luego, al terminar el espectáculo, acudieron las otras dos. Sólo la bailarina flaca, desdeñosa y altiva, continuaba en el tinglado, en una silla, sin dignarse siquiera volver hacia nosotros sus obscuras miradas.

—¿Por qué ésa no viene también?—preguntó mi amiga.

—Porque no le gusta el jerez—contestó el amo, interrogado por el marqués.

—¿Y qué es lo que le gusta?...

—El anís..., el anís del Mono...

—Si no es más que eso, tráigale usted una botella.

Alice, que estaba ya bastante mareada, acabó por perder la cabeza, aceptando todas las copas que las «artistas» le ofrecían. Y de pronto, con las pupilas lucientes, con la boca entreabierta, acercóse a la bailadora para examinar su peinado, su colorete, su peina de concha, su pañuelo de flecos rojos, sus patillas de gitana.

—¡Jesú—murmuraba la española, arisca y satisfecha a la vez—, Jesú, lo pelma que son estas inglesas!... Todo lo tienen que manoseá... Y ésta siquiera es guapiya...

Luego, viendo la insistencia con que su admiradora examinaba su moño lustroso, exclamó:

—¡Que es mío!... ¡Que no se figure usté que es de pelo de difunto!...

Mientras Alice y la bailadora sostenían así un diálogo bilingüe, en el cual no se entendían ni una sola palabra, la más joven de las jaleadoras, una chiquilla vivaracha, muy negra, muy pícara de aspecto, había ido a sentarse junto a mí y me hablaba al oído, pidiéndome primero un cigarrillo, luego una copa, luego una peseta. Yo reía y la complacía. Pero acostumbrada a pedirlo todo, acabó por querer que le diera también mi pañuelo. Entonces, mitad por broma, mitad porque su boca me tentaba, la dije:

—Si me das un beso te doy todo lo que quieras.

—¿Me das un duro?

—Sí.

—Bueno, pues toma el beso... Cerraré los ojos...

Una risa general celebró aquel ósculo. Todos parecían contentos de mi osadía. Sólo Alice, muy pálida, acariciaba con dedos crispados un objeto brillante. Yo alargué la mano para ver lo que era. Ella me rechazó, dándome un golpe.

—Lo ha herido—dijo con voz sorda la bailadora, viendo caer en el suelo unas tijeras ensangrentadas.

Yo juré que no. Pero casi a la fuerza aquellas

mujeres me cogieron el brazo, y al arremangarme la americana, estuvieron a punto de desmayarse viendo el chorro de sangre que se escapaba de mi muñeca... Sólo mi amiga, lívida, inmóvil, permanecía silenciosa, contemplándome con ojos de odio.

—Esa mujé está loca—gritó la bailadora.

—Es una fiera—dijo la niña que me había dado el beso.

El marqués, deseoso de aprovechar las circunstancias para continuar sus manejos, acercóse a Alice y le habló al oído. La respuesta fué una bofetada sonora que lo hizo vacilar en su silla. Rojo de ira, el hidalgo púsose de pie, amenazador. Yo me coloqué entre él y mi amiga, dispuesto a todo. Con voz ruda, en la que se sentía la sinceridad, díjome mirándome a la cara:

—Si no fuera usted un niño, le pediría que me diera una reparación.

—Cuando usted quiera, como usted quiera—contestéle.

—No—agregó—, no le molestaré a usted para nada... La culpa ha sido mía... Yo debí no venir aquí...

Luego llamó al dueño, le dió un billete de cincuenta pesetas, tomó su sombrero y, despidiéndose, dijo muy frío y muy cortés:

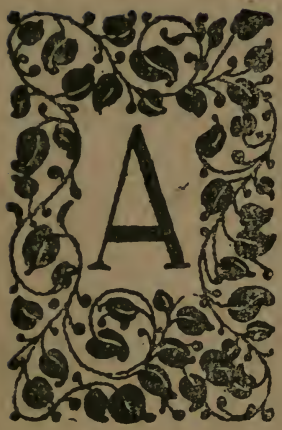
—Señoras, buenas noches.

Alice fué la única que le contestó, diciéndole en español muy claro:

—¡Mierda!

Y entre las risas locas que provocó esta última palabra en el corro de las jaleadoras, nos marchamos mi querida y yo en un coche que el amo nos hizo buscar: ella rígida y palpitante en su obstinado silencio, yo chorreando sangre y preguntándome si todo lo que aquella primera noche madrileña habíame pasado no sería el augurio de peores días futuros...

LA VIDA MADRILEÑA



L día siguiente, al despertarse, Alice no se acordaba de nada. Muy fresca, muy sonriente, pero con la vaga impresión de haber olvidado algo importante, preguntábame:

—¿Qué hicimos anoche?

—Beber un poco más que de costumbre — contestéle.

—Sí..., eso ya lo sé..., el vino del marqués..., una botella de no sé qué en un café cantante... Pero, ¿y luego? ¿Adónde fuimos?... ¿A qué hora volvimos?...

Yo escondí mi herida, que me hacía daño, y le referí en tono de broma todo lo demás, sin ocul-

tarle su manera de tratar al hidalgo que le hiciera la corte. Ella, confusa, reía, diciendo que no era cierto todo aquello, que yo lo inventaba para avergonzarla.

—¡Yo!—exclamaba—, ¡yo!..., ¡yo!...

Y esta sílaba, con su acento de ironía y de espanto, hacía ver que mi amiga hubiera querido sinceramente no dar crédito a mis palabras.

—Dime la verdad—murmuraba, confusa.

—Es la verdad, mujer...

—Entonces, poniéndose seria y pasándose la mano por la frente como para borrar los malos pensamientos de la víspera, hablóme con una gran cordura, haciéndome ver lo indispensable que era organizar nuestra vida en Madrid de un modo definitivo y conforme a nuestros recursos.

—¿Cuánto nos queda?...

Ambos pusimos sobre la mesa toda nuestra fortuna, que no se componía sino de tres monedas de oro y veinte de plata, alrededor de un magnífico billete de banco.

—Quinientos ochenta y seis francos—dijo mi amiga.

—Luego, calculando, agregó:

—Con la ganancia en el cambio nos resultarán unas setecientas pesetas... Para pagar el hotel y mudarnos, pongamos veinte duros... Aun nos

quedarán, pues, cuando mañana o pasado nos instalemos en una casa de huéspedes modesta, unas seiscientas pesetas para esperar el dinero de Guatemala... ¿Crees tú que tardarán en mandarte tu pensión?

—No.

—Bueno... Aunque tarden algo... Vamos a pagar un mes adelantado... Siempre pagaremos adelantado, y así no nos veremos nunca en apuros... ¿Te parece?... Tenemos que ser muy serios, Enrique...

Había en Alice aquella mañana una palidez, una tristeza, una gravedad que yo no le había visto nunca. No era ya la griseta de diez y ocho años, risueña y mimosa, sino una mujer muy mujer, con algo de prematuramente marchito en los ojos, con algo de amargo en los labios. Sus frases resultaban breves y sus gestos nerviosos.

— Ante todo — murmuraba haciendo nuestro equipaje—es preciso huir de esta casa... Aquí nos pasaría algo malo... Ve a pagar la cuenta y luego pensaremos en otro alojamiento...

* * *

Una hora más tarde comenzamos a buscar nuestra casa de huéspedes por las calles de Madrid, sin ayuda de nadie, andando al acaso...

Era nuestro primer contacto con la villa del oso y del madroño... Y lo del oso nos pareció muy justo... Porque, en verdad, si hoy la capital de las Españas es todavía una de las ciudades menos «confortables» y más sin carácter que hay en el mundo, en aquel entonces era cien veces peor, con su aspecto sórdido, que ha ido perdiendo a medida que se ha enriquecido y europeizado. Dando vueltas por el centro de la población, evocábamos a cada paso, ante la vulgaridad gris de las calles sin estilo, sin fecha, sin abolengo, la gracia vetusta de nuestro barrio Latino, dominado por las torres de Notre Dame y alegrado por las curvas del Sena.

—¡Ah! París..., mi París...

Alice, que en el fondo sufría tanto como yo de nostalgia, trataba de consolarme defendiendo a Madrid, ya que no por su belleza arquitectónica, ni por la elegancia de su vida callejera, al menos por su cielo, por su sol, por la dulzura de su clima. Era el invierno, en efecto, y nos habríamos creído en el más dulce de los otoños meridionales, un otoño tibio, áureo, voluptuoso. Los madrileños, envueltos en sus capas, tomaban en las esquinas interminables baños de luz. Todos los alrededores de la Puerta del Sol estaban literalmente llenos de gente que no se movía, que pa-

recía esperar algo, que soñaba un ensueño tranquilo... La sensación de pereza y de abandono que nosotros, acostumbrados a la gracia parisiense, experimentábamos, era penosa y extraña. Nos dábamos cuenta de que aquella multitud que ocupaba las aceras y hasta el arroyo, formando corros inmóviles, no tenía nada que hacer, nada que esperar, nada en que pensar. La vida entera de la ciudad estaba hecha para ella. Ella era la dueña de la calle. Y cuando un coche, tirado por un caballo flaco, tenía la ocurrencia de atravesar por entre los grupos, el auriga veíase obligado a ir dando voces para que le dejaran el paso libre.

—Es el ágora—murmuró en la Puerta del Sol mi amiga, evocando recuerdos recientes de lecturas atenienses.

—No—le contesté yo—, no es el ágora, sino el zoco...

* * *

Luego, cuando casi comenzábamos a perder la esperanza de encontrar la famosa casa de huéspedes patriarcal, cómoda y barata, vimos al fin de la calle del Arenal, en una ventana de la plaza de Isabel II, un letrero que decía: «Hospedaje».

—¿Subimos?—preguntóme Alice.

Ya teníamos las piernas cansadas de trepar

por escaleras laberínticas en busca del nido imposible. Diez, doce veces, habíamos llamado a puertas mugrientas... Diez, doce veces, al penetrar en los antros estudiantiles, el horrible olor del aceite frito habíanos obligado a retroceder... Diez, doce veces, habíamos vuelto a la calle desilusionados...

—Subamos—dije.

Y no sé si es porque principiábamos a acostumbrarnos a la sordidez, o si es que el albergue aquel era de veras aceptable, lo cierto es que en el acto simpatizamos con el lugar y con el ama. Pocas palabras bastaron para arreglar nuestras condiciones, y algunas horas más tarde ya nos hallábamos instalados, con nuestro escaso equipaje y nuestras numerosas ilusiones, en aquella casona clara, modesta, familiar. Veintiséis años largos hace de aquello, y aun me parece encontrarme en nuestra habitación, bajo la mirada interrogadora y socarrona de la buena doña Marcelina. Como era la primera vez que tenía en su casa una parroquiana parisiense, todo en Alice causábala asombro, y sobre todo sus trapos ligeros, frufrutantes, transparentes, vaporosos. Con sus manos gordas cogía las camisillas de seda y se reía, ruborosa, al ver lo cortas que eran, o bien acariciaba las finas medias de seda, las en-

aguas de encaje, los *déshabillés* de crespón, todo lo que encarna la intimidad coqueta de la mujer, en suma. Para su dureza castellana, aquello, más que signos de elegancia y de refinamiento, era un símbolo de la perversión y de la corrupción francesa. Había, en efecto, en medio de la codicia que en nuestra buena pupilera despertaban los *dessous* de mi amiga, una especie de repugnancia física, extraña e incurable, que la llevaba a limpiarse los dedos con su delantal después de manosear los ligeros y voluptuosos cendales parienses. Este sentimiento fué creciendo poco a poco, hasta el punto de que una tarde, cuando uno de los huéspedes se preparaba a tomar en el comedor un vaso de agua, Marcelina le detuvo la mano, diciéndole:

—¡Jesús María, no beba usted ahí: no ve usted que es la copa de la francesa!...

Pero al principio no sólo no notábamos tal asco, sino que atribuíamos sus palabras y sus modales a una simpatía especial y algo grosera hacia nosotros.

—*Nous l'amusons*—decía Alice, divirtiéndose en perfumarla, en ponerla lazos de cinta, en enseñarla figurines extravagantes y retratos de actrices cuyos descotes hacíanla exclamar a cada instante: «¡Jesús María!...»

«¡Jesús María!...» era su estribillo... «¡Jesús María, cómo pueden quejarse de una comida tan rica!...» «¡Jesús María, lo caras que están las cosas en este Madrid!...» «¡Jesús María, para qué querrá tanta agua la francesa!...»

* * *

En descargo de nuestra patrona, hay que decir que no era ella la que más antipatía nos demostraba. Había en su casa, como en todas las «pensiones» españolas, algunos señores prematuramente envejecidos y totalmente agriados, para los cuales lo que se salía de la pauta de vida madrileña era insoportable y hasta peligroso. El mundo, para ellos, componíase de Cánovas, Sagasta, Castelar, Zorrilla, *Frascuelo*, *Lagartijo*, Pérez Galdós y Mariano de Cavia. Cada uno de estos héroes nacionales recibía cotidianas alabanzas en la mesa redonda. Y yo encontraba aquello muy natural. Pero poco a poco fuí observando que los elogios a sus ídolos llevaban siempre, en los labios de mis compañeros de comer cocido, un poco de veneno para mí. «¡Sagasta! —gritaba uno—. ¿Dónde tienen los franceses un Sagasta?...» Y otro contestaba: «¡Ni un Galdós, hombre, ni un Cavia, ni un Zorrilla!» Después de lo cual el tercero, con calma filosófica, agregaba:

«Si lo que pasa, señores, es que nosotros no somos como los extranjeros, que con cualquier cosa que tienen se dan un postín que les hace creerse lo mejor del mundo... Los periódicos han dado ahora en elogiar a Emilio Zola, por ejemplo, y nosotros mismos le ayudamos a subir, sin acordarnos de que aquí hay un Pereda que deja chiquitos a todos los Zola de París... Nosotros lo único que necesitamos es no ser modestos y darnos un poco de pisto... Porque, a ver: ¿dónde tienen los franceses un Velázquez ni un Quevedo?... ¡Y un cielo y unas mujeres como las de esta tierra!... ¡Y una inteligencia natural, y una gracia!... A ver... a ver...»

Yo, al principio, con gran sencillez, traté de contestarles y de hacerles confesar que si lo español era respetable, también lo extranjero lo era. Pero los tres mosqueteros del nacionalismo reíanse de mí con risas desdeñosas y acababan siempre por darme consejos de patriotismo espiritual.

—Lo que le pierde a usted es su ofuscación por lo francés... Ya lo notará usted más tarde, cuando se dé cuenta de lo corrompido que es ese pueblo en plena decadencia, incapaz de levantarse, por falta de religión, de moral y de energía.

Oyendo aquellos discursos tan vacíos, tan vulgares, yo suponía que mis tres amigos pertene-

cían a la casta apolillada de los escribientes de ministerio. ¡Cuál no fué mi sorpresa al enterarme una noche, después de un debate tempestuoso, de que uno de ellos era diputado, otro catedrático y el tercero redactor de *El Imparcial!*...

—Se necesita tener mala suerte—me dije a mí mismo—para tropezar con los únicos personajes grotescos e ignorantes de la Prensa, de la Universidad y del Parlamento.

Porque, en mi inocencia, yo creía entonces que para enseñar, para legislar, para escribir, necesitábase en España, como en el resto del universo civilizado, alguna cultura y alguna inteligencia. Luego, ¡ay!, fuí conociendo gente fuera de mi casa de huéspedes y la rosa de mis ilusiones adolescentes se deshojó poco a poco. ¡Aquellos señores literatos y artistas de las tertulias de Fornos!... ¡Aquellos jóvenes estudiosos del Ateneo!... ¡Aquellos patriarcas de la tertulia de Fernando Fe!... ¡Aquellos discutidores políticos del Suizo!... Tratándolos, se agravaba, día por día, mi nostalgia del barrio Latino, en el cual los bohemios, sin las pequeñas vanidades y las bajas envidias de los literatos madrileños, cultivaban un noble ideal de arte, de belleza, de originalidad.

* * *

—Ya tú ves que no tenemos un solo amigo con quien hablar—murmuraba yo al oído de Alice—, al cabo de tres largas semanas de vida madrileña.

—Si aun no conocemos a nadie—contestábame ella, tratando siempre de calmar mis tristezas.

En realidad conocíamos ya a «todo el mundo», como se dice, y hasta éramos, en ciertas tertulias, famosos por nuestro infantil impudor de amantes. Aquello de acariciarnos las manos delante de la gente, y aquello de sonreírnos con ternura a cada instante, era inusitado en la villa del oso y del madroño.

—Son unos cursis—aseguraban unos.

—Son unos cínicos—gruñían otros.

Nosotros no nos dábamos siquiera cuenta de nuestro ridículo, hasta que una noche, en Fornos, estalló el escándalo que Bonafoux contó más tarde, agrandándolo y deformándolo, en uno de sus artículos. Sentados en nuestro rinconcillo habitual, muy solitos, Alice y yo leíamos una carta de París, en la cual una de sus amigas le mandaba para mí un beso. Con su espontaneidad parisiense, mi querida me cogió la cara y me besó, diciéndome:

—*De la part de Flore*...

Aquella caricia franca y fresca, en aquel antro de fariseísmo, produjo un formidable murmullo de protesta... «¡Habráse visto desvergüenza»,

decían unos. Y otros: «¡Vaya con los palomos!» O bien: «¡Si creerán que necesitamos que nos pongan gorros!» De pronto, un hombre joven, a quien habíamos saludado pocos días antes en un grupo de amigos, acercóse a nuestra mesa, y sentándose frente a nosotros, nos dijo, sonriendo afectuosamente:

—¡Buena la habéis armado!... Estáis en un lugar de eunucos, donde no se puede amar sino a escondidas... Esta noche todos estos necios no podrán dormir tranquilos...

Era Joaquín Dicenta, ya entonces conocido y temido por su mal carácter y por su mala lengua. Su intervención protectora y la mirada de reto con que contempló a los que nos rodeaban, fueron suficientes para que los gritos hostiles se aplacaran.

—No hagáis caso de esto—exclamaron luego, al despedirnos, Luis Bonafoux y Luis París, que no habían presenciado la escena y que sólo la conocieron por el relato exagerado de Dicenta.

EL PRIMER TRIUNFO

Es y medio llevábamos en Madrid y aun no había yo recibido mi pensión guatemalteca. De los ciento y tantos duros con que habíamos entrado en casa de la señora Marcelina, ya no nos quedaban sino unas cuantas pesetas. Francamente expuse a mi patrona la situación en que me hallaba, excusándome de no pagarla adelantado, como lo habíamos convenido. Ella se mostró no sólo amable, sino hasta generosa, pues además de prometerme que aguardaría con paciencia la llegada de mis fondos «de ultramar», me dijo que si algo necesitaba entretanto me lo daría con gusto.

—Nada—contestéle—, nada necesitamos...

Entonces, contentos de aislarnos en medio de aquel Madrid tan poco hospitalario, Alice y yo nos encerramos para trabajar en silencio. En una semana hice yo, con notas de París, un librito que la casa Hernando imprimió y que llevaba el título de *Esquisses*, es decir, *Esbozos*. ¿Por qué *Esquisses*, así en francés? No acierto a explicármelo ahora. Y tampoco me explico el favor, la curiosidad, la simpatía con que los hombres más eminentes de España acogieron aquel folleto formado por siluetas muy ligeras de los grandes literatos que entonces estaban de moda en París. A los quince días exactos de haber yo enviado los ejemplares destinados a la crítica, me quedé asombrado al ver en un periódico (nada menos que en *El Imparcial)* un artículo de *Clarín* sobre mí. El insigne juez de las Letras comenzaba diciendo: «*Esquisse*... ¿es queso?... ¿qué es eso?...» Pero después de unas cuantas bromas sobre la manía de poner palabras en francés, examinaba seriamente, afectuosamente mi trabajo, expresándose en estos términos:

«Gómez Carrillo se dedica particularmente a una tarea nobilísima que viene a ser *cura de almas*, y que consiste en vulgarizar, con entusiasmo y forma artística, el movimiento literario

europeo contemporáneo entre los pueblos que hablan castellano. ¿Cómo no he de alabar yo tan generoso propósito, si he estado predicando siempre la conveniencia de hacer lo mismo, y en modestísimos límites he procurado trabajar algo en tal sentido?

»Sólo conozco una cosa más nociva que el aislamiento del espíritu nacional: la disolución del espíritu nacional.

»Conste, antes de seguir, que para mí, radical en esto, España y América española son una sola nación, aunque ellas no quieran y aunque tengan diferentes Estados.

»Pues, ahora: si la noble tarea de Gómez Carrillo no es conducida con mucha prudencia, huyendo de extremos, con precaución y aun cautela, ¿no estará expuesta a favorecer esa *disolución* de lo español, de lo castizo, de lo *nuestro?* Sí, lo está; y como Gómez Carrillo no se ve libre por completo del *vicio* de que hablaba, su propaganda de cosmopolitismo literario, que desde el punto de vista de la noticia, de la información, es excelente, necesita correctivo por otro lado.

»Las mismas condiciones de la vida actual de *nuestro autor* le inclinan a dejarse llevar por esa tendencia tan perniciosa para el *españolismo*, que hay que conservar, cueste lo que cueste. Vive Gó-

mez Carrillo en París, vive rodeado de lo puramente parisiense, no de lo español que por allí pudiera encontrarse; y lejos de España y lejos de América, que viene a ser España, cada día lo nacional perderá terreno en ese espíritu. Pero hay más: dentro de lo parisiense hay la especie de lo parisiense que se cree *cosmopolita*, artístico, libre de preocupaciones *burguesas*, sin lazos prosaicos con lo natural ordinario; en fin, una pura abstracción de Bouvard y Pecuchet, que ahora se dedican a creerse Flaubert, su creador. En esa atmósfera respira Gómez Carrillo. En su libro se ve pronto: Sarcey..., ¡un pobre burgués!; un señor maldiciente de oficio..., ¡una gran cosa!; un señor no sé cuántos, amigos de Carrillo, ¡un gran poeta!; Víctor Hugo, ¡inferior a Verlaine!...»

* * *

Más contento que si me hubiera tocado la lotería, escribí en el acto a *Clarín* una larga carta llena de entusiasmo y de fervor... Luego, renunciando aquel día feliz, aquel día claro y triunfal, a mi aislamiento, me fuí a Fornos, en busca de los literatos amigos que formaban la famosa tertulia «del fondo». Allí estaban todos, discutiendo fogosamente sobre las excelencias del naturalis-

mo. Allí estaba Palomero, ya célebre por su ingenio amable; allí estaba Antonio Cortón, cuya cabeza pesada se nimbaba de una aventura galante con una dama ilustre en las letras; allí estaba Ricardo Catarineu, recién llegado de Barcelona, con un tomo de poesías por todo equipaje; allí estaba Luis París, muy fino, muy aristocrático, ya conocido por sus semblanzas literarias; allí estaba Sarmiento, que era director de *El Resumen* y que nos asustaba con sus sombreros de copa y sus levitas; allí estaba Dicenta, acariciándose el bigote con la diestra, distraído; allí estaba Bonafoux, en fin, el terrible Bonafoux, vibrante, parlero, endiablado, atrabiliario, divertido, bilioso y muy simpático, en suma, a pesar de los esfuerzos que hacía por no serlo, o al menos por no parecerlo. La discusión la provocaba una novela recién publicada de doña Emilia Pardo Bazán, en la cual había una descripción de un parto. Dicenta y Palomero aseguraban que aquel parto era tan falso, que cuantas mujeres lo leían se echaban a reír o se indignaban.

—¡Pues si ni de eso es capaz!—exclamaba Bonafoux.

Y cada uno, a su modo, explicaba lo que era el naturalismo, lo que al naturalismo podía exigírsele, lo que el naturalismo no conseguiría

nunca realizar, lo que el naturalismo español significaba.

—Así, Galdós...

—No..., de Galdós no puede hablarse... Galdós no es un naturalista, sino un realista... El verdadero naturalista es Emilio Zola.

—¿Y Flaubert?...

—Yo creo que naturalistas, todos los grandes autores lo han sido, desde Homero y Lucrecio... ¿Hay algo más naturalista que *El Quijote?* Pues, ¿y Quevedo...? ¿Y el *Lazarillo de Tormes?*... Lo que pasa es que aquí tenemos la manía de no estimar sino las tonterías que vienen del extranjero, sin darnos cuenta de que todo lo hemos inventado nosotros antes que los franceses y los ingleses... Si ese parto de doña Emilia estuviera en una novela de Zola, lo encontraríamos admirable... Lo nuestro, por ser nuestro, es lo único que no nos entusiasma. ¿Qué tiene el mismo Zola de superior a López Bago?... Nada más que ser de París... ¡Si Galdós fuera de Londres, no juraríamos sino por él!... Porque, señores, ustedes dirán lo que quieran; pero en todo el mundo jamás ha habido mas que un Cervantes y un Galdós, y ambos han nacido en esta tierra para que rabien los de fuera...

—Sin duda, como novelistas estamos a la altura

de los pueblos más ricos... Pereda, don Benito, doña Emilia... La lástima es que nuestra política nos aisle del mundo... El día que figuremos de nuevo en el concierto europeo, se verá nuestra riqueza espiritual, y los franceses se morirán de envidia al notar que hay de este lado de los Pirineos un pueblo viril que no escribe versos decadentes...

—¡Ah! los decadentes... De nuestro Góngora salen todos, aunque no lo confiesan...

Yo me figuraba estar oyendo a los tres pontífices de mi casa de huéspedes... Pero había tanto júbilo en mi alma, que les perdonaba de buena gana a aquellos amigos míos las vulgaridades de su charla. Lo único que no les perdonaba es que ninguno de ellos me hablara ni de mi librito ni del artículo de *Clarín*. Al fin pensé: «No han leído el artículo». Y sin poderme contener, saqué del bolsillo *El Imparcial* y le pregunté a Bonafoux, señalándole la columna que me concernía, si había visto aquello.

—Sí—contestóme sonriendo.

Sarmiento, en el extremo opuesto de la mesa, sonrió también, exclamando:

—¡Conque bombito, eh!...

Todos los demás miraron el periódico en silencio. Una sonrisa general, una misteriosa sonrisa

que no acerté a explicarme, crispó un instante los rostros. Lejos de felicitarme, aquellos compañeros parecían tenerme lástima. Algo pasó entonces en el interior de mi ser sensible que me dejó para siempre un recuerdo penoso. ¿Era ridículo, realmente, ser elogiado por el crítico más ilustre de la época?... ¿Eran inmerecidos los elogios? De cualquier modo ¿por qué amargarme así el júbilo ingenuo de mi primer éxito literario. «En París —pensé—, en el café d'Harcourt, los bohemios no tienen estas caras hostiles cuando un compañero refiere uno de sus triunfos.» ¡París!... Una nube de tristeza me obscureció el espíritu. Y cuando media hora más tarde volvía a casa, la dulce Alice me encontró tan pálido que me preguntó si me había pasado algo.

NÚÑEZ DE ARCE EN MI CASA

UVE al día siguiente otra alegría y otra desilusión. Era la hora de la sobremesa. Mi vecino, el redactor de *El Imparcial*, hablábame del ingenio de Cánovas, muy superior, a su entender, al de Aristófanes y al de Voltaire, cuando la criada entró en el comedor diciéndome que me buscaba un caballero.

—¿No ha dicho su nombre?—preguntéla.

—Sí—me contestó—. Dice que se llama don Gaspar Núñez de Arce.

Al oír aquel nombre sentí una emoción inmensa. De todos los poetas españoles, aquél era el

único a quien yo admiraba sin reservas, con fe casi religiosa. Sabíame sus poemas de memoria, y los recitaba con énfasis cuando quería darme a mí mismo conciertos de ritmos metálicos. *El vértigo*, la *Visión de Fray Martín*, *Raimundo Lulio*, *La pesca*, todo lo suyo parecíame comparable a las más asombrosas creaciones de Leconte de Lisle. Rubén Darío era, hasta cierto punto, el culpable de estas mis devociones exageradas, pues en su perenne vituperio contra la literatura española, «ramplona, apolillada, grosera», sólo don Gaspar se salvaba, entre los poetas, del anatema y obtenía ditirámbicas loas.

—Cuando vaya usted a Madrid—habíame dicho Rubén en Guatemala—mándeme usted el poema nuevo de Núñez de Arce, el más fuerte de todos si no me engañan los fragmentos que han publicado las revistas... Como en una estampa de Gustave Doré llena de tumbas claustrales, Luzbel se yergue en las estrofas de fuego de esa extraordinaria epopeya, en soberbia actitud de rebeldía contra Dios, y promete una vez más a los pobres mortales que los conducirá hacia la ventura... El poema se debe titular *Luzbel* o *Lucifer*.

Creyendo que don Gaspar tenía por fuerza que conocer a Rubén Darío, yo le había escrito, al enviarle mi librito, una carta muy respetuosa, dán-

dole parte de este encargo y suplicándole me dijera si su nueva obra había aparecido. Su amabilidad al ir él mismo a visitarme llenábame hasta tal punto de turbación, que yo no acertaba a salir del comedor de mi casa de huéspedes para ir a recibirlo... Además, ¿dónde iba a recibirlo?... El lugar que solía servirnos a todos los huéspedes para casos como aquél era justamente el comedor.

La criada me sacó de la incertidumbre, diciéndome:

—Lo he hecho entrar en su habitación...

Allí lo encontré, entre un traje de Alice que ocupaba una silla y un puñado de papeles que cubrían una mesa... Era un viejecito menudo, de barba blanca, de ojos duros, de aspecto seco.. Era un viejecito friolento, que, a pesar de hallarse metido dentro de un gabán muy gordo, temblaba en la atmósfera tibia de mi albergue... Era un pobre viejecito sin nada olímpico, en suma... Yo quise, balbuceando, expresarle mi gratitud, mi entusiasmo, mi fervor. El me dejó decir... Luego, cuando habló, noté que al ir a visitarme había sido víctima de un engaño... Me había tomado por un diplomático americano, rico...

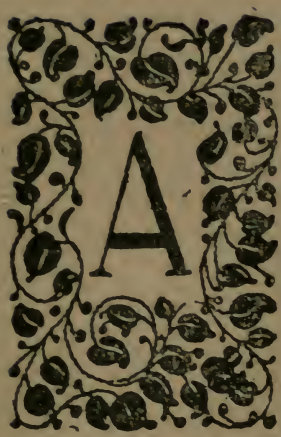
—No sé por qué—murmuraba—figuréme que sería usted embajador de su país...

Luego, refiriéndose a mi librito, me dijo:

—Es lástima que descuide usted el lenguaje, empleando palabras como abracadabrante, rayonante... Se ve que frecuenta usted con especial dilección a los franceses... Es una moda muy generalizada entre jóvenes... Pero ya notará usted que no hay jugo en esa literatura de país decadente..., «fin de siglo», como ellos dicen...; «fin de raza», más bien...

No sé si pronunció cien palabras en los cinco minutos que duró su visita. Al marcharse, sin invitarme a irlo a ver a su casa, me saludó con una frialdad glacial, dándome apenas la punta de los dedos... Yo me asomé a la ventana para verlo marchar, lento, menudo, apoyándose en un paraguas, igualito a cualquier burgués de la villa...

LA CRISIS SE APROXIMA



LICE y Marcelina, que hablaban en voz alta sin entenderse, me hicieron salir del dulce ensueño literario en que yacía engolfado una tarde, para llevarme hacia la realidad de mis apuros... Porque desde hacía algunos días nuestra insoportable patrona se había propuesto que le pagásemos, no sólo las seis semanas que le debíamos, sino también lo que faltaba para completar el tercer mes.

—*Ce soir*—díjole al fin mi amiga—*cette* noche, seguro, le pagaremos... *Je vous le jure*...

Inquieto ante lo solemne de tal promesa, pregunté a Alice si se había ya olvidado de que todo

nuestro capital reducíase a unas cuantas monedas de cobre...

—No—contestóme—, no... Ya sé que estamos en la más completa miseria... Pero, por lo mismo, esta tarde tendremos dinero... Mis joyas famosas, las de los miles de duros de Garay, no me sirven para nada... Voy a venderlas...

Al mismo tiempo acariciaba con melancolía su relojito de oro, prendido al pecho con un broche adornado de amatistas... Era su único tesoro...

—¿Quieres irlo a vender tú?—preguntóme.

—No—repliqué—, no.

—Es que yo, sin hablar español... sin conocer Madrid...

—Sí..., es cierto... Sólo que yo..., no...

Ella comprendió mis escrúpulos, y acariciándome con sus dulces ojos claros, pidióme que la perdonara.

—Iré—exclamó fingiendo alegría—a las casas que dicen *on parle français*... ¡Hay tantas!... Y en cualquiera me lo comprarán, porque es muy bonito, muy nuevo... Aquí todavía no he visto ninguno de la misma forma... Estoy segura que en la calle de Alcalá... Así podremos pagar a Marcelina algo... Y, además, esta noche, si quieres, haremos una locura, nos iremos a comer

fuera, y luego..., luego..., no me atrevo a decirte lo que querría hacer yo luego... Te vas a enfadar... Luego, si tú quieres, iremos a...

—¿Adónde, mujer?

—Es una locura...

—Dila...

—Al café-concierto en que estuvimos la noche de nuestra llegada, con el conde pobre aquél... Tengo curiosidad de ver ese antro y de darme cuenta de lo que allí pudo trastornarme.

Era la primera vez que me hablaba así de nuestra famosa aventura... Hasta entonces habíase mostrado siempre avergonzada y ruborosa de la violencia de nuestra primera noche madrileña, tan inverosímil dentro de su armonioso carácter parisiense.

—Sí, mujer—contestéla riendo—; te llevaré a ver a la bailadora que estuvo a punto de costarme la vida...

Enternecida, la pobre me besó, llena de emoción, la cicatriz de la muñeca, una cicatriz honda, roja, que con el tiempo ha palidecido, pero que llevo siempre cual un recuerdo imperecedero. Luego se marchó muy convencida de que no tardaría en volver llena de dinero. Y pasó una hora, y luego otra... Y yo comenzaba ya a impacientarme, cuando, al fin, vi entrar a Alice con una

cara en la cual la sonrisa no era sino una máscara mal ajustada.

—¡Qué difícil es aquí todo!—exclamó.

—Vender es en todas partes muy arduo.

—Aquí más... He estado en veinte joyerías... Unas me han ofrecido seis duros; otras, ocho; otras, menos... Al fin he aceptado ocho duros... Hubiera sido inútil continuar buscando... Deben tener una tarifa uniforme... ¡Ocho duros!... Y no vayas a creer que ha sido cosa de entregar la joya y llevarme el dinero... No... Han venido hasta aquí... Aquí, en la puerta, me han entregado en presencia de Marcelina las pesetas. Naturalmente, he tenido que dárselo a ella todo a cuenta del hospedaje... No se ha hecho de rogar... Ha sonado y pesado y hasta mordido las monedas... En seguida, para expresarme las gracias, me ha hecho comprender que no son cuarenta francos los que la debemos, sino más de doscientos... Ya la he dicho: «Mañana...» Se lo he jurado...

Un poco repuesta de sus desilusiones y de su cansancio, mi amiguita, tratando de recobrar su buen humor habitual, exclamó:

—¡Lo que más siento es nuestra excursión al café-concierto!... No sé por qué, creo que ahí fué donde nos contagiamos de mala suerte, y hubiera querido conjurar la jetatura haciéndole los cuer-

nos al dueño... Tú te ríes de eso... Tú crees que es mentira...

—No..., no me río... Creo, por el contrario...

—Bueno; pero no como yo... No con seriedad... Yo estoy segura de que mañana, cuando le hayamos dado a Marcelina otros diez y ocho duros, si vamos a tomar unas copas de jerez al antro aquel donde me volví loca una noche, exorcizaremos a nuestros demonios.

—Mañana — murmuré yo —, mañana... ¿Con qué?...

—Ya verás... Tengo unos encajes antiguos... Tengo, además, un juego de cepillos de plata... Tengo dos *sorties de bal* de brocado... Veré lo que sea más fácil de venderse... Al fin y al cabo, eso me sirve de ejercicio para aprender el español... Y para conocer Madrid...

—Más nos valiera no conocerlo, ¿eh?...

—No..., no..., no hay que quejarnos... ¿No somos acaso felices a pesar de nuestros apuros?... Hay que aceptar la vida tal cual es... Yo me acuerdo que cuando nos conocimos tú no hablabas sino de la vida bohemia... En ella estamos, mi Enrique... Saboreémosla queriéndonos mucho, mucho..., mucho...

EN PLENA MISERIA

No sé si fueron primero los encajes, o los cepillos, o las *sorties de bal*... Lo que sí sé es que todo aquello desapareció rápidamente, sin que con su producto lográsemos apaciguar la codicia de nuestra patrona... «Vea usted—decíame la gorda Marcelina—, yo lo siento mucho; pero tengo que pedirle a usted que se haga cargo de la situación... Yo vivo de lo que me dan los huéspedes... Si no hubiera sido porque me ofreció usted pagarme adelantada la mensualidad, no le habría admitido...» Yo le leía las cartas de Guatemala anunciándome siempre para el correo siguiente el en-

vío de fondos que no llegaban nunca... Y así, entre humillaciones que entonces me amargaban el alma, y discursos que yo creía muy diplomáticos, llegamos al 30 de marzo.

—Hoy—me dijo mi ama con acento destemplado—, si no me pagan ustedes lo que me deben, no puedo ya tenerlos en casa... Hay un caballero muy honrado, empleado del gobierno, que me pide la alcoba que usted ocupa... Para esta noche se la he prometido si usted no puede darme a la hora de la cena mi dinero...

Eran las cinco de la tarde cuando así me habló aquella mujer que a mí se me antojó el símbolo vivo de la crueldad.

—Mañana—la dije—haré un esfuerzo...

—No—me interrumpió—, mañana será tarde... Ha de ser hoy mismo... De lo contrario, busque usted donde dormir... Aquí ya el sereno está prevenido...

Alice, que oía y que adivinaba lo grave del caso, me dió, una vez más, una gentil lección de suave energía. «Puesto que ya no hay otro remedio —díjome sonriendo—, vamos a ver lo que la Providencia nos depara en la calle.» Luego, inquieta, preguntóme al oído: «¿Cuánto tienes?» Y al saber que mi fortuna no llegaba a una peseta, palideció un segundo. Al fin, poniéndose su abrigo, excla-

mó alegre y traviesa, con un aire muy parisino y muy infantil:

—*Voilà la bohème... voilà...* ¿No la buscabas?...

* * *

Silenciosos anduvimos largo rato, largo rato...

De pronto, al pasar frente a una platería en las inmediaciones de la Plaza Mayor, recordé que aun me quedaba un botoncillo de oro muy pequeño. Lo encontré en el fondo de un bolsillo. Entré a ofrecerlo. Con gestos solemnes el platero lo ensayó en una piedra, lo pesó. Al fin me dijo: «Cuatro, cincuenta; gramo y medio.» «Muy bien»—contestéle. Y después de recibir los cuartos, salí de la tienda con el orgulloso sentimiento de que llevaba entre las manos una fortuna.

—Para cenar ya tenemos—exclamé enseñando mis monedas.

En aquella época, en efecto, la vida era tan barata, tan barata, que casi parece ahora un cuento de hadas lo poco que se necesitaba para comer. En una taberna que Palomero nos había indicado poco antes, nos dimos un banquete bien rociado de fuerte valdepeñas. La existencia, durante una hora, pareciónos muy agradable, pues además de las satisfacciones materiales de la buena mesa, tuvimos el placer de proteger a un

amigo más pobre que nosotros. Era el tal un antiguo profesor de latín, que después de desempeñar una cátedra en el Seminario de Madrid, había sido expulsado «del seno de las Universidades», como él decia, por la ternura excesiva que a sus más bonitos discípulos les manifestaba. Esto de la ternura no lo decía él, sino los literatos de Fornos, cuyas malas lenguas tenían para cada prójimo alguna gota de veneno. Para consolarse de su deshonra y de su miseria, entregábase con complacencia a la bebida. Menéndez Pelayo y don Juan Valera conservábanle siempre algún afecto, por haberlo tratado en sus buenos tiempos, y le proporcionaban de vez en cuando trabajos de documentación y de traducción, que él ejecutaba del modo más escrupuloso. Su locura, su enfermedad, mejor dicho, consistía en predicar contra el latín clásico y en injuriar a Virgilio y a Horacio como a los dos más grandes malhechores de la Humanidad. Leyendo más tarde las páginas de Huysmans sobre la alta latinidad, me he figurado alguna vez escuchar las rabiosas catilinarias de aquel pobre bohemio madrileño. «La lengua clásica—decía—, la de Catulo, la de Cicerón, la del odioso cisne de Mantua, la de Lucrecio, la de todos los grandes autores, en suma, es de una pobreza, de una monotonía, de una vulgaridad in-

creíble. Cuando los pedantes han dicho, con énfasis, *Sol qui terrarum flammis opera omnia lustras*, se figuran que nos han convencido de que toda la armonía del universo cabe en un hemistiquio romano... Y es que hay una impostura universitaria ante la cual todo el mundo se inclina... Más de una vez he discutido sobre esto con Valera y con Menéndez Pelayo... Menéndez Pelayo me comprende... Valera, no... Valera es un rutinario, un hombre de manuales clásicos, un señor muy de segundo orden... Menéndez Pelayo, en cambio, es un genio, un verdadero genio, que por timidez clerical no se atreve a decir lo que piensa y lo que siente... ¡Y qué gusto tan exquisito tiene!... Yo me deleito leyéndole a mis autores preferidos, a los latinistas de la baja latinidad como se dice, a Comodiano de Gaza, a Aulio Gelio, a Amiano Marcelino... Esos sí que escriben una lengua expresiva, flexible, sin amplios pliegues retóricos; pero llena de reflejos y de matices... ¡Vaya usted a hablar así en la Universidad o en el Seminario!... ¡Vaya usted a decir que Virgilio es un poeta detestable y Horacio un idiota!... Le excomulgarán a usted...» En la tertulia de Fornos, cuando el hombre aquel hablaba así, todos los escritores jóvenes se reían de él, en nombre de sus humanidades recientes. Yo, que

era el único que no sabía una palabra de latín, oíalo con gusto, seguro de que sus palabras, aun no siendo justas, representaban un largo estudio y reflejaban un sincero modo de juzgar.

—¿Puede uno convidarse, amigos?—preguntónos al vernos en aquel *restaurant* aquella terrible noche.

Y sin esperar nuestra respuesta, sentóse y comenzó a comparar a Alice con Cleopatra, «no la reina egipcia—decía—, no, sino la hija de Idas y esposa de Meleagro, cuyos tiernos ojos decidieron al guerrero augusto a llevar a los eóleos a la victoria».

—Ese madrigal—díjele—bien vale una copa de vino y un plato de judías.

* * *

Al terminar la pobre cena, como aun nos quedaba con qué tomar café, nos fuimos a Fornos, donde Bonafoux y Dicenta nos recibieron alegremente, cubriendo a Alice de piropos y a nuestro buen gramático de improperios.

—Gritad, mancebos—respondía el latinista—, gritad cual los ancianos de Calidón ante las antorchas de los curetas; gritad cuanto os plazca, que ya llegará el día en que tendréis que recono-

cer que yo soy el único sabio que aun come pan en España.

Todos reían oyéndolo; aquella noche que para nosotros era siniestra, parecían más alegres, más felices, más ligeros que de costumbre. Dicenta animado por las copas, nos refirió el argumento de un drama que estaba escribiendo... Luis París nos habló, como él ha sabido hacerlo siempre, de las novedades literarias de Rusia y de Escandinavia... Bonafoux hizo un fuego de artificios de chistes contra *Clarín*... Alice y yo, siempre muy juntitos en un rinconcillo, reíamos también, sin pensar en nuestros apuros. Y así, cuando ya muy tarde, muy tarde, tuvimos que marcharnos, nos sentimos de pronto cual si despertásemos de un sueño tibio y voluptuoso para caer en la más horrible de las realidades.

—¿Adónde ir?...

—¿Adónde?...

* * *

Era una noche clara y suave, que no parecía de invierno... Era una noche calina, murmurante, risueña, de aquel singular Madrid de fines del siglo pasado, que, para no trabajar nunca, dormía en el día y se paseaba luego... Por todas

partes encontrábamos gente que parecía no tener prisa, no preocuparse de la hora, no saber siquiera cuál era su camino... En la Puerta del Sol, las mujeres galantes, envueltas airosamente en sus mantones de lana, echaban flores a los hombres que pasaban junto a ellas. Los vendedores de billetes de lotería proclamaban a voces las virtudes de los números capicúas... Los grupos de embozados discutían las noticias del día parados en las esquinas, con gestos de conspiradores y ademanes de matamoros.

—¿Sabes la hora que es?—preguntóme Alice.

—Mírala—le contesté, señalándole el reloj de la torre del ministerio de la Gobernación.

—Las cuatro y cuarto...

Sin rumbo, seguimos andando silenciosos, rumiando nuestras penas, muy cogidos del brazo, muy uniditos... Pasamos delante de nuestra casa de huéspedes; fuimos hasta la calle de Ferraz para contemplar desde la explanada del cuartel de la Montaña la áspera llanura castellana a la luz de la luna; volvimos por callejuelas laberínticas hacia el centro, y después de mucho andar nos encontramos de nuevo en la calle de Alcalá, cerca de Fornos...

—¿Quieres ir a la Castellana?... Debe ser hermoso el amanecer bajo los árboles...

—Vamos... De lo que se trata es de esperar el día... ¿No te parece?

—Sí... El día..., eso es..., el día...

* * *

Yo pensé: «¿Y para qué el día?... ¿Qué esperanza hemos puesto en la luz?... ¿Quién va a sacarnos, a la salida del sol, de nuestra miseria?...»

* * *

Nos sentamos en un banco, junto a un kiosco cerrado... Alice, tratando siempre de sonreír con su piadosa y heroica sonrisa, me habló de la belleza del cielo, de la suavidad del aire... Yo sentí, al oír su voz amada recitar aquellas enternecedoras palabras con que trataba de calmar mis penas, que los ojos se me llenaban de lágrimas. Acercando mis labios a su oído, murmuré lleno de dolor y de sinceridad:

—Perdóname..., perdóname... Tú eras feliz, tú vivías tranquila y yo te hice abandonar tu existencia sin darme cuenta de que no podía ofrecerte nada más que pobreza... Perdóname... Por muy egoísta que yo sea, no tengo derecho a obligarte así a padecer a mi lado sin tener siquiera una esperanza... De mi tierra nada aguardo ya; te lo confieso... Y ¿de qué soy capaz?..., ¿para

qué sirvo?..., ¿en qué puedo ganar nuestro pan?... ¡Oh, mi Alice, tan inútil me siento, que me parece que no sabría ni robar!... Ahora mi único deber es encontrar lo necesario para que tú vuelvas a París... En cuanto a mí, Dios dirá... Me moriré de hambre en uno de estos bancos..., o me mataré... Dios dirá..., Dios dirá...

Mi pobre compañera de miserias, sollozante, besábame las manos sin poder articular una palabra.

Después de un largo silencio angustioso, la pregunté:

—¿Quieres volver a París?...

—Sola no—contestóme.

—Advierte que ahora lo único que nos puede salvar de morirnos de hambre es un milagro... Y yo no creo en los milagros... Ni tú tampoco...

—No importa...

—Si te decides a marcharte, te juro que cuando más tarde mi suerte cambie, iré a buscarte...

—No..., no..., no me hables de eso... Nada ni nadie, nunca, nunca me separaré de ti... No podría... Yo no sé si tú podrías... Yo no... Yo no podría vivir sin ti... Yo te necesito para respirar, para no sucumbir de pena... No me abandones, por Dios; yo trataré de hacerme muy pequeñita y de no ocupar mucho lugar en tu existencia... No seas malo...

En la penumbra del amanecer, Alice se pegaba a mi cuerpo, enlazándome la cintura con su brazo nervioso, apoyando sus labios febriles en mi cuello, respirándome con ansia, como queriendo absorberme...

Yo experimentaba sensaciones extrañas y complicadas de aniquilamiento, de desesperanza y de voluptuosidad. Pensar en que mi vida tuviese arreglo, parecíame absurdo. Resignado a todas las miserias, sólo veía, en un fondo obscuro, como puerta de refugio, la de la muerte. «El suicidio—pensaba—, el suicidio, he ahí el remedio de mis dolores.» En seguida preguntábame si Alice encontraría en su ánimo el valor de seguirme a la tumba. Sus caricias decíanme: «Sí..., contigo hasta el infierno..., siempre contigo.» Y la fe en aquel amor tan hondo y tan ligero, tan risueño y tan fogoso, tan grave y tan frívolo, llenábame de íntima ventura en medio de mis tormentos y de mis humillaciones.

De un campanario cercano desgranáronse de pronto algunas campanadas.

—Las seis—murmuró Alice.

—¿Estás segura?

—Sí... Son las seis, creo que son las seis... ¿No has oído?...

A lo lejos, hacia el Oriente, veíanse en el hori-

zonte las primeras iluminaciones de la aurora luchando contra el fondo obscuro del cielo. Un murmullo de carros cercanos, de puertas misteriosas, de pasos ligeros, anunciaba la proximidad del nuevo día. Por entre las ramas sin hojas de los árboles jugueteaba una brisa tibia que traía en sus alas los olores sutiles de la tierra. En los mecheros, las llamas del gas palidecían tomando matices amarillentos y fúnebres de cirios.

—El día...

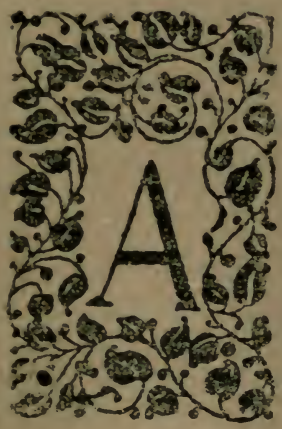
—El día...

Dijimos eso, a pesar de nuestra falta de ilusiones, como los náufragos que ven a lo lejos la costa dicen: «Tierra»... Lo dijimos con fervor, con bienaventuranza, con timidez.

El día...

Y respondiendo a nuestras palabras, una campana comenzó a repicar, ya no con la lenta avaricia de esquila del reloj, sino generosa, derrochadora, regando sus notas en el aire, llena de vida, llena de promesas, llena de fe, llena de piedad, llena de perdón...

EL REFUGIO DE LA CALLE DE LAS VENERAS



L mismo tiempo que las sombras del cielo, la luz del sol barrió las congojas de nuestra alma. Sin saber por qué nos sentíamos, al emprender el regreso hacia la Puerta del Sol, después de nuestro largo reposo nocturno de la Castellana, seguros de que el milagro de que antes habíamos hablado, y en el cual no creíamos, iba a realizarse. Mentalmente, yo analizaba el carácter de las personas a quienes conocía. Los únicos ricos entre todos mis amigos eran don José Carrera, ministro de Guatemala, y el señor de Castro y Casaléiz, que murió en Viena, y que entonces desempeñaba un alto

cargo en el ministerio de Estado. Pero la verdad es que uno y otro me habían dado ya algunos dineros, y me los habían dado con tal aire de hacerme una limosna, que no me sentía con la fuerza necesaria para ir a implorar de nuevo su socorro. Había también en Madrid otro conocido mío, que hubiera podido salvarme. Era un guatemalteco muy bien acomodado, y que, si no recuerdo mal llamábase algo así como Matheu o Mathieu. Sólo que éste, más parsimonioso y más hábil que los otros, me había dicho, invocando su cariño hacia mis padres, el único día en que traté de recurrir a su bolsillo:

—Para que vivas con una querida no te puedo dar nada... ¿No ves la responsabilidad que yo contraería ante tus padres?... ¿No adivinas las maldiciones justas que tu madre me echaría?... Si quieres, te daré lo que necesitas para vivir o para marcharte a tu tierra. Mas, antes, tienes que abandonar a esa mujer que te explota y pervierte...

No había, pues, por el camino de mis relaciones de familia adonde ir. ¿Y por el lado literario? Por ahí sí... Aunque ¿dónde encontrar alguno de los que mayor confianza me inspiraban?... ¿Dónde dar con Luis Bonafoux, tan generoso dentro de su pobreza?... ¿Dónde descubrir a Joaquín Di-

centa, que era, según la fama, una especie de San Francisco de las tabernas?... Las únicas señas que tenía apuntadas eran las que menos parecían poderme ser útiles: las del buen latinista bohemio don Jesús Miura y Renjifo, con quien la víspera habíamos compartido nuestra última cena.

—¿Quieres que vayamos a despertar a ese pobre hombre?—pregunté a Alice.

—Vamos. Él te dirá dónde viven los demás...

Y nos fuimos a llamar, antes de las ocho de la mañana, a un tercer piso sórdido de una casa viejesíma y obscurísima de la calle de las Veneras. Una viejecita muy arrugada nos abrió la puerta, y después de interrogarnos minuciosamente, nos dejó entrar en una estancia, donde encontramos a nuestro amigo envuelto en su capa y echado en su cama, sin desnudarse, sin quitarse siquiera las botas.

Con la mayor sencillez le explicamos nuestra situación.

Sin contestarnos, comenzó a revolver los montones de libros que llenaban los rincones de su antro.

—¿Se ha enterado usted?—le pregunté.

—Sí, señor—contestóme.

—¿Y no ve usted el medio de que salgamos de apuros?

—Buscándolo estoy.

—¿En los libros?

—Sí, señor... Yo todo lo encuentro en los libros. Cuando tengo un apuro grave, a los libros... Así, hoy, aquí está la salvación...

Al mismo tiempo enseñábanos, con aire triunfante, un tomo enorme, en cuyo lomo de tafilete verde leí un rótulo de oro que decía:

«*Vapereau.—Dictionnaire des Litteratures.*»

Este señor Vapereau—continuó el buen bohemio—conoce de tal modo el camino de la casa de empeño, que hasta solo podría irse allá. Lo más seguro, sin embargo, es que yo mismo lo lleve... Ustedes me esperarán aquí, tomando un chocolate que mi señora patrona va a hacerles... Es un ángel con cara de bruja mi patrona... Yo le debo un pico de seis meses de hospedaje... Y ahora que pienso... ¡Pues es cierto!... Vamos, sin remilgos, como si hablaran ustedes a su confesor: ¿Les repugnaría mucho vivir en esta casa?... No niego yo ni que sea algo hedionda, ni que sea muy obscura, ni que esté bastante llena de cucarachas... Pero, en fin, techo tiene... Y bajo el techo hay de fijo una cama para ustedes, y, además, una mesa, en la cual, tarde y noche, se puede encontrar una olla sin gallina ni vaca, ni chorizo; una buena olla con sólo garbanzos y patatas alre-

dedor de un hueso que es siempre el mismo... ¿Aceptan ustedes?... Yo me alegraría por el gusto de tenerles como vecinos, primero, y segundo, por el placer de salvar a monsieur Vapereau de algunos meses de destierro... ¡Me es tan doloroso separarme de ese libro, que sólo por ustedes lo haría!...

—¿Qué te parece?—pregunté a Alice después de traducirle el discurso de don Jesús.

—Me parece que es el milagro—contestóme dándome un beso muy tierno, muy largo y muy impúdico, dentro de la manera de ser de Madrid. Pero nuestro latinista no sólo no tomó a mal aquella súbita caricia, sino que, enternecido, nos llevó al ángulo más claro del cuarto, y enseñándonos un retrato desteñido que representaba a una manola muy goyesca, murmuró con voz amorosa:

—Mi único amor... Mi Ramón...

—¿Ramona?—preguntéle.

—No—me dijo—, no... Yo no puedo cometer la cobardía de ocultar mis pasiones... No... No es una Ramona, sino un Ramoncito. Por un capricho vistióse así de mujer un día de Carnaval, y no hubo entonces ninguna madrileña guapa en el baile de la Zarzuela que no la mirase con envidia... ¡Ah, en cuanto a los madrileños, todos lo-

cos por ella..., digo, por él!... ¿Les ofende a ustedes que les confiese mi pecado?... Pues perdónenme y no hablemos nunca más de cosas tan nefandas...

—No nos ofende—contestéle.

Y para animarlo, agregué:

—Nos encanta que tenga usted bastante confianza en nosotros para hacernos sus confidencias... Además, en un latinista de la decadencia, nada de extraño tiene...

—No..., ni en uno que no sea latinista... Eso es tan natural como lo otro... Todo está en la Naturaleza. A mí me dicen: «La actriz tal tiene amores con la bailarina cual.» Y me parece que hace bien. ¿Qué tenemos nosotros que ir a meternos a decir lo que está bien y lo que no está bien? Algo más que nosotros sabía Alcibiades, y no por eso dejaba de amar a Sócrates con todo el ardor de su cuerpo joven... Pero..., pero..., me parece que en estos momentos un chocolatito valdría más que muchos discursos... Voy... Dentro de diez minutos tomarán ustedes posesión de su alcoba... Voy, digo, a conquistar a mi buena patrona para que no pida nada adelantado...

* * *

Pasaron los diez minutos y luego otros diez... Pasó media hora... Y ni venía el chocolate ni volvía nuestro amigo. «Mal signo», decíame yo. Y Alice, que leía en mis ojos los pensamientos pesimistas, me aseguraba que el milagro estaba hecho y que aquella noche dormiríamos en nuestro lecho muy agradablemente, muy amorosamente...

—Ya verás—murmurábame mimosa—, ya verás qué bien vamos a estar aquí, solitos y juntitos... Monsieur Jesús es un hombre muy bueno, que no se parece a los literatos de Fornos... Sus libros te servirán para divertirte... ¡Mira cuántos tiene!... En el fondo, creo que ha sido una suerte marcharnos de la casa de Marcelina... Esta es más obscura, más estrecha... Pero es más bohemia, más íntima... Estoy segura de lo que te digo... Es una suerte...

Nuestro protector abrió, al fin, la puerta, y con el rostro iluminado por el más franco regocijo, exclamó:

—Están ustedes en su casa... Tienen ustedes la mejor habitación...

Luego, hablándome al oído, agregó:

—Todo por siete pesetas diarias... Tres y media ella, tres y media usted...

MARIA MAGDALENA

ENTONCES comenzó para mí la más sórdida, la más obscura de las existencias que he conocido. No teniendo ni para tomar café, sólo íbamos a Fornos cuando nuestro amigo y protector Renjifo lograba conquistar, en el curso de sus largos periplos, algunas pesetas. Pero como por un milagro inexplicable seguía yo teniendo fama de adinerado; todos los miembros de la tertulia de Dicenta atribuían mi alejamiento a la influencia de D. Jesús, y miraban al pobre latinista con ojos de reproche, haciéndole comprender que abusaba de mi generosidad viviendo y bebiendo a mis expensas.

El contentábase con sonreír, sin revelar nunca el secreto de nuestra amistosa bohemia.

—¿Qué tal en su nueva casa de huéspedes?—solían preguntarme los amigos.

—Mejor que en el hotel Bristol— contestábales yo.

En realidad nuestra negra posada, más que en un alojamiento moderno, hacía pensar en uno de aquellos siniestros antros en que los noveladores picarescos hacen vivir a sus bachilleres famélicos, a sus escuderos sin amo, a sus licenciados esqueléticos, a sus pajes rapaces. Sin exageración, cuando el ama nos ponía la olla en la mesa, teníamos que hacer largos sondeos con la cuchara para lograr sacar alguna hoja de col, algunos garbanzos, alguna patata. En cuanto a la carne, los raros días en que había carne, era una especie de suela negra que la pupilera llamaba pomposamente *bisteque*. Pero gracias al pan, que era abundante, y gracias sobre todo a nuestro buen humor, que era inagotable, aquel régimen, digno del dómine de Cabra, parecíanos llevadero.

—Si no fuera por ti—decía yo a Alice—nada me importaría esta miseria sombría y sucia. Para mí esto basta.

—¡Por mí!—exclamaba ella sonriendo con sus dientecillos de loba—, ¡por mí!... Pero si yo estoy

entusiasmada en esta casa. Esto sí que es español típico... ¿No te parece a ti que somos personajes de Cervantes?

—Más bien de Quevedo—respondíale yo con ironía amarga.

Y Renjifo agregaba:

—*Midi nempe valere et vivere doctus.*

Siempre satisfecha, siempre alegre, mi pobre parisiense desterrada no parecía preocuparse sino con mis cigarrillos. Porque siendo yo entonces un terrible fumador, la falta de tabaco resultaba en nuestra casa la más terrible de las tragedias. El latinista, que lo sabía, compraba, siempre que sus fondos le permitían el lujo de mostrarse magnánimo y acaparador, varias libretas de un «habano» de contrabando que constituía nuestro mejor regalo. Y mi amiga, previsora, escondía en los días de abundancia algunas onzas del producto sagrado, para hacerme a escondidas pitillos que aparecían de un modo providencial en los momentos de completa miseria.

—¡Esta muchacha es una hada!—murmuraba en tales circunstancias nuestro amigo.

Para no sentir la nostalgia del café ni de las tertulias ruidosas, organizábamos veladas literarias, durante las cuales mi querida leía en alta voz libros franceses, o bien nuestro erudito amigo tra-

ducía del latín o del griego historias relativas a la vida de los judíos en tiempos de Jesús. Y como yo entonces estaba alucinado por el esplendor evocativo de Flaubert y por el diabolismo sutil de Oscar Wilde, tuve en seguida la idea de escribir una novela sobre María Magdalena. No atreviéndome, por puro respeto religioso, a colocar la figura de Cristo en medio de mi cuadro, renuncié a mi primer intento, que consistía en imaginar a Judas enamorado de la pecadora, delatando a su maestro por celos.

Mi amigo decíame hablándome de eso:

—Tal vez tu hipótesis no esté del todo desencaminada... Las mujeres influyen en la vida del Señor más que lo que se ve en los Evangelios: Fué, en todo caso, una tarde en la habitación de María, cuando el Iscariote, viendo al Mesías entregado a la voluptuosidad de los perfumes y de las sonrisas, decidió venderlo a los jueces judíos. Pero yo creo que la figura de la pecadora no se presta a las evocaciones novelescas. Escoge otro asunto.

* * *

A pesar de estos consejos, comencé mi novela y coloqué la intriga pocos días después de la muerte de Jesús. Entre mis papeles he guardado siem-

pre, con afecto pueril, las únicas páginas que escribí de aquella historia. Helas aquí como curiosidad bibliográfica:

«Apenas había transcurrido una semana desde el día de la tragedia del Gólgota, y ya la triste María comenzaba a sentirlo todo cambiado alrededor de ella. Los amigos más queridos dispersábanse misteriosamente. La madre y los hermanos del Maestro habían sido los primeros en abandonar la ciudad maldita para volver hacia la dulce Galilea, llena de flores. Luego, los discípulos, temblando de miedo, tomaron en secreto el camino de países extraños. «¿Por qué no me lleváis con vosotros?»—preguntaba la infeliz a todos—. Y cada uno le daba una razón vaga, sin atreverse a decirla la verdad. Pero esta verdad su alma la sintió una tarde, cuando viéndola venir hacia ellos, Tomás y Nataniel se escondieron bajo una bóveda obscura, en las inmediaciones del templo. «Me huyen»—pensó—. Y de pronto las mil precauciones tomadas por María Cleofas, por Juana, la mujer de Khuss, y por los discípulos que acompañaban a la madre del Señor en el éxodo hacia el Norte, para alejarse de ella sin decirla siquiera un último adiós, tomaron en su recuerdo una significación cruelmente real. ¡Ah! Bien veía ahora que no era el temor de las persecuciones del sanhe-

drín lo que los había obligado a abandonarla. Una persona más en un grupo de peregrinos, en los días del retorno de la gran romería de pascua, no era cosa que se notase. Y además, ¿qué miedo podían tener los parientes y los amigos del muerto? Nadie en Judea pensaba ya en él. Con melancolía, pero sin amargura, la abandonada sentía el desprecio humillante que suponía aquello. Muerto quien todo lo purificaba con excelsa bondad, las manchas de su pecado volvían a marcar su frente con sello de ignominia.

»—Era natural—murmuró limpiándose con la mano las lágrimas que corrían por sus mejillas.

»Una sola cosa la indignaba: recordar la frialdad con que sus compañeros la acogieron cuando, el día mismo de la desaparición del cadáver, corrió hacia ellos llena de júbilo para anunciarles la aparición de su divino amigo en el monte del Gólgota.

»—Yo lo he visto—les dijo—; me ha llamado por mi nombre. Yo lo he visto...

»Ellos callaron, como si no comprendieran.

»Ella repitió:

»—Lo he visto..., lo he visto... He oído su voz... «Ve a mis hermanos, me dijo, y que sepan que subo en busca de mi padre...» Sí... Luego me or-

denó que no lo tocara... Luego se desvaneció en la sombra...

»Entonces uno de los discípulos hizo observar que si el Maestro hubiera querido aparecer a los vivos, lo habría hecho ante su madre o ante Pedro.

»Otro exclamó:

»—¡Todos sabemos que es en Galilea donde debe hablarnos, no aquí!

»—Lo he visto..., lo he visto..., creedme—repitió María.

»Y sin notar que sus amigos la volvían la espalda, continuó evocando en voz alta la visión sublime de la resurrección... «Sus ojos parecían más tristes—decía—; su voz era más grave... ¡Ah, y con cuánta ternura, con cuánta suavidad pronunció mi nombre!... Yo creí al principio que era el jardinero... Es que ya era tarde..., ya era de noche..., fué hace un instante... Pero apenas sentí la caricia divina de su acento, comprendí que era él... ¡Oh, Señor, Señor!...

»—Puesto que no lo tocaste — murmuró Tomás—, no puedes saber si era un espejismo creado por tu mente.

»—Déjala con sus visiones — terminaron los demás.

»María recordaba esta escena dolorosa y sentía

una pena infinita al notar que, apenas el Maestro había sido enterrado, ya las almas no se sentían animadas por el soplo de su espíritu de bondad y de perdón.

»Cada día reservaba a la Magdalena una pena, una desesperanza, una humillación. Sola, abandonada de todos, recorría las calles de la ciudad buscando, más que los restos de la secta, el recuerdo de su divino fundador. «No puede ser—decíase—, no puede ser que en unos cuantos días se haya desvanecido como un sueño la realidad de nuestra iglesia.» Y uno por uno iba visitando los lugares en los cuales sabía que tres semanas antes el Señor había sido acogido como el Mesías. Todo estaba cambiado. Las gentes a quienes dirigía la palabra hablándolas del Hijo de Dios parecían no compendrerla. Algunos decíanla: «Estás loca, hermana», y se alejaban de ella. Otros, más groseros, volvíanle la espalda sin oírla siquiera, como temerosos de que fuera a pedirles algo.

»Huyendo de Jerusalén y de su atmósfera angustiosa, decidió una mañana ir al monte de los Olivos buscando uno de los amigos del Maestro. «Este—pensaba—no tendrá la cobardía de los hombres de Judea.» Luego, subiendo penosamente por los senderos floridos, evocó la imagen de

una tarde no muy lejana en que hiciera aquel mismo trayecto, no sola y abandonada y miserable, sino en compañía de su divino amigo. Todo estaba igual. Las mismas flores parecían mecerse en las ramas de los mismos laureles. Los grupos de estudiantes seguían a sus maestros hacia los frescos boscajes propicios a las amenas enseñanzas. Los pastores pasaban, conduciendo sus rebaños camino del atrio de los sacrificios.

»De pronto, el cuerpo de María estremecióse.

»—Señor—murmuró—, Señor...

»Un hombre joven venía hacia ella envuelto en una túnica blanca.

»—Señor, Señor...

»Mas cuando el hombre estuvo cerca, la infeliz vió que ni siquiera se parecía al Crucificado.

»Entonces una especie de fiebre la hizo subir de prisa, como para huirse a sí misma.

»Cuando estuvo en la cima, detúvose a la sombra de uno de los dos grandes cedros que tantas veces habían servido de refugio al Señor y a sus discípulos. «Aquí—pensó—, aquí mismo fué donde nos enseñó a orar.» Y arrodillándose, repitió las palabras aprendidas de labios del Maestro: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.» Las últimas palabras calmaron su espíritu. «Sí—se dijo—, sí; perdónanos nues-

tras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores.» Luego pensó que, sin duda, sus amigos no recordaban aquellas enseñanzas, puesto que no sabían perdonar en ella los pecados pasados.

»—Todos se han ido por allá..., por el camino de mi pueblo...; yo sola me quedo...

»Sus ojos se llenaron de lágrimas contemplando la ruta solitaria que hacia el Norte extendía su blanca cinta ondulosa entre los olivares.»

Cuando yo hube leído este primer capítulo con voz enfática, mi amigo me dijo:

—Está muy bien... Eres un artista... Pero ¿cómo va a desarrollarse tu historia?... ¿Cómo va a vivir y a morir tu heroína?... Yo no veo la novela...

Prolijamente expliquéle mi plan, que me parecía digno de Oscar Wilde por lo suntuoso y lo perverso.

—La Magdalena—le dije—se encuentra, pocos días después, con uno de los discípulos de Jesús, con el más joven, con el más bello, con San Juan. Ambos están en la miseria. Ambos tienen miedo de que los jueces del sanhedrín los prendan y los condenen a ser lapidados. Se van, a pie, hacia Damasco. En el camino, ella se enamora de él. Pero él es puro y además guarda con tal fervor

el recuerdo de su Maestro, que resiste a la tentación de poseer a la que fué amada por El. Magdalena lo envuelve poco a poco en la red de sus encantos, y, al fin, una noche, una de esas ardientes noches de Siria, en que todo, en el aire, en el agua, en los árdoles, murmura insidiosos consejos de amor y de lujuria, logra vencer sus escrúpulos y se entrega a él. Al levantarse del lecho en que han pasado la noche, Jesús se les aparece, vestido de jardinero, como la primera vez, y los mira con ojos llenos de ironía y de pena. Entonces se desarrolla una escena que yo creo de gran efecto: Juan, arrepentido, se arrodilla ante el divino fantasma para pèdirle perdón. Pero María, que siente que su nuevo amante puede abandonarla, grita a Jesús: «¡Vete..., márchate..., no vengas a perturbar nuestra dicha!» Y el Nazareno, muy suave, muy sonriente, levanta a Juan del suelo, y, después de darle un beso en la frente le dice: «Si te gusta, ámala y no temas nada. Lo único que no es mentira es el amor...»

El comentario de mi amigo cayó sobre mi entusiasmo como un jarro de agua fría.

—Es una tontería—murmuró.

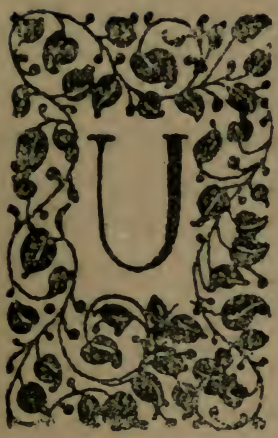
* * *

En seguida, viéndome desconcertado, avergonzado, corrido, tuvo lástima de mi desilusión y agregó:

—Para hacer una de esas novelas que a ti te entusiasman, como *Salambó* o *Thais*, lo más importante es documentarse minuciosamente sobre el momento histórico en que la escena se desarrolla. Son los detalles precisos y pintorescos los que interesan al lector docto. Hay que vestir de un modo escrupuloso a los personajes. Hay que alojarlos en viviendas alhajadas de manera exacta. ¿Conoces tú el *Roman de la Momie*, de Teófilo Gautier? Es lo más perfecto en el género. Yo te lo buscaré, y al leerlo te darás cuenta de lo que te digo. Abandona esa María Magdalena, que a todo el mundo le parecerá sacrílega. Hay otras figuras en la misma Judea que se prestan mejor a las evocaciones. Yo te indicaré algo... Y si quieres, escribiremos la obra en colaboración; yo pondré los documentos, tú la poesía... ¿Te parece?... Hay que trabajar... *Variam semper dant otia mentem...*

—Sí—contestéle, algo secamente, sin poder ocultar la herida que mi ingenua vanidad acababa de recibir—. Sí, haremos lo que tú quieras...

HERODES EL GRANDE



NA mañana ocurrióseme preguntar indiscretamente a mi amigo por qué razones había abandonado su cátedra del Seminario.

—Por culpa de Herodes—contestóme, con una mueca llena de amarga ironía.

Y viendo que yo no comprendía el misterio de su respuesta, agregó:

—Es una historia de esas que dan risa, una historia muy española, muy universitaria y muy clerical. Yo no gozaba de gran predicamento entre mis colegas del claustro, que me hallaban peligroso a causa de mis ideas literarias. Un hom-

bre que no adora a Horacio y que no se pasma ante Virgilio, no es entre dómines sino una especie de anarquista literario. Pero, en fin, como no había nada que censurar en mi conducta, a pesar de lo que aseguran los amigos de Fornos, el rector me toleraba. Un día, no sé a qué propósito, se trató en mi clase de Herodes, y uno de mis discípulos habló con horror de la degollación de los inocentes, ordenada por aquel monstruo con objeto de matar a Jesús recién nacido. Sin deseo de darme tono de sabio, por puro instinto de justicia, yo hice notar a mis alumnos que aquella sangrienta historia no era sino una patraña que ningún autor serio podía sostener, puesto que hasta en los manuales cronológicos veíase que Herodes había muerto cuatro o seis años antes del nacimiento del Cristo. Los seminaristas aceptaron en silencio mi leccioncilla y no volvieron a nombrar al gran idumeo. ¡Cuál no sería, pues, mi sorpresa cuando una semana más tarde fuí llamado por el rector, que me invitó, del modo más seco, a que rectificase mi error ante mis discípulos, declarando desde mi cátedra que Herodes había realmente ordenado la evangélica matanza. «¿Cómo quiere usted—preguntéle—que diga lo que no es verdad?» «En ese caso—replicó—considere usted que su dimisión de profesor ha sido aceptada.» Y se-

ñalándome la puerta, me volvió la espalda. Yo me marché dispuesto a hacer valer la justicia de mi causa. Escribí al obispo explicándole lo ocurrido y pidiéndole una audiencia. No me contestó. Acudí a la prensa católica. No sólo no encontré en ella apoyo, sino que *El Siglo Futuro* publicó un suelto en que se anunciaba mi retiro con frases insidiosas sobre mis ideas y mi vida...

—Entonces—murmuré—la leyenda de tus borracheras...

—Yo era sobrio—contestóme.

—Y tu amor por los efebos...

—Yo era casto...

* * *

Había tal gravedad en el tono de mi amigo, que no dudé un instante de sus palabras. Instintivamente, sin embargo, dirigí la mirada hacia el retrato del joven socrático que decoraba aquella triste estancia. Él lo notó. Y para explicarme en pocas frases el misterio de su vida, me dijo:

—Eso... y lo otro..., el desorden..., la bebida..., el pecado..., el vicio..., todo eso ha venido después, mucho después... No sé si quedándome en el Seminario me habría salvado... Tal vez hubiese sido peor... Tiemblo de pensar que alguno de mis

alumnos me hubiera inspirado una pasión igual a la que más tarde me ha hecho el esclavo de este niño casi divino a quien apenas puedo ver de tarde en tarde y cuya imagen ilumina mi triste vida... ¡Qué terrible cosa debe ser esa para un hombre que no carece ni de escrúpulos ni de conciencia!... Hubiera luchado contra las tentaciones, claro está. Pero habría sucumbido, al fin, como todos los mortales a quienes los dioses condenan a amar... Y entonces la existencia habría sido para mí un tormento continuo por la necesidad de mentir, de esconderme, de fingir... Yo no puedo fingir... Todas mis miserias vienen de ese defecto, o de esa virtud. No puedo. Cuando don Juan Valera me dice, lleno de ínfulas, una de las vaciedades burguesas que a sus admiradores se les antojan genialidades, me río de él. Eso basta para que durante un par de meses no me dé trabajo. ¡Qué importa la pobreza, después de todo! Es una simple cuestión de costumbre. En cuanto uno se habitúa a la miseria, ya parece que el dinero le pesa en los bolsillos y trata de tirarlo... ¿Para qué sirve el dinero?... ¿Para qué sirve la riqueza, mejor dicho?... Fuera de la cama y la comida, y la bebida y el traje, lo demás que se necesita para vivir no se compra. ¿Se compra, acaso, la luz del sol?... ¿Se compra la poesía de la

Naturaleza?... ¿Se compra el amor verdadero?... Yo, cuando me pongo a soñar en un universo perfecto, imagino para los literatos un paraíso muy humilde, algo que fuese al mismo tiempo un monasterio y un jardín, con celdas gemelas en las cuales pudieran vivir las parejas, un hombre y una mujer, o dos hombres, o dos mujeres, lo mismo da, puesto que el amor no se para en sexos, sin que nadie censurase sus idilios. Fuera de la celda, un hábito de paño igual al que Dante lleva en las estampas y una comida con más vino que carne. El vino, he ahí el único dios material, y digo material porque hay que comprarlo... ¡Comprar el alma del espíritu! Me da rabia. Y si le perdono al vino su venalidad, es *molliter austerum studio fallente laborem,* como dice ese pedante de Horacio... ¡Ah, si tuviéramos una abadía así!... Ahí si que podríamos escribir la novela de que hemos hablado. Asuntos no faltan. No hay más que volver la vista hacia Roma, hacia Grecia, hacia el Egipto, hacia Jerusalén para encontrar un fondo histórico en el cual se agitan los más sublimes fantasmas del pasado. ¿Te parece poca cosa la existencia de Juliano el Apóstata en medio de las luchas de su época?... ¿O la vida más o menos fantástica de Petronio en la corte de Nerón?... ¿O las aventuras de una cortesana de Co-

rinto?... ¿O la gesta de un Faraón de aquellos que recorrieron triunfantes el Oriente antiguo, llevando hasta las márgenes del Eufrates la imagen sagrada de Amnón?... ¿O las peleas de algún gran pontífice judío del tiempo de Jesús?... ¿O la vida íntima de ese mismo Herodes de mis pecados, tan calumniado y tan desgraciado?...

* * *

Mi amigo hablaba aquella mañana, como siempre, sin hacer ademanes, frotándose las manos de una manera untuosa y clerical, moviendo ligeramente los brazos en un rítmico temblor apenas perceptible, que hacía pensar en un ave que tratase de agitar sus alas atadas. Su palabra era tan clara y había tanto calor en sus frases, que hasta Alicia, que entendía mal el castellano, había abandonado su lectura o su costura para escucharlo llena de atenta reverencia.

Aprovechando un momento en que dejó de hablar, con objeto de tratar de liar un pitillo con al-algunos restos de tabaco perdidos en los ángulos de sus faltriqueras, le dije:

—La vida de una cortesana corintia sí me gustaría escribirla...

Él tuvo para contestarme una sonrisa protectora y una frase latina.

—*Unde rigent setis mihi crura et pectora villis*—dijo.

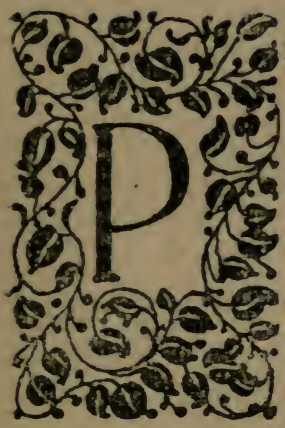
—¿De Horacio también?—preguntéle.

—No. De Marcial..., lo mismo da... Es un mal verso que me sirve cuando quiero darme un consejo de virilidad... ¿Para qué buscar las molicies de Corinto, en efecto, cuando tenemos, al alcance de la diestra, los esplendores áureos y sangrientos de la Jerusalén de Herodes, con sus lujurias, con sus crímenes, con sus sacrificios, con sus intrigas, con su fanatismo?... Tan bella es esa época y tan soberbio ese cuadro, que cuando Cleopatra aparece en las márgenes del mar Muerto, tratando de seducir al gran rey de los judíos, no resulta sino una figura secundaria, comparada con las feroces y divinas princesas que rodean al tirano y que lo atormentan... La historia ha colocado a Herodes entre los monstruos sanguinarios del pasado. Bien visto, sin embargo, él es, en su Jerusalén, el menos cruel, el menos duro de los hombres que figuran en las altas esferas del clero, de la milicia y de la corte... Una de estas noches que tengamos para tabaco y para vino, te leeré las notas que he reunido sobre la existencia del último gran monarca de Judea, y

si te parecen interesantes, las convertiremos en una amplia evocación poética como *Salambó*...

—Muy bien—contestéle entusiasmado ante la perspectiva de encontrar, al fin, el asunto de una obra maestra.

LA FORTUNA INESPERADA



ERSONALMENTE, humildemente, había yo ido a depositar en las principales librerías de Madrid algunos ejemplares de mi librito. Había hablado, lleno de respeto, con los libreros famosos, Fe, Suárez, Hernando... Nada les había pedido. Les había dicho, por el contrario, que aceptando gratis mi obra hacíanme un gran favor. Los unos con burla, los otros con desprecio, todos sin la menor cortesía, habíanme contestado, en resumen:

—Bueno..., deje usted eso ahí... No se ha de vender un solo ejemplar en lo que queda de siglo...

Y como yo mismo estaba convencido de que la literatura. o por lo menos mi literatura, no servía sino para regalarla, jamás pensé que *Esquisses* pudiera producirme nada. Don Juan Valera, hablando con un *reporter*, acababa en aquellos días de confesar que su *Pepita Jiménez* no le había aún dado con qué comprarle un traje a su mujer. Yo, parodiando su frase, solía decir a Alice:

A mí, mi obrilla no me producirá ni con qué ofrecerte un ramo de violetas.

Pero, como se lee en las *Mil y una noches*, sólo Alá está en el misterio de lo que ha de pasar en el mundo... Y así, contrariamente a las previsiones mías y ajenas, contrariamente a la lógica y a las tradiciones, pocos días después de la aparición del artículo de Clarín, *Esquisses* me produjo, según la frase de mi amigo Renjifo, «una brutalidad de dinero», gracias al heroísmo de un hombre que era entonces, y sigue siendo ahora, uno de los raros libreros españoles que tienen por los libros un amor inteligente. Y como la historia de aquella fortuna inesperada parece un cuento, comenzaré diciendo que érase que se era una tarde fría y triste en que yo paseaba mi miseria melancólica por las inmediaciones de la Puerta del Sol... Alice había ido a una tienda de la calle de Sevilla a tratar de vender un pañuelo

de encaje de Bruselas para saciar el apetito de humo que desde la víspera me devoraba. Guiado por la Providencia, detúveme ante la vidriera de la librería de Fernando Fe, situada entonces en la Carrera de San Jerónimo. Había allí tres tomos franceses que provocaban mi codicia. ¡Cuánto hubiera dado por podérmelos llevar! Uno de ellos era la tercera serie de la *Vie Litteraire*, de Anatole France. Otro, si no recuerdo mal, se titulaba *Litteratures Septentrionales*, o algo por el estilo, lo que me hacía soñar en novelas rusas y dramas escandinavos. El tercero era *Salambó*, la divina *Salambó* de Flaubert, que yo había dejado en Guatemala... De pronto vi salir de la tienda y dirigirse hacia mí a un chico delgado, de grandes ojos risueños, quien, sin saludarme, me dijo en tono familiar y brusco:

—Hace días que estoy buscando sus señas... ¿Dónde diablos vive usted?...

—En la calle de las Veneras—contestéle.

Luego, interrogándolo a mi vez, le dije:

—¿Y para qué demonios quiere usted conocer mi domicilio?

—Pues, hombre, para pagarle a usted los diez ejemplares de *Esquisses* que nos dejó y que ya se han vendido. Y además para pedirle a usted otros...

—¿Otros diez?—preguntéle tratando de ocultar mi emoción y de hacer creer que me parecía muy natural que mi librillo se vendiese.

—No—murmuró despues de meditar un rato—, no... Le tomaríamos a usted más cantidad si nos hiciera un descuento importante... Pensamos mandarlo a nuestros corresponsales de América... ¿Cuántos ejemplares tiene usted?

—¿Cuántos?... Todos los de la edición, menos un centenar.

—Lo suponía... Pero me gusta que usted me lo confiese... Los literatos, hasta cuando no han vendido tres libros, pretenden que llevan tres ediciones... La franqueza de usted me es simpática...

—Muchas gracias.

—Ya me las dará cuando le entregue el dinero, si nos entendemos... Porque supongo que no andará usted muy sobrado de cuartos...

—En este instante, para no mentirle, le confieso que no tengo ni un real...

* * *

Hubo en los ojos risueños de aquel muchacho algo como una ligera nube de tristeza y de lástima.

—¿Quiere usted las diez pesetas de los diez ejemplares vendidos?—preguntóme.

—Sí—respondíle.

Entró en la tienda, y al cabo de una media hora, que a mí me pareció muy larga, volvió a salir con su abrigo y su sombrero puestos. Me dió dos duros. Luego:

—He hablado con don Fernando—me dijo—y he conseguido, no sin trabajo, que le compre a usted la edición entera, con tal que el descuento sea importante. Dése usted cuenta de que para América hay que pagar el porte, además de la comisión del librero... Vamos a ver: ¿a qué precio nos pone usted el ejemplar?

Mis *Esquisses* vendíanse al público a dos pesetas. Yo calculé modestamente que a 25 céntimos el ejemplar, ya me resultarían bien pagados los 800 que tenía arrinconados en la alcoba de mi vecino el latinista. Sin embargo, para dar margen a un probable regateo, exclamé:

—Se lo pongo a usted a dos reales...

—Bueno, era lo que yo calculaba; desde luego, el precio queda aceptado... Ahora hay que ver cuántos tomos tiene usted exactamente.

—Un millar, menos los que he regalado...

—Es mucho...

—¿Cuántos quiere usted?

—Seiscientos... Si le conviene, ahora mismo me firma usted el recibo en su casa y hago que traigan los libros en el acto.

—Perfectamente.

—Vamos, pues...

En el camino hablamos de literatos, de artistas, de mujeres guapas. Aquel dependiente de Fernando Fe conocía a todo el mundo, de todo el mundo sabía algunas anécdotas curiosas, a todo el mundo lo retrataba con unas cuantas frases pintorescas. Con exquisita amabilidad me invitaba a ir a menudo a la librería, a la hora de la tertulia, para ver de cerca a Castelar, a Núñez de Arce, a Campoamor, a Echegaray, a Valera.

—No tiene usted mas que preguntar por Paco—me dijo.

—¿Paco qué?...

—Paco Beltrán, servidor...

* * *

Ahora Beltrán ocupa en Madrid una de las más elevadas situaciones en el gremio de los libreros. Como Floury o Rey en París, es un apasionado de su oficio. Nadie conoce mejor que él los secretos seculares de la bibliografía española. No hay edición rara ni encuadernación principesca que él no sepa dónde se encuentra. Pero si la belleza o la rareza o la belleza material de las obras lo entusiasma, no por eso desdeña, cual otros muchos bibliófilos, lo que en ella hay de gracia espiritual.

«Un libro malo—dice—cuando está lujosamente impreso, se parece a una mujer fea bien vestida. Por raro que sea, no enamora.» En cambio, cuando tropieza con uno de esos incunables castellanos que encierran joyas de la literatura clásica, los acaricia con una voluptuosidad en la que verdaderamente nótase algo de deleite sensual. «No sabe usted—murmura—el placer que hay en leer *La celestina* en una edición del siglo XVI, encuadernada en pergamino.» Y sus ojos sonríen entonces del mismo modo que me sonreían aquella tarde de hace tantísimos años, en mi antro de la calle de las Veneras, al entregarme la inesperada, la inverosímil, la inaudita cifra de 300 pesetas.

—Creo que no le vienen a usted del todo mal estos cuartos—murmuró entre burlón y enternecido, examinando la sórdida habitación en que le recibía.

* * *

En aquel mismo momento entró Alice, y sin necesidad de que me lo dijera, comprendí, por la amargura rubia de su rostro, que nadie había querido comprar su último pañuelo de encaje.

—Me vienen esos cuartos tan a punto—murmuré al oído de Beltrán—, que van a servirme para

que esta deliciosa mujer que usted ve triste recobre su sonrisa.

Luego, volviéndome hacia mi amiguita, le enseñé los billetes que acababa de recibir. Y fué tal su sorpresa, fué tal su susto, que cualquiera hubiera adivinado que para nosotros cien pesetas entonces eran una cosa fabulosa, una quimera inverosímil, un imposible espejismo.

—¡De Guatemala!—exclamó.

—No—contestéla—; de la literatura.

—¡Ya lo ves!

Este «Ya lo ves», envuelto en una mirada de dulce reproche, significaba: «Ya ves que yo tenía razón de creer en tu porvenir, en tu triunfo, en tu fortuna; ya ves que al dudar de ti mismo, y de tu talento, y de la recompensa que el público te debe, cometías una injusticia; ya ves que la vida nueva va al fin a comenzar para nosotros, y que nuestras miserias van a trocarse en esplendores; ya ves que mis esperanzas se realizan y que tus temores se desvanecen...»

* * *

Cuando un instante después nos quedamos solos, Alice no pudo contener las lágrimas, y entre sollozos y besos, ocultando su cara contra mi cuello, díjome:

—¿Sabes, Enrique?... Hoy es el primer día en que yo había dudado, en que yo había desesperado... No sé por qué, al ver que nadie quería darme nada, ni una peseta, por mi encaje de Bruselas, creí que había llegado para mí el fin de la vida... Por una cajetilla de cigarrillos para ti hubiera hecho cualquier cosa... La hubiera robado... Sí... En la Puerta del Sol, ante el estanco, pensé en eso... ¡Con qué rabia miraba a los que salían fumando!... Luego, te lo juro, pensé en morir, no en matarme, no; eso nunca... En morirme como una flor que se deshoja... ¡Todo me parecía tan obscuro, tan negro, tan cruel!... ¡Ah!, si no hubiera sido por ti, no sé, no sé... Pero tu imagen, gracias al cielo, me dió fuerzas para venir, y vine preparando algunas palabras de consuelo... Y ya ves: entonces, justamente entonces, cuando yo desconfiaba, era cuando comenzaba nuestra vida feliz...

Yo no me atreví a contestarla:

—Esta no es una aurora... Este es un milagro que jamás se repetirá...

No. ¿Para qué amargar su bienaventuranza? Lejos de exponerle mis ideas pesimistas sobre el futuro, hice como que compartía su fe.

—Es necesario que trabajes—decíame ella acariciándome maternalmente—. Es necesario que

comiences en el acto la novela de que hablas a cada instante... Figúrate lo que te darían por ella, cuando de un librito como *Esquisses* te compran la edición casi completa... Además, debes escuchar a los que te aconsejan que visites a los grandes escritores que pueden serte útiles. ¿Me juras que vas a hacer todo eso?

—Te lo juro.

—Bueno; y con el dinero, ¿qué arreglamos?

—Lo que tú quieras.

—Yo, la verdad, se lo daría a nuestra pobre hostelera, la vieja Mariquita, tan buena, tan miserable, tan resignada... ¿Te parece?...

—Todo, no...

—Pues doscientas cincuenta pesetas para ella y cincuenta para ti.

—No... Cincuenta para ti, cincuenta para Renjifo, cincuenta para mí y las restantes para la patrona.

—Tienes razón.

* * *

Nuestro latinista, que llegó en aquel momento renegando de la avaricia de don Juan Valera, quedóse parado al ver sobre la mesa los billetes de Banco. Y lo mismo que Alice, exclamó con voz de susto:

—De Guatemala, ¿no?...

—No...

En seguida, al enteresarse de lo que había pasado y al saber el empleo que pensábamos dar al dinero, agregó:

—Muy bien... Me parece muy en orden... Yo no respondo de que, dueño de un capital tan importante, tuviese el heroísmo de darle tanto oro a esta Mariquita que nos mata de hambre. Pero meditando sobre los peligros del mañana, creo que hacéis bien. Esos treinta duros que en sus aras sacrificáis van a transformar durante un mes nuestro menú, poniendo un poco más de carne en el puchero y un poco menos de agua en el vino... Además, de hoy en adelante ya podéis vivir aquí un siglo, sin temor de que os pida nada... Vais a ver en seguida lo que son, para una bruja de esta calaña, ciento cincuenta pesetas.

Y saliendo a la puerta de la estancia, púsose a dar voces hasta que Mariquíta acudió, con un calcetín roto entre las manos temblorosas y con todas las arrugas de la cara crispadas.

—¡Qué gritos da el condenado señorito!—decía.

—Estos gritos—replicó el latinista haciendo entrar al ama—son precursores de una satisfactoria noticia, acompañada de un regalo más satisfactorio aun. Y es, a saber: la noticia que don Enrique

comienza a hacerse rico. Y el regalo ahí está, en la especie palpable de esos magníficos billetes, que puede usted tomar a cuenta del pupilaje de mi amigo...

La viejecilla había dejado caer el calcetín que remendaba, y con la diestra, extendida en forma de garra, cubría los papeles del Banco, sin atreverse a llevárselos.

—¿De veras?—murmuraba.

—De veras: tómelos usted.

—Ya decía yo que el señorito tenía que recibir de las Américas... ¡Buenos voy a poner a don Casimiro y a don Eugenio en cuanto vuelvan a aconsejarme que les eche a todos ustedes a la calle por vagabundos sin pizca de vergüenza!... Ellos sí que tienen poca vergüenza, quejándose siempre de la comida por los diez reales que pagan... ¡Vaya, vaya!... Esta noche misma, cuando vean los *bisteques* que voy a ponerles a ustedes, nada más que a ustedes, comenzarán a notar que aun hay clases...

—Esta noche—interrumpió el latinista—no cenaremos con los señores don Eugenio y don Casimiro, cuyas manos beso. Esta noche yo convido a comer en mi habitación a la dulce Alicia, hada de los pitillos inverosímiles, y a su señor y amo don Enriquillo. Aquí tiene usted para que nos pre-

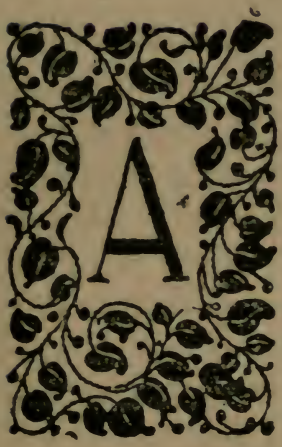
pare un banquete opíparo con tres botellas de valdepeñas añejo, del que tiene color de cebolla...

Y al mismo tiempo, haciendo un movimiento frailuno, sacó de la faltriquera del pantalón dos duros y los puso en poder de Mariquita, la cual parecía inclinarse, agobiada bajo el peso de tantos caudales.

—Esos escudos—dijo al fin—son los que don Juan Valera me ha dado por la traducción literal de un códice latino casi indescifrable... Una semana de trabajo ímprobo... Y total, nada, una vulgaridad histórica, un pergamino herético encontrado en una biblioteca de Compostela, y en el cual se habla de los crímenes de los papas antiguos. Se cita a Esteban VII, hijo espurio de un sacerdote, que hizo desenterrar a su predecesor, el papa Formosa, para mutilar su cadáver; a Juan X, amante de Teodora, asesinado en su lecho de lujuria; a Juan XI, el crapuloso hijo de Sergio III y de la infame Marosia; a Benedicto IX, que vendió el pontificado... Todo eso se encuentra en los Manuales históricos.... Y, sin embargo, Valera parecía espantado al leerlo... «Ya ve usted—decíame—que nada tenemos que envidiar a Alemania en punto a heretismo, puesto que en el siglo XVI, a pesar de los inquisidores, podían escribirse en Galicia, probablemente en algún mo-

nasterio, cosas semejantes...» Yo no le dije que eso era una vulgaridad... Necesitaba el dinero de la traducción para invitaros a cenar... No creí que iba a tener el honor de regalar a dos millonarios.

HERODES APARECE



NIMADO por el valdepeñas, por el tabaco, por la satisfacción de sentir que la fortuna había entrado en nuestra casa, Renjifo hablábame de nuestra futura obra maestra como de una realidad inmediata.

—Para ser leal historiador—decíame—, debo confesarte que Herodes tuvo, antes de casarse con la divina Mariamna, una primera y tal vez una segunda esposa. ¡Qué iba a hacer aquel soberbio idumeo de sangre ardiente entre las tentaciones que rodeaban su juventud! Tomó mujer como hubiera comprado un corcel; pero de seguro su corazón

no fué el que le obligó a contraer su primer matrimonio. Sumisa a su voluntad, su primera mujer vivió a su lado cual una esclava y le dió unos cuantos hijos, que no aparecieron en el escenario de la Historia sino treinta años más tarde, para hacer valer sus derechos de herederos en una red de sangrientas intrigas y para complicar los últimos momentos del gran monarca. Luego la infeliz desapareció en la sombra, dejando al futuro rey de Judea libre para unir su suerte a la de la princesa terrible y adorable que va a atormentarlo sin cesar. En nuestra novela, si te parece, no nos ocuparemos de la época en que el hijo de Antípater no es todavía sino un simple gobernador de la Galilea. Para verlo en todo su esplendor es preciso dejarlo que, cual un león indomable, venza, uno tras otro, a los asesinos de su padre, que son, al mismo tiempo, sus rivales. Una vez el terrible Malich muerto en medio de un banquete y Marión expulsado de la fortaleza en que se refugiaban los partidarios de Antígono, el reino de Salomón y de David aparece ya como una presa que no se escapará a sus garras. Lo presentaremos, pues, si te parece, cuando después de su triunfo contra el príncipe de Tiro, penetra en Jerusalén bajo una lluvia de flores, entre cánticos de gloria y genuflexiones de todo un pueblo.

¡Qué hermosa figura la de ese príncipe suntuoso, de rostro árabe, que cabalga el más bello corcel de Siria, envuelto en el más espléndido manto de Damasco! Es extraño que un artista como Josefo no le dé a este ser superior sino una importancia relativa. El momento mismo en que aparece es uno de los más estupendos en los anales de la antigüedad. La República romana acaba de morir con Bruto y Casio, y los tres lobos que van a ensangrentar el mundo, Octavio, Antonio y Lepide, se reparten el Imperio. Antonio, dueño del Oriente, es el que mejor conviene a las ambiciones del idumeo. Mientras los sacerdotes judíos se presentan ante el César, pidiéndole justicia para devolver a Hircano su poder real, heredado y legítimo' Herodes le ofrece magníficos presentes. Entre la equidad y el halago, el romano no vacila. Los que en nombre de los Macabeos quieren que se cumpla lo ley, son ejecutados como criminales, y, en cambio, el usurpador recibe el título de Tetrarca. Toda la existencia de la Judea va a encontrarse desde este momento a la merced del hijo de Antipas. A nosotros no debe importarnos ni la rebelión del copero Pacorus, ni el cautiverio de Hircano en Galilea, ni la lucha contra los partos, ni el suicidio de su hermano Fhasael... No..., nada de eso... Vamos a presentarlo casado con Ma-

riamna, dueño del reino que tantos esfuerzos le ha costado conquistar, proclamado monarca por el Senado romano, señor absoluto de las tierras sagradas de David y de Salomón. Vamos a enseñar al monstruo en su mayor esplendor... Sólo que poco a poco haremos ver que, en medio de todo, el menos monstruo es él. El primer crimen de que lo acusa su familia es el asesinato de su cuñado Aristóbulo. «Ha matado a mi hijo»—grita la terrible Alejandra, arrancándose los cabellos y amotinando a los fariseos—. Y es cierto, o por lo menos es probable que el joven gran sacerdote, hermano de Mariamna, no se haya ahogado en el estanque de Jericó sin la ayuda de alguien. Sólo que entre matarlo y prostituirlo, no sé qué es más horrible. Y la madre de Aristóbulo estaba decidida a entregar a este adolescente, bello cual un dios, a la lujuria de Marco Antonio, que se había enamorado de él viendo su retrato. Todo hallábase preparado para la huída del joven. Alejandra, segura de su plan, figurábase que, embriagado de voluptuosidad, el déspota romano concedería a su hijo la cabeza del rey de Judea. Se trataba, pues, de un asunto de vida o muerte. Justamente, si te parece, comenzaremos nuestra novela la víspera de ese asesinato, cuando el efebo gran sacerdote oficia por última vez en las fiestas

del séptimo mes, en medio de una multitud delirante que invade el templo para admirar al niño pontífice. ¡Qué cuadro tan estupendo! Figúratelo pintado por Flaubert, con muchos detalles y mucho esplendor... Así tienes que pintarlo tú...

—Hombre, homore, no exageres - le dije.

—Nada de hombre—contestóme sirviéndose una copa—. O hacemos una obra maestra, o no hacemos una obra maestra, o no hacemos nada... Si tú no lo tomas con amor, con fe, dejemos eso...

—Con amor, con fe lo tomo...

* * *

Y era cierto. Alucinado por mi naciente vanidad, yo había llegado a creer que mi talento estaba ya maduro para dar vida a una de esas grandes resurrecciones históricas que, como *Salambó*, encarnan el alma entera de un pueblo. La novela de Herodes, aun no comenzada, aun no esbozada, aparecía ya ante mi vista convertida en una soberbia realidad.

—Bueno—exclamó mi amigo, cada vez más exaltado—, bueno... Te creo... Nuestra novela comenzará por la ceremonia del templo. Yo te daré la descripción del edificio, de los trajes, de los objetos del culto... Tú arreglarás eso a tu modo... El templo, todo de mármol blanco, tenía,

según las medidas de Josefo, cien codos de largo, cien de ancho, cien de alto. Era un cubo. ¡Qué cubo! Sobre su alba superficie, por dentro y por fuera, extendíanse maravillosos frisos de oro. Para llegar á la puerta del santuario había que subir una amplia escalinata. A uno y otro lado del vestíbulo hallábanse las dos estancias en las cuales se guardaban los cuchillos para los sacrificios. La puerta que del vestíbulo conducía al Hechal o lugar santo, tenía cincuenta codos de alto y diez y seis de ancho; sus hojas eran de oro; en su dintel hallábase la célebre viña de oro, de que tanto hablan los anales judaicos... Figúrate a Herodes, envuelto en un manto soberbio, acompañado por sus heraldos, penetrando por esa puerta y encaminándose hacia el tabernáculo en que oficia su lindo cuñado el pontífice de diez y ocho años... Sólo que..., vaya..., vaya... Ahora caigo en que eso no es posible... ¡Dónde tiene uno la cabeza! No..., no es posible describir este santuario magnífico en la época a que nos referimos... El templo que los romanos habían de destruir, el que conoció Jesús, el de la viña de oro, no fué construído por Herodes, sino diez y ocho años más tarde... No podemos, pues, comenzar así...

* * *

Notando que en las botellas de valdepeñas de la cena no quedaba ya ni una gota de vino, Alice había ido en busca de lo que más podía halagar los gustos, a la vez alcohólicos y monacales, de nuestro amigo: un frasco de benedictino, una cajetilla de cigarrillos turcos y algunos pasteles. Al verla llegar cargada de opíparos presentes, Renjifo, que no era galanteador sino en las grandes ocasiones, comparóla con Cleopatra ofreciendo a Tolomeo Dionisio los racimos de Samos en copas de pórfido.

—Como la reina de Egipto—decíala—, usted, querida y generosa amiga, está casada con su hermano... Porque no hay duda de que vosotros sois hermanos de alma y podéis así gozar del divino placer de las noches incestuosas.

—Y a este propósito—agregó volviéndose hacia mí—yo me he preguntado más de una vez si Herodes, que era terriblemente celoso, no sorprendería algunas miradas, algunas sonrisas, algunas palabras lascivas entre aquellos dos hermanos, cuya belleza perturbaba los sentidos de quien los veía. De Aristóbulo, muerto en los primeros tiempos del reino de su cuñado, nada o casi nada sabemos. Y lo terrible para los curiosos de psicología histórica es que de la diabólica Mariamna tampoco sabemos nada íntimo. ¿Fué, como lo pre-

tenden los cronistas cristianos, una víctima de los apetitos y de los furores de su marido? Yo más bien la creo un instrumento inconsciente y cruel entre las manos atroces de su madre. ¡Oh!, la terrible Alejandra, hija del pontífice Hircano! ¡Aquélla sí que aparece clara, transparente, absurda y venenosa cual una sierpe que sabe que el pie que muerde ha de aplastarla, pero que no deja de morderlo, de buscarlo, de perseguirlo a través de los laberintos innumerables de una existencia trágica! Todos sus odios se concentran en uno, único: el odio implacable a su yerno. En vano éste la perdona dos, cuatro, diez veces. Ella no puede renunciar a su instinto, ella no puede dominar su orgullo. Descendiente postrera de los príncipes asmoneos, y segura de encarnar el alma milenaria de la raza judía en su absoluta pureza, siente por el usurpador extranjero, por el hijo de Antípater, por el antiguo servidor de su padre, un desprecio y un rencor infinitos. ¿Cómo—me dirás—consintió, en tal caso, en darle su hija por esposa? ¡Ah! No era su hija lo que le importaba, y, de seguro, ni siquiera creía al idumeo indigno de acostarse con ella. La mentalidad oriental es muy complicada. Alejandra no se opuso a que cuando Herodes no era sino un general afortunado al servicio de su casa, Hircano le concediera la

mano de su nieta. Pero verlo convertido en rey de Judea por obra del Senado romano, eso no supo nunca soportarlo. El reino de David, en efecto, no podía pertenecer sino a los príncipes de su familia. Si su padre era indigno de reinar por su debilidad de carácter y su tío Aristóbulo por su ferocidad natural, ¿por qué no había de ser ella misma, como su abuela, la otra Alejandra, la gran elegida de los fariseos, la que empuñase el cetro? Desde las riberas del Nilo, una soberana seductora e indomable, la bella Cleopatra, enviábale, por medio de misteriosos embajadores, consejos de energía y de astucia: «Ven—decíale—, y aquí, a mi lado, lograrás convencer a Marco Antonio de que tus derechos son sagrados.» Ella trató de huir encerrada en un ataúd. Pero Herodes, que tenía una vista de lince y una garra de águila, cogióla al vuelo y la obligó a reintegrase al gineceo, murmurando suaves palabras a su oído: «¿Dónde estarás mejor que aquí, en el seno de tu familia, junto a tu hija, que te adora, y tu yerno, que te venera?»—preguntábala, tratando de seducirla. Ella callaba y se inclinaba. En cuanto a resignarse, jamás. Cerca de veinte años había de vivir en la misma trama de intrigas obscuras, exponiéndose a cada instante a los mayores peligros, siempre vencida en sus luchas sordas, siempre

dispuesta a pedir perdón para recomenzar al día siguiente... Hay que ver la faz lívida del gran monarca en medio de esa sed de perpetuas asechanzas familiares, para comprender su magnanimidad, y hasta puedo decir su dulzura de alma...

* * *

—¡La dulzura del alma de Herodes!—exclamé—. He ahí un título de capítulo que haría sonreír...

—A los ignorantes—contestóme mi amigo, aprovechando la oportunidad para llenarse la copa.

Y volviéndose hacia Alice, que lo escuchaba con interés adivinando lo que no entendía, prosiguió:

—Usted, que es mujer y que tiene un carácter muy suave, comprende que hay momentos en los cuales hasta un cordero es capaz de matar...

Tomando estas palabras por una alusión a la noche famosa del café cantante, mi amiga, emocionada, cogióme la mano, y, recogiéndome la manga, me besó largamente, tiernamente, la cicatriz de su herida.

—El vino y los celos vuelven loco—murmuró.

—Ha explicado usted la psicología de Herodes—exclamó Renjifo—. Sus barrabasadas son siempre grandes borracheras de celos... Y claro que

no hablo de sus barrabasadas políticas. Por más que digan los judíos, aquel rey fué, en su época, uno de los más bondadosos y de los menos sanguinarios. ¿Tiene fama de monstruo de crueldad Marco Antonio? No. Y, sin embargo, Herodes vióse obligado a pedirle más de una vez que fuese menos duro en sus represalias contra los que le estorbaban. El abuelo de Alejandra, el rey Alejandro Jáneo, cuya memoria es venerada por los israelitas, hizo crucificar en un solo día, en Jerusalén, a ochocientos fariseos. Y su historiador agrega: «El monarca asistió en persona a este suplicio rodeado de sus mujeres, entregándose a los placeres de un festín.» De los dos hijos de este buen rey, uno, Aristóbulo, le cortó las orejas al otro para que, mutilado, no pudiese aspirar de nuevo al pontificado. No hay, pues, que asustarnos cuando vemos que Herodes castiga con mano dura a los que se levantan en armas contra su ley y contra su trono. Bien considerado todo lo que hizo, y bien comparado con lo que hicieron sus predecesores y sus sucesores, más parece merecedor a que se alabe su piedad en ciertos casos, que su violencia en otros. Fué, en suma, un rey de Oriente, ni más ni menos bueno, ni más ni menos cruel, ni más ni menos justo que los demás reyes de Oriente.

Alice exclamó:

—¿Y la degollación de los inocentes?...

Sin poderse contener nuestro latinista, exaltado por las libaciones, dirigió a mi amiguita una mirada de olímpico desprecio, murmurando:

—Usted también es de las que repiten esa tontería inventada por los cristianos... No me extraña... Mujer al fin... Pero basta con abrir un diccionario para notar que entre la muerte de Herodes y el nacimiento de Jesús hay cinco o seis años de intervalo. Además, el sabio Munk ha demostrado que en aquella época, en la miserable aldea de Betlem, no podían existir sino diez o doce niños de menos de dos años. Así, pues, bonita matanza para un gran cuadro de historia... Dejemos esto... Y bebamos...

* * *

La botella estaba vacía. Entre Alice, Renjifo y yo habíamos apurado, sin notarlo, quince o veinte copas de licor benedictino.

Entonces el latinista dijo:

—Puesto que tenemos dinero, vamos a Fornos... Quiero que esos miserables me vean pagar con un billete de cincuenta pesetas... Os convido, hermanos...

—¿Vamos?— preguntóme mi querida.

—Vamos—contestéle.

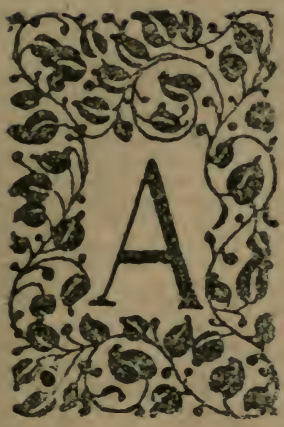
Nuestro amigo púsose de pie, titubeando ligeramente, y extendiendo el índice hacia la mesa, exclamó con voz tierna, al contemplar el frasco en que ya no quedaba ni una gota del néctar conventual:

—*Dominus dedit... Dominus abstulit... Sit nomen Domini benedictum...*

Y riendo agregó:

—*Benedictum... benedictum...* está bien llamada... Es la bendición de Dios hecha aguardiente...

UNA CARTA DE "CLARÍN"



ANIMADO, vigorizado, casi puedo decir alucinado por la inaudita lluvia de oro que acababa de llevar la alegría a mi casa de la calle de las Veneras, comencé a ver la vida con ojos optimistas. En la mesa, cuando Renjifo, más contento de mi ventura que si hubiera sido suya, me aseguraba que aquello no era sino el principio de la fortuna, respondíale yo, de buena fe, que, por desgracia, no había por donde pudiera continuar manifestándose mi buena suerte. Pero luego, por encima de la lógica amarga que me atormentaba, mostrándome todos los caminos de la existencia

cerrados, complacíame, inconscientemente, en soñar improbables milagros de riqueza, de gloria, de paz durable.

—Cuando la Providencia quiere ayudarnos, todo nos sale bien—murmuraba mi amigo.

Y en efecto: como para darle razón, en aquellos días publicaron *Los Lunes del Imparcial* un artículo mío, que les había enviado dos meses antes y que ya consideraba yo perdido en el cesto de los papeles inútiles. Era, si no recuerdo mal, un estudio sobre la crítica y los críticos de París, en el cual, después de hablar muy mal de Brunetière, elogiaba a Anatole France, a Jules Lemaitre y, sobre todo, a mi amigo Charles Maurras, que entonces acababa de debutar brillantemente en las Letras, y que solía escribirme cartas para consolarme de mi destierro. En el famoso y ruidoso café, adonde continué yendo todos los días, y a veces hasta dos veces al día, mientras me duraron las pesetas que en el reparto me habían correspondido, Bonafoux y Luis París le dieron mayor importancia a aquel trabajo periodístico que a mi librito recién publicado, y por primera vez, el día en que mi artículo apareció, hablaron conmigo seriamente de literatura, concediéndome, no diré lo que en tauromaquia se llama la alternativa, pero, por lo menos el derecho a no ser ya

un simple chiquillo indigno de que se le tomase en serio. Este cambio en la manera de tratarme en Fornos me halagó, naturalmente; pero no tanto como una larga carta de *Clarín*, que recibí poco después, y que todavía me parece interesante por lo que tiene siempre de actual en nuestra época, veinte y tantos años después de haber sido escrita.

«No estoy de acuerdo con usted—decíame—en lo que a Brunetière se refiere, pues, a mi entender, es, como crítico, más substancial que Lemaitre. En todo caso, puede que en eso quepa discusión; en lo que no la cabe es en su manera de poner siempre a los nuevos, ya se llamen Maurras o Wilde, por encima de los maestros consagrados.

»Hace algunos años, no pocos, yo seguía con atención e interés la vida inquieta de la literatura de los jóvenes, según era en París y sus muchas *sucursales*. Hoy confieso que he dejado, por hastío, de seguir tales cambios. Me ha aburrido la poca formalidad, y me he cansado de esperar cosas de mucha substancia, que no llegan.

»También ahora estudio con atención el *modernismo* y me intereso por los *jóvenes maestros*; pero son otros maestros jóvenes, son otras novedades. A mi ver, en Francia, como en Alemania, y acaso en otras naciones de las más adelantadas,

la juventud que vale más y las novedades verdaderas y de enjundia no hay que buscarlas en la *amena* literatura, que está pasando un mal rato, sino en la ciencia y en la filosofía.

»Hoy, amigo Carrillo, me pasa a mí algo parecido, en cierto modo, a lo que sucedía a los compañeros de Renán en San Sulpicio, los cuales sonreían con un poco de desdén ante la *mera literatura*.

»Y no vaya usted a figurarse, atribuyéndome sentimientos de españolismo estrecho, que sólo en el Extranjero veo lo malo de la vida literaria y en Madrid sólo lo bueno. Al contrario, querido amigo; entre nosotros hallo, no sólo nuestros defectos nacionales, sino, además, los que imitamos de otros países. Si me permite usted citarme a mí mismo, le diré, repitiendo algo que ya he dicho, que entre nosotros la maldita moda es voluble cuando se trata de usos buenos, y que los vicios arraigan de modo que no hay quien los arranque. Todas sus malas costumbres las atribuye el madrileño al carácter nacional y las conserva por patriotismo. Cuando yo me marché de Madrid, hace unos años, predominaba, si no en el arte, donde debiera estar el arte, el género flamenco: en los carteles de los teatros se leia: *¡Eh, eh, a la plaza!*, *Torear por lo fino* y cosas así, todo asunto

de cuernos, chulos y cante; cuando regrese, me hallaré con cante, chulos y cuernos; los carteles dicen: *¡Viva el toreo!*, *¡Olé, tu mare!*, y gracias por el estilo. Hace seis años los madrileños pasaban seis horas en el café, tres por la tarde y tres por la noche, y ahora sucede lo mismo. Hace tres años todos hablaban del *libro nuevo* sin haberlo leído, y ahora siguen el mismo procedimiento para juzgar las obras ajenas; hace dos años nadie hablaba mas que de los asuntos del día, según los exponían y comentaban los periódicos populares; todos esperaban el pan del espíritu de la prensa de la mañana: hoy no pasa otra cosa. La vida de la mayor parte de los madrileños es de una monotonía viciosa que les horrorizaría a ellos mismos si pudieran verla en un espejo. Todos esos parroquianos del Suizo, las dos Cervecerías, Levante, etc., etc., me recuerdan a aquel *Mr. Parent*, que Guy de Maupassant nos pinta envejeciendo en un café sin conocerlo; un día se mira en el espejo, delante del cual se sienta desde hace veinte años, y ve que el cristal le devuelve una imagen de la muerte próxima, un rostro descompuesto, un pellejo arrugado de color de pergamino, una cabeza nevada... ¿Qué ha hecho él para envejecer así? Nada, dejar que pase el tiempo entre el ajenjo de la mañana y el ajenjo de la no-

che... ¡Y cuántos viven así, lo mismo en el barrio Latino de Verlaine que en los Madriles!, donde yo pasé mis mejores años y que, si no han cambiado, no me atraen ni me mueven a abandonar esta ciudad provinciana para volver a vivir entre la Carrera y la calle de Alcalá. En mi tiempo se hablaba ahí a todas horas y en todos los cafés de Sagasta, de don Venancio, de Romero, de Cánovas; se repetían cinco o seis ideas de valor parecido al de esos nombres... y vuelta a empezar; el hecho era éste: que todos querían ser diputados. Y sorbían el café sin saber lo que hacían. Casi todos estaban pálidos, con una palidez digna de unos amores de Romeo. ¡Y pensar que aquel espectáculo era diario y se venía repitiendo años y años, y se repetirá sabe Dios hasta cuándo!

»Esa es la existencia en que sueñan los jóvenes provincianos españoles, como los de otros países, especialmente los de América, sueñan en la vida no menos monótona del barrio Latino. No sabe usted el número de cartas que recibo de América censurándome porque no comulgo con Moreas ni con otras docenas de Moreas. Es la servidumbre de las novedades parisienses, ya que no francesas. ¡Y lo más florido de la juventud de muchas Repúblicas americanas se deja encadenar en esta especie de servidumbre ridícula!

«¿Lo más florido? Acaso no. Ojalá no. Yo quiero suponer, aunque sea exagerando el valor de ciertos indicios, que gran parte de los jóvenes de talento de América saben ya de otro género de novedades europeas, no casi exclusivamente francesas o pasadas por tamiz francés: novedades más serias, más profundas y más compatibles con la conservación del carácter nacional, por lo mismo que se refieren esas novedades a la pura indagación de la verdad, ya filosófica, ya de lo que se llama hoy por antonomasia científico. Ciencia y filosofía tienden legítimamente, por ley de su esencia a ser cada día más *cosmopolitas*; tienden a ser universales: lo mismo debe hacer la religión digna de nuestro estado actual de conciencia. Por eso, en todas esas esferas, los americanos que escuchan las voces nuevas sin hacer traición al españolismo, podrán trabajar mucho en pro del más positivo progreso de su patria, de la gran patria hispanoamericana.»

* * *

Esta carta, que yo envié a Guatemala al *Diario de Centro América*, publicóse con algunos comentarios desagradables para *Clarín*, que éste había de atribuirme a mí más tarde, lo que determinó, si no que el gran crítico me retirase su

amistad, por lo menos que dejase de pronto, sin adivinar yo por qué, de mostrarse afectuoso y casi paternal para conmigo. Nada tan injusto, en verdad, pues por aquellos días yo estaba tan entusiasmado con Leopoldo Alas, que no podía dejar de hablar con admiración de él y de defenderlo a capa y espada cada vez que alguien lo atacaba. Entre mi gente de Fornos, donde Bonafoux era el más influyente personaje, las ocasiones menudeaban. La gran pelea relativa a los plagios de *Madame Bovary* estaba entonces muy fresca. En las vidrieras de los libreros, lo más aparente era un par de folletos titulados *Yo y el plagiario Clarín*, por Luis Bonafoux, y *Mis plagios*, por *Clarín*. Y en nuestra tertulia, que no solía variar muy a menudo de temas literarios, no había día en que alguien dejase de evocar el debate de las páginas robadas a Flaubert por el autor de *La Regenta*. Yo, la verdad sea dicha, no había entonces leído ni el uno ni el otro libro. Pero *Clarín* era mi amigo; *Clarín* me había «descubierto»; *Clarín* me escribía cartas llamándome «compañero», y esto bastaba para que de buena fe hubiera yo puesto la mano en el fuego por él.

Luis París, que no sólo vive aún, sino que me parece por sus crónicas actuales del *Heraldo* más joven que nunca, debe recordar con ironía

aquellas famosas veladas durante las cuales Bonafoux, nervioso, epiléptico, lleno de fuego y de electricidad, juraba que el «señor Alas» había plagiado a Flaubert, a Maupassant, a Fernanflor, a doña Emilia Pardo Bazán y a él mismo.

—¡A mí, sí, a mí—gritaba blandiendo sus lentes de oro con aire amenazador—, a mí, tal como ustedes lo oyen!

Y luego, volviéndose hacia mí, agregaba:

—¡Se necesita ser un pendejo como usted para darle importancia a ese tío sinvergüenza que ha saqueado mis libros para echar a perder mis chistes!... Lo único que yo querría es que estos amigos míos inútiles se decidieran a irlo a desafiar en mi nombre a causa de las desvergüenzas que me dice en su folleto.

A lo cual Dicenta, muy socarrón y muy ronco, contestaba:

—Luisillo, Luisillo, no te toca a ti juzgar de esas cosas... Aquí estamos nosotros, y cuando sea llegada la hora, no tendrás necesidad de pedirnos dos veces que tomemos el tren de Asturias para traerte a ese señor por las orejas... Mas, hasta ahora, no ha habido ofensa... No, señor... No ha habido más que ataques literarios...

—Y además—decía en su rincón el elegante Sarmiento, director del *Día* o del *Resumen*, no

lo recuerdo a punto fijo—, además, el tal *Clarín* es un zascandil a quien nadie logra hacer salir de su escondite ni aun dándole puntapiés en el trasero. Pregúntenlo ustedes a Novo y Colson...

—Y a Manuel del Palacio—murmuraba un joven cubano que de todo se enteraba al revés.

* * *

Sí... Luis París debe recordar con ironía aquellas inefables reuniones de Fornos... Pero yo las evoco con pena, con amargura, porque en cada una de ellas se quedaba un poco de mis ilusiones adolescentes, un poco de mi frescura de alma, un poco de mi fe en la confraternidad juvenil. «¿Es esto — preguntábame siempre al salir de aquella atmósfera de rencores pequeños y de pequeñas presunciones—, es esto lo que se llama una reunión literaria? No volveré nunca...» Pero volvía. ¿Adónde iba a ir?... ¿Al Ateneo?...

ECHEGARAY

H, el Ateneo!... Una tarde mi amigo Renjifo preguntóme:

—¿Quieres conocer a Echegaray?

—Sí—contestéle—. Es uno de los viejos que me interesan. En mi tierra, cuando alguna compañía de drama daba funciones en el Teatro Nacional, nunca dejaba de poner en escena *El gran galeoto* y *En el puño de la espada*. *El gran galeoto* no me ha entusiasmado nunca. Pero *En el puño de la espada*, en cambio, me quitó muchas noches el sueño haciéndome delirar con aventuras románticas... Mis paisanas más bonitas estaban en

aquellos tiempos enamoradas de Echegaray. Se lo figuraban moreno, esbelto, algo tenebroso de aspecto, con una melena ensortijada y unos grandes ojos muy tristes...

—Y tú, ¿cómo te lo imaginas?—interrogó mi amigo.

—Yo..., yo..., pues del mismo modo... Alto, pálido, taciturno...

—Bueno... Dentro de media hora verás que no es así...

En efecto; poco después tuve la pena de ser presentado a un viejecito de aspecto no sólo vulgar, sino hasta algo grotesco, que recibía los homenajes de sus admiradores sentado en un sitial y sin quitarse ni la chistera, ni el gabán, ni la bufanda. Era un salón llamado «La cacharrería», si no recuerdo mal, y en el que luego no he vuelto a penetrar nunca.

Mi amigo, después de decir mi nombre, agregó al oído del ilustre dramaturgo:

—Uno de los que más prometen... Gran cultura... Ha estudiado en París... Conoce todo lo nuevo...

Don José me miró de soslayo, y casi sin saludarme continuó la lección que estaba dando a los diez o doce caballeros que lo rodeaban... ¿De qué hablaba?... No lo recuerdo. Lo que sí tengo

presente es su lenguaje desenfadado, por no decir chabacano, sus gestos friolentos, sus sonrisas satisfechas, su aire magistral y categórico, sus movimientos de cabeza afirmativos y polichinelescos... Sus amigos, sus discípulos, sus adoradores, sonreían o murmuraban llenos de emoción, según las palabras del maestro parecíanles ingeniosas o profundas. Yo callaba, desconcertado. De pronto, abandonando su discurso, Echegaray preguntóme:

—¿Qué novedades espatarrantes nos mandan esos señores franceses?...

Y sin esperar mi respuesta, volviéndose hacia otros de sus auditores, agregó lleno de alegría:

—¡Parece que los parisienses han descubierto al fin al noruego Ibsen, ya ustedes saben: al que yo tengo comentado aquí, y traducido en casa, desde hace no sé cuánto tiempo!... ¡Así son esos buenos gabachos! Siempre llegan tarde, como el gendarme de Offenbach, ese buen señor Offenbach que encarna el espíritu parisiense a pesar de ser alemán...

El hombrecillo acariciábase su perilla de chivo con gesto satisfecho, y miraba a sus auditores con aire protector. Veíase en él la vanidad contenta de sí misma, que, superponiéndose a todas las demás cualidades buenas y malas, dominaba su or-

ganismo moral cual un resorte supremo. En mi instintivo conocimiento de las debilidades humanas, comprendí que me habría sido muy fácil hacer en el acto la conquista de aquel ilustre fantoche, hablándole de sus obras, que yo admiraba sinceramente, y de su genio, en el cual creía entonces. Pero no pude. Tanta estulticia aparente en un tan gran señor de las letras me hacía enmudecer. Y así, dejando a los demás celebrar sus frases agudas o profundas, permanecí inmóvil a sus plantas, como un creyente de otros dioses al pie del altar de un ídolo negro.

—¡Ah!..., ¡ah!..., ¡ah!...—decía—, ¡esos franchutes, esos franchutes!... Offembach... No es ése el único... ¿Quién representa el ingenio literario del Bulevar, quién hace del *Figaro* el órgano de la elegancia espiritual del país?... Otro alemán: Alberto Wolff... Y el mismo Pablo Verlaine, a quien ahora quieren imponernos los decadentistas como un gran poeta..., ¿de dónde es? De Metz... Y Metz es una ciudad alemana... ¡Qué diablo! Hasta nosotros les tenemos que dar algo, a pesar de nuestra cacareada pobreza, que para sí la quisieran ellos... Me refiero a José María Heredia, no al viejo, que fué mejor, sino al mozo, a Heredia segundo, que en Francia pasa hoy por el maestro del Parnaso... ¡Ah!..., ¡ah!..., ¡ah!..., esos franchutes...

Después de decir esto, dignóse posar su mirada vacía en mi humilde persona y murmuró examinándome: «Muy joven..., muy incauto todavía...» Y sin soltarse la perilla, movió la cabeza, cual si fuese la de un muñeco...

Yo callaba, nervioso, contando los minutos.

De pronto don José me interrogó, a la manera de los maestros de escuela:

—¿Cuál es, para usted, el más gran escritor de Francia?

—Anatole France—díjele.

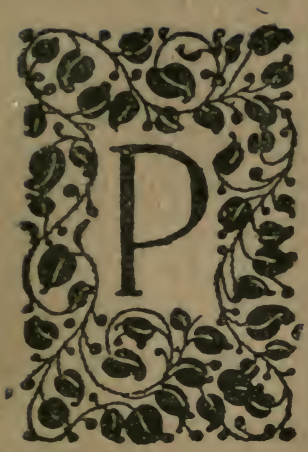
—¡Ah!..., ¡ah!...—exclamó, triunfante.

Y poniéndose de pie, pronunció estas palabras que no he podido olvidar nunca:

—Anatolio France..., sí..., sí... Es un hombre que escribe frases cortas... ¿Saben ustedes por qué?... Porque tiene las ideas cortas...

Luego, envuelto en un murmullo admirativo, marchóse, sin saludar a nadie, muy arrebujado en su bufanda, andando a pasos menudos, con algo en todos sus movimientos que hacía pensar en los enanos de Velázquez...

CASTELAR



ocos días después tuve otra desilusión, tal vez má dolorosa. Fué en la tiendecilla de Fernando Fe, a la cual había ido a charlar con Paco Beltrán y a hojear los libros nuevos. Gritaban allí cuatro o cinco señores metidos en sus gabanes. Uno de ellos tenía entre las manos un tomo de la Historia de la Literatura del Padre Blanco, obra que entonces hacía mucho ruido. De vez en cuando, este señor soltaba una exclamación expresiva, después de leer algunas frases en alta voz. Era bajo, rechoncho, apoplético, con grandes mostachos, con ojos redondos cual los de un buho...

—¿Has visto lo que dice ése de Gaspar?—preguntóle un caballero flaco y gris.

—Sí...

—¿Por qué no le contestas tú?

—Si estás dispuesto a darme cien duros por el artículo, con mucho gusto...

—Hombre..., yo bien quisiera... Pero los tiempos no están para pagar colaboraciones como la tuya. A ti sólo los americanos pueden pedirte cuartillas.

El señor rechoncho gruñó y siguió leyendo y murmurando... De entre los pelos de su bigotazo escapábanse ajos incompletos... Al fin tiró el libro sobre una mesa y exclamó, con una voz aguda, de esas que en francés se llaman *clarineantes*:

—A este cura sinvergüenza no se le debiera contestar sino con dos patadas en el culo...

Y se marchó contoneándose, después de estrechar la mano a sus amigos...

Paco Beltrán me dijo al oído:

—Castelar...

Yo no podía, yo no quería creerlo. ¿Castelar aquel especie de Sancho Panza con chistera, que hablaba cual un arriero, que gruñía cual un cerdo, y que tenía ojos vidriosos que se le salían de la cara?

Paco me repitió dos veces:

—Castelar..., Castelar...

* * *

Más tarde, cuando le referí estas mis impresiones, Rubén Darío quiso convencerme de que, o me habían engañado, o yo no había visto bien. Don Emilio, como él decía, era lo más fino, lo más ingenioso, lo más ateniense, «lo menos español» que existiera jamás en España. Porque para Rubén, mientras menos español era algo, más valía.

—Note usted—díjome—que es el único hombre de Madrid que fué popular en París.

Y como yo sonreía, escéptico, él agregó:

—Sí, hombre, sí... Los franceses, tan parcos con lo extranjero, le admiraron y celebraron cuando tuvieron el altísimo honor de oírlo hablar en su francés claudicante, pero muy claro y muy bien articulado, en el español de bronce y plata que no comprendían. ¿Qué importa que dijese, como en una ocasión: *La France, cette «belle soeur» de l'Espagne?* Tras la sonrisa del oyente venía la tempestad de la ovación, pues el orador soberano triunfaba contra el mal políglota. Hugo le tenía en su alto valer, y sabida es la anécdota en que el César de los poetas le ofreció, al sen-

tarse a su mesa, una silla imperial: «Os he señalado esta silla en que se sienta siempre don Pedro del Brasil.»—«¡Pues no me siento!»—respondió Castelar, fiel hasta en esto a su idealizada República. Nuestro amigo Ladevese cuenta las acogidas respetuosas y afectuosas en casa de madame Adam, de Cernuschi, de la Rattazzi, las intimidades con políticos como Thiers y Gambetta y Julio Simón.

—Será cierto todo eso—contestábale yo—; pero la impresión que me produjo fué la de un ser muy vulgar, muy poco idealista, muy apegado a las materialidades de la vida...

Entonces Rubén, tratando de convencerme de lo contrario, referíame las famosas cenas en casa del gran orador, cenas a las cuales él había asistido más de una vez, y que le parecían comparables, por lo espirituales, al banquete de Platón. «Tenía la amable costumbre que Quincey nos revela de Kant —decíame—; siempre había invitados a su mesa, y, siguiendo la regla de lord Chesterfield, el número de los que se sentaban, él comprendido, no era nunca inferior al de las Gracias ni superior al de las Musas. Y el mejor condimento era su charla monopolizadora del tiempo, a la cual ayudaba su memoria única con el más copioso anecdotario que sea posible imaginar. Después, en su salón, al

conversar, según fueren los asuntos, se dejaba llevar de su fuga tribunicia y sus palabras se convertían en párrafos de verdaderos discursos; y su vibración era contagiosa, y él se trasladaba en un salto invisible fuera del momento. Cuéntase que un día aconteciόle encontrarse en molestos apuros de dinero. Era en invierno y la chimenea estaba encendida, como su conversación, sobre un asunto político, delante de varios íntimos. Llega una carta de América con una letra por mil duros. Grata sorpresa que interrumpe un instante su hablar. Pero continúa, con carta y letra en la mano, el discurso; a poco se precipita, y con una frase rotunda y un gesto supremo, carta y letra, hechos nerviosamente una pelota, ya están ardiendo en la chimenea. Otra vez hizo aguardar largas horas a un personaje político, cuya presencia en la antesala se le anunciaba repetidas veces, porque le tenía asidos lengua y pensamiento una disertación sobre Botticelli y los primitivos. Y de la casa en que aquel obrero tenía el obrador mental puesto para servicio de tantos diarios y revistas del globo, salía mucho bien, mucho favor personal, mucho consuelo a los pequeños, apoyo intelectual a quien lo necesitaba, consejo o aplauso, y la ayuda eficaz al pobre que le pedía, pues entre los humildes, como entre los grandes, entre las palmas y

lauros, sobre los cuales sobresalía su calva cabeza pensadora, resplandecía la virtud moral de aquel hombre sencillo, de corazón infantil...»

Más de una vez, por dar gusto a Rubén, traté de volver a leer en aquellos años lejanos de nuestra vida madrileña algún libro de Castelar. Al cabo de unas cuantas páginas tuve que renunciar a mi propósito. Las frases que antes me habían parecido henchidas de arte, sólo resultábanme luego henchidas de grasa... Ya sé que aquellas mis impresiones eran injustas... Ya sé que, en sus buenos momentos, Castelar fué uno de los grandes líricos castellanos. Pero por más que he hecho, nunca, desde el día en que lo vi, he podido volver a admirarlo cordialmente, o al menos nunca he podido admirarlo sin un poco de rencor.

* * *

Mi amigo Renjifo, testigo de mis desilusiones, sonreía socarronamente, con su tranquila ironía eclesiástica. Y cuando yo le pedía que me llevara a visitar a don Juan Valera, contestábame:

—Te causará un desengaño, ni más ni menos que los otros... No te digo que sea grosero como el gran don Emilio, no... Pero fino y todo, como lo es, no llega al tobillo de Castelar... Ya lo verás tú mismo.

JUICIOS DE CAFÉ

STÁBAMOS en el café, en nuestro café, en nuestra mesa, entre nuestros amigos. Un pesado silencio de digestión reinaba en nuestro círculo. Luis Bonafoux sonreía mefistofélicamente, mientras Luis París leía con gravedad un periódico. Los demás bostezaban. Yo, no pudiendo ocultar mis impresiones más frescas, me puse a hablar de Castelar y Echegaray, a quienes había visto; de Menéndez Pelayo, a quien estaba leyendo; de Valera, a quien deseaba conocer. Nadie parecía oírme. Tal vez nadie me oía.

—Valera, Castelar y Menéndez Pelayo—dije—

son allá, en América, la trinidad del pensar español.

—¿Y Galdós? — pregunto alguien con voz de sueño.

—¿Y Núñez de Arce?—murmuró otro.

Sin moverse, sin abrir siquiera los labios, conservando su curiosa máscara de momia endiablada, el autor de *Mosquetazos* lanzó una carcajada de polichinela:

—Ji... Ji... Ji... Ji... Ji... Ji... Ji... Ji... Ji...

Un caballero gordo que nos humillaba con su habano ensortijado y rubio, exclamó con tono sentencioso:

—Como don Juan no hay nadie, convénzanse ustedes... Ese es el verbo del genio ático...

Renjifo no pudo contenerse, y después de apurar su tercera copa de anís, articuló un extraño gruñido aristofanesco.

* * *

Luego, irguiéndose, púsose a hablar de esta guisa:

—¡Don Juan Valera!... ¡Vaya!... ¡Ya se sabe!... Cuando alguien quiere hacer su elogio, escribe: «Es ponderado, correcto, fino, sobrio; no abusa de nada; tiene un tacto exquisito...» Y es verdad... Pero cuando oigo eso, me dan ganas de pregun-

tar, como Víctor Hugo: «¿Es una recomendación para un doméstico?... Virtudes mediocres, carácter mediocre, obra mediocre... Todo en él es secundario, pálido, agradable... ¡Eh! Agradable hasta cierto punto... Nada en él es completo... Se puede decir que es algo de todo, algo eminente, algo aburrido, algo erudito, algo helénico, algo pedante, algo bueno y también algo malo... ¡Qué diferencia entre él y Castelar, entre él y Menéndez Pelayo! Castelar es un toro, una ballena, un cedro, una catarata, una montaña, una cosa enorme, abrupta, frondosa, murmurante, cíclica, horrible y sublime... No hay nadie que tenga tan mal gusto como él... No hay nadie que vuele tan alto, que tenga alas más amplias, que ocupe más espacio... Es un hombre que siempre está en Patmos y muy a menudo en Babia... No hay nada tan fácil como burlarse de él. No hay nada más hacedero que engañarlo. Los americanos que le dirigen mensajes ampulosos comparándolo con Cicerón, con Demóstenes, con el Dante, con Víctor Hugo, le hacen abrir la boca y le obligan a dejar caer el queso. Es porque tiene un alma de niño, un alma casta, un alma virgen... Dile esto a esos señores, y se echarán a reír. ¡Vaya una castidad la de don Emilio!... Porque aquí todos somos maliciosos y no nos dejamos engañar por nadie... La verdad

es que tenemos almas de ayudas de cámara para considerar a los grandes hombres de verdad. Por eso de Castelar nos reímos. ¿No es acaso rechoncho?... ¿No es maricón?... ¿No es goloso, sibarita, maniático, vanidoso, crédulo? Lo que constituye su vida íntima anda por el arroyo... Sus libros, en cambio, nadie los lee. Búscalos en las librerías y no los encontrarás. ¡Quién va a leerlo! Hasta nuestro sutil Bonafoux, aquí presente, te dirá que es preciso «oírlo hablar» para saborear su elocuencia. ¡Elocuencia!... ¡Elocuencia!... Los infelices no saben lo que eso significa. Castelar no ha sido nunca elocuente. Su gran virtud se llama lirismo. Hay mucho de bíblico, mucho de trágico en su genio. Dale cualquier cosa y la convertirá en un globo de fuego, o en un manto de púrpura, o en una guirnalda de flores, o en una gárgola de piedra. Dice un poeta que los versos del Dante salen estirados y retorcidos, como si se escaparan por las grietas de un volcán en ebullición. Las frases de don Emilio, por el contrario, son las perlas y las rosas que brotan de una boca bendecida por las hadas. No hay nada, por vulgar que sea, que en sus labios no cobre armonía, luz, nobleza, amplitud, vuelo. ¡Ah! Ese sí que no es ni discreto, ni pulido, ni correcto... Sentado frente a Valera, en las sesiones de la Academia, debe parecer un león

ante una comadreja. Yo no veo en nuestra época sino otro hombre que se le pueda comparar como poeta, como artista, como creador... ¿Núñez de Arce?... No... ¿Campoamor? Tampoco... ¿Pérez Galdós? Casi... Pero no es ése, no... Es uno cuyo nombre va a hace reír a estos compañeros que nos rodean y que sonríen creyéndome borracho... Es don Marcelino Menéndez Pelayo, rata de biblioteca, maestro de escuela, dómine latinista, traductor de Horacio... Pregúntale, si quieres, a Valera lo que piensa de él, y te dirá con su dulzona hipocresía que tiene una memoria famosa, que ha leído mucho, que sabe mil cosas, que estudia como un benedictino... ¡Los eternos lugares comunes que nos sirven para pensar o más bien para hacernos creer que pensamos!... Don Marcelino es la historia, la poesía de la historia hecha escritor. Con su cara de tabernero encarna lo que hay de más noble, de más bello, de más caballeresco, de más gentil, de más castizo, de más cristiano y de más heroico en el alma secular de nuestra vieja España. Tú te figuras, sin duda, que es un carlista, un clerical, un lisonjeador de los ciegos que aquí mandan. No hay tal. Es un soñador de grandezas abolidas, que lo mismo se entusiasma resucitando a un gran hereje que a un gran inquisidor... Ni la lujuria ni el crimen lo

espantan. En el mundo terrible de los romances, en el cual bullen todas las pasiones, todas las crueldades, todos los sacrificios, todas las voluptuosidades, se mueve cual un Dante que todo lo perdona, porque todo lo comprende. Cuando su obra esté terminada, lo que hubo en nuestra patria de fuerte, de bello, de original, tendrá al fin su santuario. A su manera, él también es un torrente, una montaña. No ruge, no se encrespa; pero lleva elementos formidables en sus repliegues y en sus ondas. Valera no podría ser ni su amanuense. Castelar, en cambio, es su hermano, es su colaborador, trabaja con él, lo ayuda, lo precede a veces y a veces lo sigue. Yo no sé lo que el uno piensa del otro. No sé si se conocen. Tal vez se detestan. Pero eso importa poco. Los trabajadores de tal temple, los que no resultan ni sobrios, ni áticos, ni correctos, ni discretos, son los que salvan a nuestra época de ser la más despreciable de la Historia.

* * *

Hubo en nuestro café, en nuestra mesa, un profundo silencio irónico cuando mi amigo acabó de hablar. Notábase en la sonrisa de todos que ni siquiera creían que aquel discurso fuese digno de ser refutado. Yo leía en los ojos de Bonafoux fra-

ses crueles y vulgares. «Este tío maricón, este borracho, este mentecato latinista, este pedante de Seminario», decían sus pupilas detrás de sus gafas. Los demás no decían nada, a no ser Luis París, que, atento, correcto y misterioso, parecía tomar notas.

Renjifo, que estaba sentado junto a mí, en un extremo de la mesa, echóse en un ángulo del diván como para aislarse, no dejando sino sus manos sobre el mármol común, para acariciar, con una, la dulce copa de *mono*, y con la otra, el agrio pitillo de *cuarenta*... Todo en su ser denotaba la más cruel tensión de espíritu.

Calló largo rato.

Al fin, al oído, díjome:

—¡Época horrible!

—¿En cuál te habría gustado vivir?—le pregunté.

—La verdad es que, con mucho dinero o con fuerza para adquirirlo, para conquistarlo, cualquiera me sería igual... Yo sé vivir imaginariamente en los siglos que mejor convienen a mis gustos pasajeros. Yo he sido pirata berberisco y *dandy* londinense, joven del séquito de Sócrates y anciano de la Tebaida, guerrero persa de las huestes de Darío y mercader cartaginés... Pero para todo se necesita siempre un puñado de oro,

ese maldito puñado de oro que inspira los crímenes...

Bonafoux, que oía, a pesar de que Renjifo trataba de hablarme al oído, volvió à reír con su risa de épica burla, haciendo:

—¡Ji!... ¡Ji!... ¡Ji!... ¡Ji!... ¡Ji!... ¡Ji!...

SE INICIA EL IDILIO

BAMOS hacia la vieja casona de la Cuesta de Santo Domingo, donde el maestro Valera, en plena gloria, recibía con una familiaridad muy señorial el homenaje de sus admiradores.

—Aunque a ti no te guste, don Juan es el literato español más querido en América — dije a Renjifo, que marchaba a mi lado silencioso, cabizbajo, huraño.

—Sí; lo sé—contestóme, tratando de sonreír.

Pero noté en el acto que su pensamiento se había escapado por encima de los techos vulgares para revolotear en los espacios encantados de la poesía o de la pasión.

De pronto, en una esquina, mi amigo detúvose, me miró con ojos extraños y me habló de esta manera.

—Hoy voy a ver, Enrique, si realmente tienes un espíritu superior y si verdaderamente eres mi amigo... Aunque nada ha cambiado en mí, me hallo a punto de ser más feliz que Marco Antonio el día en que Cleopatra fué a precipitarse en sus brazos en Tarso. Sólo que para gozar de un modo completo de mi propia dicha, para aceptar con franqueza el divino presente de los dioses que debe hacer de mi existencia un paraíso, necesito tu apoyo moral. Quiero que me digas con energía las palabras siguientes: «Sé feliz.» Nada más...

—Sé feliz—contestéle con acento ligero, figurándome que hablaba de comprar alguna edición rara del Arcipreste o de Pascal, arruinándose él y arruinándome a mí.

* * *

—No—murmuró melancólico—; no, así no... Es preciso que seas serio y que te des cuenta de que me hallo al borde de un precipicio que puede, por entre despeñaderos de rosas, llevarme a la locura... Tú no sabes lo que es el amor en el alma de un erudito que vive fuera del tiempo y del es-

pacio. Para mí, un idilio como el tuyo, tan tranquilo, tan burgués, me parece una novela de cocineras y de porteras. Tu Alice te sonríe, y tú le sonríes... Tu Alice se ve en tus ojos, y tú en los de ella. Sois el bello Pecopín y la bella Pecopina... Y no os pasa nada de particular, a menos que alguna pupilera criminal, como la de marras, os eche a la calle y tengáis que pasar una noche sin cama... ¿Es eso lo que habías tú soñado?... Me parece que no... En todo caso, yo, que no he vivido sino en el Oriente fabuloso, en la Grecia socrática, en la Roma de Calígula, veo el amor de otro modo y lo deseo loco, original, cruel, sublime, suntuoso... Enrique... No me atrevo a decírtelo... Y, sin embargo, es cierto... Enrique, estoy enamorado... Mírame bien y dime si me encuentras ridículo...

* * *

Volví hacia el rostro de mi amigo una mirada que iba llena de ironía o, mejor dicho, llena de interrogaciones burlonas. Pero apenas vi sus ojos, sus pobres ojos de erudito y de míope, sus ojos llenos de lágrimas y de luces, comprendí que algo grave, algo inesperado pasaba en el fondo de su alma.

—¿Quién es ella?—preguntéle con ternura.

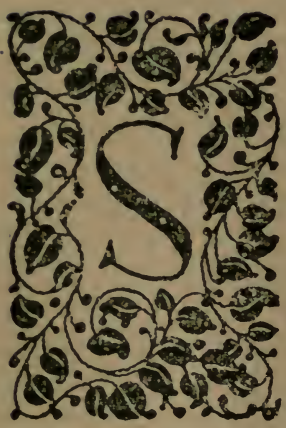
Hubo una mueca cruel en su boca.

—¿Ella?—preguntóme—. ¿Ella?

Luego, recobrando la calma exterior, díjome con un tono amargo de sorna:

—Vamos a ver a don Juan... Luego hablaremos de mis cosas...

EN CASA DE DON JUAN



Si no me engaña la memoria, el autor de *Pepita Jiménez* nos recibió en un amplia y rica sala de un piso bajo. No había nadie con él. Una doncella nos cogió los sombreros, y, sin preguntarnos nuestros nombres, nos hizo entrar en la amplia estancia, en la cual el gran escritor parecía esperarnos. Yo le examiné con afectuosa curiosidad y tuve el gusto de no sorprender en su figura, en sus maneras, nada que me chocase. Por primera vez hallábame ante un maestro que no me causaba desilusiones. Muy amable y muy familiar, aquel hombre alto, recio, de bigote recortado a la vie-

nesa, tenía en su extraordinaria campechanería algo de eminentemente aristocrático. Lo único que en su rostro pudo molestarme un minuto fueron los lentes de oro. Él lo adivinó sin duda, puesto que, no sólo se los quitó, sino que los tiró sobre una mesa con un aire despreciativo y olímpico, en el que me pareció ver un reflejo del supremo dandismo de Brummel.

Pero, a decir verdad, no tardé en notar que el gran señor, en Valera, iba acompañado de otro personaje, tal vez no menos simpático, aunque sí más bajo: de un Ruy Blas, o mejor aun, de un Gil Blas. Él se hallaba entonces en el ocaso de la vida y se complacía con un entusiasmo enfermizo en evocar recuerdos galantes y cortesanos de su carrera diplomática. ¡Ah, las lejanas y encantadoras memorias de Nápoles, en la época del duque de Rivas!... ¡Ah, las imágenes de Lisboa en los tiempos de las grandes fiestas y de las grandes intrigas!... ¡Ah, Viena, y sus valses, y sus jardines poblados de archiduquesas locas de sus cuerpos... ¡Ah, Nueva York, paraíso de las aventuras!... ¡Ah, Río Janeiro, maravilla de maravillas, digna de inspirar a un Chateubriand!...

* * *

—No sabe usted—me dijo—lo que me hubiera gustado conocer toda la América española, que, al fin y al cabo, no es sino una prolongación de España en un continente de fabulosa belleza e increíble riqueza... Usted habrá leído mis cartas americanas... Me parece que hasta hoy ningún español de España había llevado a cabo una labor de fraternidad, de reconciliación de familia, mejor dicho, como esa en que yo estoy empeñado... Aquí el amigo Renjifo sabe lo aficionado que yo soy a buscar libros y autores de allende el océano para darlos a conocer en Madrid.

—Es cierto—murmuró el erudito—. Es una de las manías de usted.

—Manía inocente en todo caso—dijo el maestro, cogiendo los lentes para limpiarlos de un modo nervioso.

—Eh... eh... En las intenciones, claro que sí... No hay malicia ni diabolismo en esas labores de descubridor de estrellas que usted practica... Pero en el resultado, no... No, no es inocente el resultado de esas epístolas... Usted lee una obra, una obra maestra a veces, como *Azul*, de Rubén Darío... Y como es un *tomito* de un *americanito*, usted se cree con derecho a decirle que sus prosas o sus versos son dignos de ser comparados con los de algún autor de segun-

do orden de Europa... Yo no sé si le dan a usted las gracias esos señores... Yo le aseguro a usted que en lugar de cualquiera de ellos me sentiría ofendido por el tono protector, desdeñoso, *dandy* si usted prefiere, que tiene para decirles: «Sí..., sí... No están mal en un sinsonte estas cositas... Imita usted bien el canto de los canarios de Andalucía... Es lástima que no sea usted algo más aburrido, algo más pedestre... Aquí adoramos lo aburrido por encima de todas las cosas, amén, y nos creemos de buena fe superiores a los americanitos...» ¿No es verdad?...

* * *

Don Juan seguía limpiando sus lentes y de vez en cuando sonreía con una sonrisa muy recortada bajo su recortadísimo bigote. Al fin, displicente, dijo:

—Es usted un espíritu a lo Voltaire, amigo Renjifo... No me extraña que, a pesar de su real valer, no haya usted prosperado en la cátedra. Mejor estaría usted en el Congreso, o mejor aun en el Sacro Colegio... Eso sí... Cardenal, seríalo usted de primo cartelo... Tiene usted toda la maldad de la Iglesia...

Luego, volviéndose hacia mí con un movimiento campechano, exclamó:

—¡Tenga usted cuidado con este hombre erudito y descreído!... Es capaz de marearle a usted aunque usted sea un santo... Y me parece, por lo que he leído suyo, que no lo es usted...

—No—dijo Renjifo—, ya le he dicho a usted que no lo es... Es un hombre libre... Vive con una chica muy guapa, y cuando yo le hablo de mis amores de pederasta sentimental, no se asusta como usted.

—¡Asustarme!... Hombre..., hombre..., me parece que me conoce usted mal a pesar de lo mucho que yo le estimo a usted... Asustarme... Yo he traducido el *Banquete*, de Platón, antes que *Dafnis y Cloe*... Lo que pasa es que a mí me parece que si de esas aberraciones puede aún hablarse en chanza, cual usted suele hacerlo en su inmoderada afición a las paradojas, no estamos ya en tiempos en que se pueda con seriedad hablar del hombro desnudo de Critóbulo como lo hace Carmides...

—¿Y qué Critóbulo es ése?

—El del *Banquete*...

—¿De quién?

—De Platón, si usted no dispone lo contrario.

—Sí..., perdóneme usted, maestro; sí, dispongo... El *Banquete* de que habla usted es el otro.

—¡Ah!... Curioso, eso...

—Muy curioso... ¿Tiene usted a Platón en su biblioteca?

—Tengo la traducción de Coussin...

—¿Y tiene usted también a Jenofonte?

—Sí que le tengo.

—Pues yo le demostraré a usted que el *Banquete* a que usted se refiere no es el de Platón, sino el de Jenofonte... Pero eso no tiene ninguna importancia... Lo interesante es que usted crea, de verdad, que hoy un hombre no puede tener una pasión por otro hombre sin ser un cochino, un vicioso, un maricón, como aquí se dice...

—Amigo Renjifo, yo no le autorizo a usted para que traduzca mis ideas en lengua vulgar... Sin ser tan helenista y latinista como usted, me parece que bien puedo invocar algo de mis aficiones de humanista para decir a usted que no ignoro los ejemplos con que un caballero a quien eso le gusta puede tratar de purificarse... Lo único verdadero, serio, juicioso, formal y lógico es que mientras haya una mujer hermosa...

—Habrá poesía...

—Sí... Y la pederastía será o bien una pasajera aberración literaria para asustar a los incautos, o bien una triste enfermedad que es preciso ocultar como la roña...

* * *

Don Juan Valera se había puesto de nuevo sus gafas, había recobrado su majestuosa serenidad y trataba de hablar dominándonos desde la altura de sus años, de su gloria y de su elegancia. Con las manos en los bolsillos, volviendo la espalda a la chimenea, erguíase entre dos candelabros de bronce, cual si hubiera estado en una tribuna pública.

Renjifo, en cambio, parecía crispado, exaltado, electrizado. En su butaca, cruzando las manos en actitud abacial, levantando las claras pupilas al cielo, hablaba amargamente, sin su peculiar suavidad irónica, como si algo lo animara y lo exasperara a la vez.

Yo callaba...

—¿Piensa usted dedicarse al ingrato cultivo de las letras?—preguntóme Valera con un tono lleno de simpatía.

—Sí, maestro—contestéle.

En ese momento un caballero de aspecto triste penetró en la estancia sin hacerse anunciar.

—Mi primo Alcalá Galiano—dijo don Juan.

Yo me puse de pie, discreto, para marcharme. Renjifo también.

—¿Se van ustedes?... Mucho hubiéramos podido aún hablar de Jenofonte y de Platón... Pero, en fin, ya usted conoce el camino de esta casa,

Renjifo, y espero que vendrá con usted su amigo... Yo le demostraré que aquí no hay desdén ninguno por América, sino al contrario: amor vago, muy vago en ciertas clases, y mucha e inexplicable ignorancia en casi todas. Pero siempre amor...

—Amén—murmuró mi amigo saludando, ya en la puerta...

LA SOMBRA DE SÓCRATES

MARCHÁBAMOS silenciosos hacia nuestra miserable casa. Mi amigo no quiso tomar nada en ningún café. Cuando yo comencé a hablarle de mis impresiones, murmuró, muy suave, muy fraternal:

—No..., ya comprendo que no has podido conocer a Valera tal cual es... No es que valga mucho, ni que sea un espíritu superior, ni que sepa nada de lo que dice... No... Pero es lo más culto, lo más fino, lo más ático que tenemos aquí... Al fin y al cabo, siquiera ha sido secretario de Embajada y ministro diplomático durante

muchos años... Yo hice mal hoy en no dejarle contar sus conquistas y sus triunfos de *dandy*. Es su más inocentona locura... Si mis nervios hubieran estado mejores, le habría puesto en el camino de las duquesas, archiduquesas, banqueras, camareras y hasta cocotas. Cuando se trata de probar que en vez de Valera podría llamarse Tenorio, es el hombre más delicioso del mundo.

—Tú fuiste desagradable...

—Él sabe por qué...

—Pero la víctima ha sido este cura...

Renjifo sonrió... Y sin contestarme una palabra, continuó andando, andando. Yo lo observaba casi involuntariamente, con una atención que hasta entonces no había despertado en mí ni su ingenio, muy sutil, ni su sabiduría, muy grande, ni su bohemia, muy enternecedora... Algo había de cambiado o, mejor dicho, de transfigurado en su persona. Su aspecto clerical, suave, oblicuo, untuoso, subsistía siempre, pero embellecido y animado por ligeros resplandores de realidad vulgar y sublime.

En la esquina de la calle de las Veneras, ante un café de aspecto burgués, le dije:

—¿Un ajenjo?

Él me contestó, displicente:

—No; hoy no... Mañana puede que tome diez... o ninguno... ¡Es terrible!...

* * *

Yo sentía que algo extraordinario, un acontecimiento inevitable, algo grande o vil, triste o alegre, rico o pobre, estaba a punto de cambiar, o por lo menos animar el rumbo monótomo de nuestra existencia. ¿Qué?... No acertaba a explicármelo... Mas había de seguro algo de misterioso, algo de inaudito, en todo lo que pasaba. Aquel hombre, hasta entonces más erudito que hombre, también tal vez más borracho que erudito, trocábase de pronto en un ser normal, atento a las palpitaciones de la vida, nervioso, violento en sus palabras, y tan sencillo en sus discursos, que ya ni siquiera empleaba los perpetuos latinajos de sus días de irónica elocuencia y de lírica dejadez.

—Ese Valera—me dijo cuando subíamos la escalera—es una de las más malas y de las más listas personas que existen. Intrigante, con alma de cortesano, sabe seducir. Yo no sé cómo un Menéndez Pelayo, todo corazón, todo cerebro, puede soportarlo... Yo, ya ves de qué manera le hablo... Y no me contesta, porque sabe que tengo razón... Ese *Banquete* de que hablaba, y que él pretende haber traducido, lo tra-

duje yo... Y claro que no es el de Platón... Ya lo verás...

Un silencio... Y una vez en nuestra casa, continuó:

—Sí... Te voy a leer algunos pasajes del *Banquete de Jenofonte*, para que te des cuenta del estado de mi ánimo... Para mí esa obra es el Evangelio de las almas superiores... Tú lo conoces, naturalmente.

—No—le confesé.

—¿Y el de Platón?

—Tampoco...

—Mejor que mejor... Porque en ese caso, creo que voy a revelarte todo un mundo nuevo de grandezas morales... Don Juan diría inmorales... Ese viejo verde que se ha pasado la existencia engañando niñas cursis con el prestigio de sus novelas y de sus embajadas, es un fariseo que no vacila en llamar maricón a Sócrates y a Alcibiades... ¡Y pensar que ha publicado una traducción de *Dafnis*!... En fin... No hay que hablar de él...

* * *

Yo no protestaba, a pesar de encontrar muy injustas las palabras de mi amigo, porque comprendía, de un modo instintivo y confuso, que

todo aquello era el reflejo de algo muy hondo, muy grave. «Algo terrible pasa por el alma de este erudito—pensaba—y algo tiene que ver Valera en esta crisis...»

Obedeciendo a un oculto mandato, volví la vista hacia el rincón claro en que hasta la víspera había visto sonreír, enigmática y perturbadora, la imagen femenina del delicioso efebo a quien Renjifo había adorado. El retrato no estaba allí. La cosa, en sí misma, tenía poquísima importancia. Sin embargo, no sé por qué adiviné que la causa del súbito trastorno de mi compañero hallábase unida al original de aquella fotografía.

—Oye—díjome Renjifo sentándose ante un manuscrito—, oye bien... Esta es la traducción del *Banquete* de que te ha hablado el fantástico don Juan... No voy a leerte sino algunos párrafos, muy pocos, los indispensables para que comprendas mi moral, mi psicología y hasta mi biología... Comencemos por un ligero elogio del vino, que a ti no puede disgustarte. Escucha: «Amigos—dijo Sócrates—, soy muy de opinión que bebamos: semejante a la mandrágora, que adormece los cuerpos, el vino, regando nuestros espíritus, amortigua nuestras penas, despierta la alegría como el aceite anima la llama. Sucede con nuestros cuerpos lo mismo que con las simientes

que germinan en la tierra. Si el cielo derrama lluvias demasiado abundantes, maduran mal y no reciben la impresión de los vientos; pero, moderadamente regadas, brotan con vigor, su tallo se eleva, florecen y se cubren de frutos. Del mismo modo, si bebemos con exceso, el cuerpo vacila, el espíritu se debilita; lejos de poder proferir alguna palabra, apenas respiramos. Pero, si (para servirme de la expresión del retórico Gorgias) nuestros servidores nos sirven en modestas copas un dulce y frecuente rocío, el vino no violenta la razón y cedemos dulcemente al atractivo del placer. Todo el mundo fué de esta opinión. Filipo añadió que los escanciadores debían imitar a los hábiles conductores de carros haciendo correr rápidamente las copas. Así se hizo.» Ya ves... Pero esto no tiene importancia, o mejor dicho, no se refiere al único asunto que hoy me interesa y que es, hablando como Valera, la pederastía... Sí.. Sí... No te ofendas... No soy yo quien habla... Digo, todavía no soy yo... Es Sócrates, es Alcibiades, es Calides, es Carmides... Oye a este último, dirigiéndose al dios de la filosofía helénica: «¿Por qué, pues, Sócrates —dijo Carmides—, hacernos un espantajo de la belleza a nosotros tus íntimos amigos? Sin embargo, un día que estabas en casa de un gramático

buscando con Critóbulo un pasaje en un autor, te vi, lo juro por Apolo, acercar tu cabeza a la cabeza de Critóbulo y oprimir tu hombro desnudo contra el hombro desnudo de tu joven amigo.» ¿Te hace sonreír esta noble fraqueza? Pues escucha el siguiente discurso del divino Sócrates: «Respecto a ti, Calias, toda la ciudad y muchos extranjeros también, creo yo, saben que amas a Antólyco. La causa de ello es que pertenecéis los dos a ilustres familias y sois vosotros mismos ilustres por vuestras virtudes. Por lo que a mí atañe, he admirado siempre tu afortunada naturaleza, Calias; pero mucho más aun ahora cuando te veo amar a un joven que, lejos de languidecer muellemente en el seno de los placeres, es afamado por su vigor, su paciencia, su templanza y su valor.» A este Calias, don Juan le llamaría pederasta, y le haría comprender que vale menos que un señor de los que van a casas de citas en busca de chiquillas impúberes... Pero no pensemos en ese hombre. Escucha otras palabras de Sócrates: «Pausanías, amante del poeta Agatón—dice—ha asegurado que un ejército de amantes era invencible, porque éstos se avergonzarían de abandonarse mutuamente. Palabra asombrosa; ¡cómo! ¡hombres indiferentes a la censura, acostumbrados a no avergonzarse entre sí, teme-

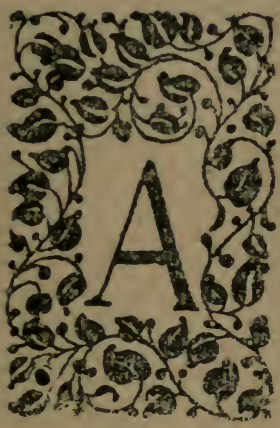
rían deshonrarse por algún acto de cobardía! Citaba el testimonio de los tebanos y de los eleatas, educados en estos principios, y en cuyos países los amigos se adelantaban en el combate reunidos en la misma falange: razonamiento concluyente, puesto que su unión, consagrada en ellos por las leyes, no lo es entre nosotros. ¿No se diría que la desconfianza preside a su táctica, que temen que el amigo, separado de su amigo, no cumpla los deberes del hombre valeroso? Los lacedemonios, por el contrario, persuadidos de que, suspirando por la belleza no se piensa ya en lo sucesivo en el honor, hacen de sus amigos guerreros tan valerosos, que, incluso entre los extranjeros, se avergonzarían, aun separados de sus amantes, de abandonar a sus compañeros de armas. Su divinidad es el pudor y no la desvergüenza. Sin duda, pensamos todos del mismo modo sobre lo que constituye el objeto de esta conversación. Para convencerse de ello, pregúntese a cuál de estos amigos confiaría uno con preferencia sus hijos y su fortuna, a cuál le haría con más gusto un beneficio.» Esto era lo que quería leerte... Nada más... Y noto que si el *Banquete de Jenofonte* dice tales cosas, el de Platón dice muchísimas más, puesto que hace confesar a Alcibiades su amor desaforado de los hom-

bres... Pero por lo mismo, he querido contentarme con lo más puro, con lo más espiritual... Yo no soy un sanguíneo, un lujurioso... Yo soy un sentimental... Mi amor no separa el alma del cuerpo... Yo le hablo a mi amigo Ramón como Eloísa le hablaba a Abelardo... Yo soy un místico de las pasiones...

—Pero — preguntéle—, ¿aún amas a tu amiguito?...

—Sí—contestóme.

LAS CONFESIONES DE MI AMIGO



QUELLA misma noche, después de cenar, cuando Alice se retiró a su alcoba y Renjifo y yo solos nos quedamos fumando en el comedor, mi amigo me habló de esta guisa:

—Ya tú sabes que yo no soy un frívolo... En mí los sentimientos son profundos. Tú sabes también... Aunque ahora reparo que no, que tú no sabes nada, puesto que nunca he querido confiarte mis secretos... No creas que ha sido por falta de confianza, menos aun por falta de cariño. Yo te quiero como a un hermano, tal vez porque eres la única persona en el mundo a quien he podido

prestarle un servicio importante... Pero me costaba trabajo, viéndote tan mujeriego en tus gustos, exponerme a que contestases a una confesión de mis pecados con una risa irónica, tal vez con una broma. Ya tú has visto que con Valera no me duele defender el amor socrático. En el fondo, te juro que no estoy seguro de lo que pienso sobre el particular. El ejemplo griego y el ejemplo romano me sirven para convencerme yo mismo de que nada es tan natural como eso que los burgueses llaman vicio contra natura... Muy a menudo he dicho, ante señores serios, que para mí el hombre que más merece ser venerado es aquel magnífico Ninfidio, hijo de Cayo César, compañero de Nerón y de Galba, que, no contento con amar públicamente a Sporus, su favorito, se casó con él haciéndolo inscribir en el registro matrimonial del Palatino con el nombre femenino de Popea. Sólo que esto es algo así como los cantos de los niños que tienen miedo en la obscuridad. Después de todo, el principio poco importa. El caso concreto es que, monstruo o no monstruo, yo adoro a mi Ramoncito con toda el alma, con un amor casto y fogoso, loco y grave, terrible e ingenuo. Yo noto ahora con alegría que esto no te choca, que no te asusta verme así enamorado... Por eso quiero contarte, en pocas

palabras, la historia de mi idilio. Mi amigo es americano, hijo de uno de los hombres más distinguidos de la República Argentina. Su familia lo envió aquí a estudiar, y no sé por qué serie de azares, don Juan Valera llegó a ser el encargado de dirigir sus estudios. Durante las vacaciones del año pasado, Valera me llamó para que yo enseñara algo de latín a ese niño. Verlo y amarlo todo fué uno. Es lo que en francés se llama el *coup de foudre*. Dominando mi desvarío, traté, sin embargo, de mostrarme digno de la confianza que se había depositado en mí al confiarme aquel tesoro. Por no tocar su carne divina y porque él no notase mi temblor, ni siquiera le daba la mano. Cuando él me miraba a los ojos, yo palidecía. Una tarde, en la penumbra, después de dos largas horas durante las cuales habíamos leído poesías inocentes de Virgilio, sentí que el vértigo ganaba mi cabeza, invadía mi cuerpo, paralizaba mi voluntad... Y sin darme cuenta de lo que hacía, cogí entre mis brazos a mi discípulo y cubrí de besos su rostro... Al tornar en mí, quise huir para no volver jamás. Ramón lo adivinó, y con una ternura llena de piedad y llena también de promesas, murmuró: «No te vayas...» Luego, más quedo, dijo: «Ven siempre a esta hora...» Entonces comenzó para mí la época más feliz de mi

existencia, la que me hizo comprender que la vida no es un valle de lágrimas, como lo aseguran los cristianos, sino un jardín de rosas paganas. ¡Ah, aquellas tardes inolvidables! ¡Ah, aquellas largas horas durante las cuales, sentados uno al lado del otro, acariciándonos con la mirada, con la palabra, con los suspiros, nos entregábamos y nos poseíamos sin tocarnos siquiera!... Dos o tres veces, los domingos, pudimos salir juntos y pasar la noche unidos. Una de ellas fué cuando, vestido de Carmencita, Ramón quiso ir a un baile de Carnaval. ¡Ojalá nunca lo hubiera yo consentido! Porque allí hubo alguien que nos reconoció y se lo dijo a Valera... ¡Maldito sea!... Sin interrogarme, sin tratar siquiera de averiguar lo que había de pecaminoso en aquello, el viejo don Juan, acostumbrado a mancharlo todo con su *realismo* y con su *campechanería*, dijo que la lengua que yo enseñaba al joven argentino era, no la de Virgilio, sino la mía... Esta imbecilidad bastó no sólo para que me despidieran, sino también para que Ramoncito fuese enclaustrado en un colegio del cual no sale ni los domingos. Meses y meses sufrimos él y yo de este alejamiento, sin podernos siquiera escribir, hasta que, hace unos días, nada más que unos días, logramos reanudar nuestro idilio por medio

de billetes que un profesor amigo mío se encarga de llevarle y de traerme. ¿Comprendes mi situación?...

—Lo que no comprendo—contestéle—, es lo que te propones hacer para dejar de sufrir...

—Raptarlo—murmuró.

* * *

Yo no sabía si reír o indignarme. Aquel hombre parecíame loco, no sólo por su pasión extraña, sino también, y sobre todo, por su manera de convertir un capricho sensual en un drama sentimental. Mis diecinueve años no me permitían aún ver lo que hay a veces de sublime en el fondo de las almas que más envilecidas parecen al vulgo moralista.

—¡Raptarlo!—le dije.

—Sí—continuó—; raptarlo y traerlo aquí en cuanto pueda... No te aseguro que sea dentro de una semana... No sé cuándo será... ¡Pero será, vive Apolo!... Él me jura que prefiere morir a soportar el encierro lejos de mis labios... Yo, tú lo adivinas, daría cien vidas por tenerlo una noche a mi lado, entre mis brazos... ¡Si lo vieras!... ¡Si lo oyeras hablar!... Si respiraras el aroma de su aliento!...

—¿Qué te hace falta para llevar a cabo tu empresa?

—Un puñado de oro... nada más...

Hubo entre nosotros un largo silencio, durante el cual no nos atrevimos a levantar la vista del suelo. Al fin, con una voz que parecía un gemido voluptuoso, Renjifo susurró:

—¡Si lo vieras, Enrique!

Entonces, por una diabólica alucinación, la imagen del efebo vestido de mujer, con sus labios muy rojos, sus ojos muy lánguidos, su frente muy tersa, apareció ante mi vista sonriéndome con sonrisa tentadora. *Vade retro!*, pensé. Pero aquel rostro admirado antes en la fotografía de la Carmencita, aquel equívoco rostro tan femenino y tan infantil, tan melancólico y tan travieso, no quiso, durante largos instantes, apartarse de mí, a pesar de mis esfuerzos para alejarlo.

* * *

—¿En qué piensas? — preguntóme Renjifo al cabo de algunos instantes de silencio.

—En nuestra pobreza—contestéle—, en nuestra maldita pobreza, que a ti, como a mí, nos hace desgraciados.

—¡Un puñado de oro!—repitió—, un gran puñado, unos cuantos centenares de miles de pese-

tas... ¡Tantas gentes que no merecen siquiera ser considerados como seres humanos, tantos autómatas, tantos fantoches lo tienen!... Yo mismo, si no fuera un cobarde, podría tenerlo... No me costaría mas que un gesto parecido a aquel del mandarín de Juan Jacobo... Vamos a ver: tú, tú que eres fuerte, ¿harías ese gesto?...

Yo no comprendía.

Mi amigo me explicó que se trataba del viejo problema moral discutido durante mucho tiempo, y que consiste en apoyar o no apoyar el dedo en un botón que debe hacer morir a un chino millonario y al mismo tiempo enriquecernos.

—¿Pondrías tú el dedo en el botón?—preguntóme.

—Creo que sí—respondíle.

—Pues bien; si yo quisiera, podría ser rico con un gesto igual a ése. Tengo, en efecto, una tía que no posee más familia que yo. Esta tía es un ser inútil que vegeta en una casona provinciana contando sus escudos y pidiéndole a Dios que yo me muera antes que ella. No es ni beata siquiera. No es nada. Es un animal humano, fuerte, goloso, solitario e inútil para el cielo y para el infierno. De vez en cuando, yo voy a pasar unos días con ella. Me da de comer, de beber y de rabiar. Y ella rabia, come y bebe conmigo. Y más de una

vez, atormentado por mis codicias, he pensado, viéndola llevarse a los labios la copa que le ofrezco, lo fácil que me sería poner en su vino unos polvos de esos que hacen dormir para siempre...

—¡Hombre!—exclamé.

—Ya lo sé—murmuró con ironía amarga mi amigo—, ya lo sé... No es lo mismo un mandarín que vive en la China... Es la moral de la hipocresía... En cuanto a mí, que creo que tengo derecho a suprimir esa tía para embellecer mi existencia, mi moral es la del miedo; mejor dicho, la de la pusilanimidad. Soy como «Raskolnikof», el personaje de Dostoiewsky, que se pasaba la vida tratando de convencerse a sí mismo de que tenía derecho a matar y no se decidía nunca... Digo, sí... sí... Aquél se decidió al fin, en tanto que yo... Yo creo que no me decidiré nunca... En vano, cuando leo la historia de los hombres a quienes más admiro, de César, de Marco Antonio, el amante de nuestra Cleopatra; de Herodes, nuestro amigo; de Bonaparte, del puritano Cronwell, de todos, todos, todos los héroes, hasta de los que están canonizados por la Iglesia, en vano me digo, viendo las hecatombes que sus ambiciones causaron: «¿Qué sería una mujer, una campesina, en medio de estas terribles tragedias? ¿Y qué diferencia hay

entre los derechos sagrados de un Bonaparte o de un César y mis derechos sagrados? El «no matarás» de todos los decálogos religiosos es una siniestra farsa. Yo puedo inventar un cañón, con el cual se matará mucha gente sin pecar. En cuanto a matar yo mismo, eso no... Eso no, por lo menos al por menor... ¡Ah! Si me dieran una tropa, entonces tendría derecho a pasar a cuchillo a un pueblo o a un mundo, según mis fuerzas... Es risible, te lo aseguro... Y es tan humano, tan humano, que ni siquiera me sublevo contra mi cobardía...

—¿No será también que la imagen de la guardia civil...?

Mi amigo no me dejó terminar.

—No—me dijo—, no es eso. Ni esa excusa tengo. Sé que podría impunemente, como si se tratase del mandarín... Y lo que el Evangelio de San Mateo, en su capítulo XXVI, versículo 52, asegura, hace reír a los que conocen la historia... ¿Sabes tú de muchos generales que hayan perecido por la espada?... Yo no recuerdo, para ilustrar al ingenuo evangelista, sino el ejemplo de César, y de Bruto, y unos cuantos más... La mayoría de los asesinos de naciones han muerto en su lecho. Me dirás que exagero, y me citarás a Nerón, a Casio, a Pompeyo, a Antonio, a Oto, a los Gracos... Muy bien...

Pero, ¿qué son todos los héroes juntos del asesinato que sucumbieron trágicamente, comparados con los que perecieron en su cama? Desde Herodes hasta ese sátrapa americano a quien Valera y Castelar le han escrito elegías últimamente, puede asegurarse que el noventa y nueve por ciento de los que a hierro matan no mueren a hierro... No es, pues, ningún miedo divino ni humano lo que me paraliza. Es mi cobardía. ¡Y pensar que con sólo ser enérgico una hora, menos, unos minutos, podría gozar de la dicha inefable de tener entre mis brazos a Ramón!... ¿Serías tú tan cobarde como yo, estando como yo loco de amor?

—Seguramente—exclamé.

—Ya lo sabía... Todos o casi todos los seres cual nosotros, nacidos en una sociedad mediocre, educados en falsos dogmas morales, somos igualitos en punto a timidez. Por no tener garras, llevamos existencia de esclavos o de mendigos, esperando del trabajo o de la suerte lo que tan fácil nos sería conquistar... Es fatal... Y es incurable... Tendremos, pues, que esperar otro milagro como el de tu librero... Mientras tanto, mi amante llora en un colegio y yo me desespero aquí... ¡Y si supieras de qué suma se trata!... Da risa y da rabia... Con cincuenta duros habría más de lo

necesario para comprar al portero... Después, aquí, una boca más...

Mi amigo suspiró... Luego, con aire voluptuoso, murmuró:

—¡Y qué boca!...

LA TERTULIA DE LOS GRANDES LITERATOS

DESDE el día en que tan amablemente habíame invitado Paco Beltrán a visitarlo en su rinconcillo de la librería de Fernando Fe, cada vez que salía solo iba a pasar un largo rato en medio de aquella singular tertulia. Mi timidez y mi insignificancia manteníanme siempre fuera del corro de los elegidos. Yo me resignaba sin pena a mi papel de puro espectador, preguntando a cada instante a mi amigo quiénes eran los que entraban o los que salían. Muy a menudo un nombre verdaderamente glorioso llenaba mi alma de emoción.

—Ése—díjome una tarde señalándome a un vie-

jecito muy pequeño que iba envuelto en una bufanda verde—, ése es Zorrilla.

Otra vez señalóme juntos, alrededor de una mesita, examinando un álbum fotográfico con vistas japonesas, a don Ramón de Campoamor, don Benito Perez Galdós y don Manuel del Palacio.

—A todos, desde Cánovas hasta Ortega Munilla, los conocerá usted aquí—decíame Paco.

El núcleo cotidiano, indispensable y sempiterno de la tertulia no lo formaban, sin embargo, los maestros inolvidables, sino unos cuantos señores muy respetables y que entonces figuraban en primera fila, pero cuyos nombres yacen hoy sepultados en la fosa común del olvido. Uno de ellos, el más querido, el más venerado, el más atendido de todos, era un gaditano que se llamaba don José María Rivero y que tenía fama de rivalizar con Valera en cuanto a ingenio y con Menéndez Pelayo en punto a sabiduría. Las anécdotas relativas a su origen modesto y a sus grandes triunfos mundanos corrían de boca en boca por las Redacciones y hacían suspirar a los jóvenes bohemios que entonces se pasaban la vida esperando que la fortuna les cayese del cielo en forma de maná. Alto, garboso, elegante, el señor Rivero parecía un aristócrata de la más rancia

alcurnia. Cuando alguien, por ingenuidad o por malicia, hablábale de su linaje, él, muy risueño, le contestaba: «Nosotros, no de duques: los duques de nosotros...» Y esto bastaba para recordar a todo el mundo que más de una dama de la corte había concedido sus favores a aquel plebeyo ennoblecido por los dones del espíritu. Cierto día, un gran señor que quería humillarlo, invitóle a almorzar en el casino, y le sirvió un plato de pescado a la andaluza, preguntándole en alta voz si lo encontraba bueno. Don José María probólo con interés. Luego, muy serio, exclamó: «¡Mucho mejor es el que fríe mi madre!»

Era, en efecto, hijo de una freidora del Puerto de Santa María aquel prócer de las elegancias, aquel profesor de ingenio, aquel espejo de eruditos. Yo escuchaba siempre su palabra armoniosa con el más cándido fervor. Sus juicios breves, parecíanme bellos y exactos. Pero eran, sobre todo, sus recuerdos y sus anécdotas relativas a los grandes hombres de aquel tiempo lo que me interesaba. Me parece oírle aún decir, refiriéndose a Pérez Galdós:

—«A este bueno de Benito, que no sabe ni inglés, ni francés, los críticos lo declaran influenciado o influído, como querráis, por Dickens, por Balzac, por Zola, por Daudet... Realmente es un

puro español sin más maestros que nuestros clásicos. Yo, que conozco a su familia, sé el que más huellas ha dejado en su talento. Me refiero a don Domingo Pérez, hermano mayor de su padre don Sebastián. Este don Domingo fué un clérigo, inteligente y lleno de curiosidad por la vida, que para acompañar a su hermano menor vino a la Península como capellán del batallón de granaderos canarios que luchó contra los ejércitos de Napoleón durante la guerra de la independencia. De sus andanzas por España, escribió unas «Memorias», en su mayor parte perdidas; pero en los trozos que se conservan, llenos de alegre y perspicaz observación de los detalles y de los tipos que pasaban ante sus ojos, se descubre con seguridad el germen de lo que luego han sido los *Episodios Nacionales*. De estos relatos, que pueden leerse en las páginas íntimas del cura don Domingo, se alimentó la curiosidad infantil de Galdós. Entonces surgió en su alma el amor inextinguible a la raza y al solar español, que es el trazo más firme de su espíritu y el nervio de toda su obra. Ama a su país como nadie, no en las ruidosas manifestaciones de la patriotería de ocasión, sino en los detalles humildes y escondidos, en el pueblo anónimo, donde verdaderamente se encuentra el alma de la Patria... ¿No te parece, Paco?...»

Francisco Beltrán, a quien iba dirigida esta interrrogación, contestaba, levantando la vista de su libro de cuentas:

—Sí, que me parece, don José María...

En seguida, para hacerlo hablar de otro de sus grandes amigos, Paco preguntóle:

—Y a Núñez de Arce, ¿le conoció usted también en su familia?

¡No, diantre—exclamó Rivero—, no faltaba más!... Gaspar es más viejo que yo... Le conocí cuando, en el apogeo de su carrera, era ministro de Ultramar, allá en el 1883 ó 1882, no estoy seguro... Cenamos una noche juntos en casa de Castelar y él me invitó a ir a visitarlo a su despacho, donde por lo común permanecía encerrado desde por la mañana hasta la hora de ir a acostarse... Allá fuí, y como lo encontré muy engolfado en unas cuartillas, preguntéle si escribía algún poema. «¡Versos!—contestóme sin alzar la cabeza—, ¡versos!... No, amigo, no... Ya pasó eso... El poeta, si jamás hubo en mí un poeta, ha muerto aplastado por los expedientes... Es tan prosaica esta política... ¿Cree usted que es posible acariciar a la musa cuando se lleva una existencia de oficinista, aunque se llame uno ministro de la Corona? ¡Quiá!... Figúrese usted que he de asistir todas las mañanas a alguna junta aduanera, todas

las tardes a alguna Comisión parlamentaria, todas las noches a algún Consejo de ministros... ¡Y las sesiones de Cortes! ¡Horas y horas oyendo discursos llenos de amenazas y de consejos!... Ahí querría yo ver en mi puesto a nuestro amigo Campoamor, con todo su buen humor y toda su socarronería... Hasta un santo irritaríase ante esa gente... Luego vienen los asuntos serios de mi departamento, que se llaman azúcar de Cuba, tabaco de Filipinas, café de Puerto Rico... Vaya usted a escribir poemas entre esos artículos... A menos que, como un señor de América (de cuyo nombre no me acuerdo), quiera usted que componga yo una oda «a la agricultura de la zona tórrida...» Así fué como me habló tu gran poeta, caro Paco... ¿Te parece que ha cambiado?...»

* * *

Antes de que Beltrán contestase, otro parroquiano muy viejo, muy menudito, tomó la palabra, y con voz temblorosa expresóse de esta manera:

—Yo le conocí desde chiquillo... Verdad que yo ya tengo más años que un loro... Pero el caso es que se vive, que se tiene humor, y que Dios está sobre todas las cosas... Bueno, pues, yo, señor don José María, sé que Gaspar, aun hablando por

coquetería, como usted asegura que le habló, ha sido, es y será un altísimo poeta, un hermano del Dante y de Virgilio... Somos paisanos...

—¿Es usted de Cádiz?—preguntó Rivero.

—No; no digo paisano de usted, sino de Gaspar... Yo soy castellano... Yo era catedrático en Valladolid cuando el niño Núñez de Arce iba a la escuela... En la biblioteca de la Santa Catedral le conocí, pues allí iba él, por las tardes, a los quince años, a recibir las lecciones de mi docto condiscípulo el padre Loansa... Su santa madre, que en paz descanse, quería que siguiera la senda teológica, y que, con su talento ya visible, llegara a ser una lumbrera de la Iglesia española, que tanto las necesita... Pero el muchacho tenía ya el diablo de las letras profanas en el cuerpo, y la lucha se entabló en el seno de aquella familia.

—De aquella santa familia—murmuró Paco Beltrán, irónico...

—Sí, señor... Bueno... ¿Dónde estábamos? ¡Ah!... Sí... Pues tanto era lo que el muchacho amaba el comercio de las musas, que, no pudiendo convencer a sus padres, decidió imitar a Zorrilla en lo de escaparse de su casa; y lo imitó... Es lo único en que ha sido imitador. Se fué, huyó, corrió camino adelante, a pie, cual lo oís, a pie... Y llegó a este Madrid de mis pecados no trayen-

do en las alforjas sino el manuscrito de un drama titulado algo así como *El orgullo de amar* o *Amar con orgullo...*» Los hombres que a la sazón capitaneaban la tropa de los ingenios cortesanos, y que eran Carlos Rubio y Eulogio Sanz, lo acogieron con afecto apenas conocieron sus primeras poesías. Luego logró entrar, en calidad de gacetillero, en la Redacción de *La Iberia*, y una vez ahí, ya su carrera no podía ser sino lo que ha sido. La Prensa es una palanca poderosa, jóvenes...

* * *

Muy a menudo, oyendo a aquellos señores, yo sentía deseos de presentarme a ellos. Pero mi timidez me paralizaba en el momento de abrir los labios. Un día, sin embargo, pudo más mi impulso que mi miedo, y al ver entrar a Emilio Bobadilla, fuí hacia él y le dije:

—Perdóneme usted si me permito molestar su atención. Soy un aprendiz de literato y quiero tener el gusto de saludar a usted.

El autor de *Capirotazos* hallábase entonces en el apogeo de su gloria, algo escandalosa. Joven, guapo, altivo, pendenciero, aparecía ante el público cual un mosquetero de las letras, capaz de disputarle los laureles de la fama al mismísimo y

endiabladísimo *Clarín*. No se contentaba, como su paisano Bonafoux, con atacar a arañazos: sino que trataba, haciendo alarde de un novísimo aparato de erudición científica y cosmopolita, de destruir los ídolos de las más milagrosas capillas. Los primeros plagios de doña Emilia Pardo Bazán él los descubrió. El primero que sacó de sus casillas a Alas, él fué... ¡Oh, ironía del destino! Doña Emilia y don Leopoldo habían sido, justamente, los protectores iniciales de aquel tropical iconoclasta.... Lo que en nuestro primer encuentro me dijo Bobadilla no lo recuerdo. Pero conservo una carta que me escribió más tarde, y en la cual están reunidas, en breves frases, sus sensaciones de aquella época madrileña. Hela aquí:

«*Clarín* y yo éramos muy amigos; pero *Clarín* vivía en Oviedo, y no faltaron chismes y embustes en que creyó Alas. Nos conocimos personalmente en el terreno. *Clarín* era zurdo y manejaba el sable y la espada. Yo tiraba mal. *Clarín*, al ver lo afilado que estaban los sables, no quiso batirse, y a no ser por Palacio Valdés, que le obligó a batirse, hubiera puesto pies en polvorosa. Salió herido en la boca y en un brazo. Fueron padrinos míos Icaza y el coronel Reina, y de Alas, Tomás Tuero—redactor de *El Liberal*—y Palacio Valdés. *Clarín* me había dicho que si aceptaba sus

condiciones era cosa de «coser y cantar». Y cuando le cosían a *Clarín* el labio, yo, canturreando, dije:

»—El pronóstico de *Clarín* se ha cumplido; a él le están cosiendo mientras yo canto.

»Mi primer libro en la Habana se titula *Reflejos*; tiene una carta-prólogo de la Pardo Bazán. Mi primer libro publicado en Madrid, *Escaramusas*, con prólogo de *Clarín*. Mi vida en Madrid fué de estudio.

»Me querían y estimaban; pero yo, poco expansivo, intimé con pocos. Fuí amigo de Pí y Margall, de González Serrano y de Picón.»

* * *

¡Picón!... ¿Quién no guarda de él un recuerdo delicioso? Yo le conocí en la librería de Fernando Fe y me parece que de entonces ahora apenas ha variado. Me refiero a lo material y a lo espiritual de su personalidad. Tal cual le vi cinco largos lustros ha en la Carrera de San Jerónimo, cuando me ofreció uno de sus libros juveniles, tal le acabo de dejar en Madrid, con unos cuantos pelos blancos más en el bigote, pero con la misma esbeltez, con la misma ligereza, con la misma elegancia juvenil. ¿Cuántos años puede contar? No lo sé. Un bibliotecario de la Real Academia tiene, por fuer-

za, que haber pasado el cabo de los sesenta... En la tertulia de la docta tiendecilla la gente seria complacíase en discutir con él sobre el valor de las novedades extranjeras. Muy enterado de lo que se escribía en Francia, recuerdo que hablaba, cuando le conocí, de los cinco discípulos de Zola que, rebelándose contra el naturalismo, acababan de fundar el cenáculo de los refractarios.

—¿Habéis leído a Paul Margueritte?—preguntaba a los que se mostraban hostiles a todo naturalismo ultramontano.

Y a los que le contestaban que no, exponíales los principios de una escuela de verismo pulcro, clásico, cristiano, casi conservador.

El poeta Velarde, que se hallaba entonces en el apogeo de su gloria y que murió pocos meses después, era el que con más saña impugnaba lo nuevo, lo joven, sobre todo lo extranjero.

—En casa poseemos lo necesario para llenar de luz los parnasos de veinte naciones—murmuraba con voz agria, frunciendo el entrecejo.

—Cierto, muy cierto — exclamaba el poeta Grilo.

—¡Está en lo justo!—gritaba Ferrari, el cantor de los amores de Abelardo.

* * *

Cierta tarde llamóme la atención un anciano de hermoso rostro que fumaba un puro de a cuarto, llenando de humo pestilente la tienda. Sin decir una palabra, hojeaba obrillas infantiles, de esas que tienen cubiertas de cromos. Al cabo de un rato puso dos pesetas sobre el mostrador y se marchó con dos libritos bajo el brazo, muy erguido.

—¿Sabe usted quién es ése? — preguntóme Paco—. Es el general Martínez Campos. Y no crea usted que esas obras pueriles que ha comprado son para sus nietos. No. Son para leerlas él mismo... Un puro de tres céntimos y un librito infantil es todo lo que pide para ser feliz.

* * *

Otro día, teniendo necesidad de pedir a Paco Beltrán unos datos sobre Palacio Valdés, a quien deseaba conocer, llegué a la librería más temprano que de costumbre. El amo, don Fernando, estaba, como casi siempre, contando, o mejor dicho, acariciando monedas y billetes de Banco con sus finas garras de judío escapado de un lienzo de Rembrandt.

—Buenas—murmuró, sin honrarme con una mirada.

Luego, al enterarse del objeto de mi temprana visita, díjome:

—Se ha ido con don Ramón ya hace rato... Siempre que necesita un compañero de aventuras, lo viene a buscar... Hoy no puede uno fiarse de nadie...

Una risita aguda y afónica sacudió la cabeza del famosísimo Fe, que continuaba moviendo los dedos entre los tesoros de su gaveta. Yo me puse a hojear libros. Me parece estar viendo todavía las novedades de aquel momento colocadas en *pilas* sobre una mesa, y leo con el recuerdo los títulos negros o rojos sobre las cubiertas claras. *Clarín*, *Su único hijo*, novela... Daudet, *El académico*, traducción de Olavarría... Frontaura, *Lances de la vida*... Picón, *Del teatro*... López Bago, *La torería*... Palacio Valdés, *El cuarto poder*... De entre aquellas novedades cogí el folleto de *Clarín* contra Bonafoux y volví a leerlo, con el placer perverso que se experimenta al oír murmurar contra ciertos amigos. Cada frase me explicaba algo de la rabia con que el mordaz autor de *Mosquetazos* hablaba en nuestras reuniones de Fornos del crítico ovetense. De memoria creo que puedo aún citar: «Yo no conocía al señor Bonafoux, el cual me escribió una carta muy fina, invitándome a comer con él y con su tío, embajador o cosa así de una República americana. Las comidas iban a ser dos: una con tío y sobrino, y otra en compa-

ñía de muchos personajes en un gran banquete que fué famoso: aquel en que Cánovas rogó a Castelar que aguase el vino. No recuerdo si contesté a las cartas e invitaciones; supongo que sí; pero lo cierto es que no fuí a comer con Bonafoux y Quintero. Y aprovecho la ocasión para declarar al tío, si vive, que el no portarme entonces con la proverbial galantería de los hidalgos castellanos, fué por culpa del sobrino, o, mejor, de la antipatía que me inspiraba aquel escritor *desenfadado y original*, que, dicho sea con perdón, se me ponía, y sigue poniéndoseme, en la boca del estómago...» Así se escribía entonces en aquel Madrid, donde no figuraba aún ni Valle Inclán, ni *Azorín*, ni Benavente, ni Pérez de Ayala, ni ninguno, en suma, de los que, pocos años más tarde, habían de reaccionar artísticamente contra la prosa fácil, natural y mal criada... La mismísima doña Emilia Pardo Bazán, que en teoría declarábase discípula de los Goncourt, en la práctica no parecía tener ni la más vaga idea de lo que era la artificiosa y expresiva *ecriture d'art* de los maestros de Neuilly.

Algo de esto debí decir en alta voz, puesto que uno de los raros miembros de la tertulia que se hallaban presentes, me preguntó triunfante:

—Pero, ¿y Pereda, le parece a usted poco

artista?... Para mí es tan clásico como Cervantes.

Si yo le hubiera dicho a aquel señor que Cervantes, aunque inmenso cual un semidiós, escribía muy antiartísticamente, de seguro habríame tomado por un salvaje.

—No lo conozco—le dije.

—¿Que no conoce usted a Pereda?... En cambio conocerá usted a esos escritores parisienses que nos invaden con sus trabajos adocenados...

* * *

Iba yo a contestarle, cuando entró en la tienda, llenándola toda con su aire, con su garbo, con su melena, con su chambergo, un mocetón moreno, hermoso, risueño, romántico a no poderlo ser más de aspecto.

—¿Sabe usted las señas de don Nicolás?—gritó dirigiéndose a Fernando Fe.

—No—contestó el librero, muy seco.

—Pues trate usted de encontrármelas... Cualquiera se las dará a usted... Es necesario que le vea antes de marcharme...

Había en la voz de aquel hombre algo que cantaba en un tono cálido y varonil.

—¿Quién es?—pregunté cuando se hubo marchado.

—Un chico valenciano, que fué escribiente de Fernández y González... Un tal Blasco Ibáñez... Pero no tiene nada que ver con Eusebio; ¡ah!..., aun hay clases...

Pocos meses después, en París, tuve ocasión de encontrar de nuevo en un café del barrio Latino al futuro autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, que ya entonces había escrito páginas admirables, las más bellas, las más puras tal vez de su obra inmortal y formidable.

—Yo creo conocerle a usted—me dijo.

—Yo le vi a usted en Madrid, hace poco, en la Carrera de San Jerónimo.

—Eso es... Cuando yo preparaba mi viaje huyendo de la justicia...

Así comenzó una amistad que jamás ha sido enturbiada por ninguno de los inevitables chismes del oficio y que cada día es más fraternal, más tierna, más grave.

—¿Cuál es, según usted, el más gran literato español?—preguntáronme veinte años ha.

—El autor de *La Barraca* y de *Sónnica*—contesté.

Si hoy me interrogaran del mismo modo, respondería:

—El poeta de *Sónnica* y de *La Barraca*.

Pero no hay que alejarnos del Madrid de mi bohemia y de mi miseria.

* * *

Apenas Blasco Ibáñez había desaparecido de la librería, cuando vi que mi amigo Paco apeábase muy orondo de un coche de *maître* e iba hacia mí tan afectuoso como siempre.

—¿Me esperaba?—preguntóme.

Y oyéndome decir que sí, excusóse y me confió, sonriendo, la causa de su ausencia, en estos términos:

—Este don Ramón, que siempre parece un estudiante, suele venir a buscarme para que le acompañe a dar un paseo en coche... Lo del paseo es un eufemismo... Lo que él quiere es que le lleve a casa de unas muchachas muy guapas y muy amigas de hacer favores. Hoy, por suerte, no estaba la que a él le gusta... Es una rubita valenciana, mal hablada, alegre dicharachera... Si hubiera estado, no me habría usted visto de regreso antes de las siete de la noche. ¡No puede usted imaginarse cómo se pone de pelma el hombre cuando está entusiasmado! Todo él se hace un madrigal...

—¿Y quién es ese don Ramón?—preguntéle.

Beltrán me miró con asombro, como si mi interrogación lo sorprendiera extraordinariamente.

—¿No sabe usted, de veras?

—No.

Entonces exclamó:

—Pues, Campoamor...

* * *

Al día siguiente, cumpliendo su palabra, Paco presentóme a don Armando Palacio Valdés... ¿Cómo parecía a los cuarenta años este gran novelista? O mucho me equivoco, o igual a lo que es hoy a los sesenta y ocho. Era un caballero fino y gris, gris de color, gris de carácter, gris de voz, gris de traje... Sólo que esto no era entonces, ni es ahora, sino algo así como la parda tapia que los príncipes de *Las mil y una noches* edifican para ocultar sus jardines soberbios, llenos de flores, de fuentes, de cantos de pájaros y de sonrisas de mujeres. En un país donde todo el mundo se cubre de oropeles, en efecto, este ser singular trata de no llamar la atención de nadie con su lujo. No es de los que hacen discursos, ni de los que presiden Sociedades, ni de los que buscan elogios para sus libros. ¡Qué digo! Esos mismos libros, ricos espiritualmente de todos los jugos de la poesía, dijérase que trata de hacerlos

pasar desapercibidos, poniéndoles títulos poco llamativos y no adornándolos sino con aliños de una sobriedad severa. Preguntad a cualquier literato madrileño cuáles son las últimas novelas de don Armando y no sabrá contestaros. No son obras que hayan marcado épocas, como las de otros autores. Son capítulos de una misma obra, cristalinos, puros, impecables, casi puede decirse invariables. Y así como sus novelas, así es él. Yo le he encontrado, en el espacio de cinco lustros, cuatro o seis veces a lo más. Y cada vez me ha parecido que continuábamos la charla lánguida, cortés, exquisita, seria, de aquella tarde en que le conocí en la librería de la Carrera de San Jerónimo.

—Maestro—le dije.

Con una sonrisa pálida protestó:

—No..., nada de eso..., amigos...

A pesar suyo, empero, es uno de los pocos, de los muy pocos autores viejos de España que me parecen dignos de que se les llame, a la gentil manera francesa: *cher maître...*

Fuera de Palacio Valdés, de Bobadilla y de algunos modestos señores de cuyo nombre no me acuerdo, a nadie le dirigí la palabra en aquella libre república, donde los boticarios de provincia trataban familiarmente a los grandes señores de las letras madrileñas.

—¿Ve usted a aquel hombretón gordo que le da palmadas en la espalda a Echegaray?—preguntóme un día mi mentor.

—Lo veo—respondíle.

—Pues bien, ¿qué cree usted que es?

—No acierto... Un periodista..., o un empresario..., o un senador...

—Un salchichero...

—¿Cómo?...

—Un salchichero... Es un buen amigo de todos nosotros, y para Navidad nos manda muy buenos y ricos bocados... En el resto del año tiene la manía de comprar libros para hacerse una biblioteca, y de asistir a los estrenos para estar al corriente...

Otra vez me enseñó a un camisero íntimo de Castelar, y otra a un representante de *champagne* que daba banquetes a los literatos y a los políticos *de primo cartelo.*

Paco repetía enfadado al figurarse que yo dudaba de su palabra:

—De primo..., de primísimo cartelo... Sí, señor...

Pero, por fortuna, además de los hoy olvidados que formaban el centro del núcleo y de los siempre anónimos que revoloteaban a su derredor, había en aquel estrecho y glorioso tenducho bas-

tantes hombres de valer para llenar una bella página de historia. En el *raccourci* gráfico de la lejanía, figúrome ahora que me hallo en un rinconcito del antro docto y que mi mentor me dice a medida que van entrando los habituales tertulianos:

—Ese del gabán de pieles que se apea de un coche del ministerio y que saca del bolsillo una hoja de papel, es Manuel del Palacio... Espere usted un instante y verá cómo nos lee los sonetos que acaba de escribir en los pliegos diplomáticos... Ese otro, ya usted lo conoce, es Fernanflor, simiesco, maligno, sibarita, elegante, lleno de humos aristocráticos, convencido de que puede derrocar Gabinetes con sólo escribir un artículo... El de más allá, tan vulgarote, es el poeta de la reina Isabel, don Antonio Grilo.,. ¿Quiere usted conocerle?... Ya sé que no... Bueno... No tenga usted cuidado que no le presentaré a él.,. En cuanto a aquel caballero tan fino, tan *chic*, que con su cabeza calva y su barba sedeña parece un retrato del Greco, es Eusebio Blasco, que ha venido a pasar unos días abandonando a sus duques parisienses... El otro, el pequeño, el ancho de hombros, el míope, el que lee ese libro gordo como si quisiera comérselo, es don José Canalejas, un político ambicioso a quien Salmerón ins-

truye... Aquél es Silvela..., y aquél González Serrano..., y aquél Joaquín Costa.... y aquél Unamuno, un muchacho místico... ¡Ah! Mire usted a ese anciano que sale... Es Pí y Margall... ¡Cómo se escapa para que aquella señora no le coja en la puerta!... Porque aquella señora es doña Emilia..., ¿sabe usted?... La terrible doña Emilia Pardo Bazán...

Y al figurarme que oigo estas palabras, más que las figuras mismas de las personalidades que entonces eran famosas, evoco mi propio figura, insignificante, tímida, orgullosa, y me figuro que me oigo diciéndole a mi buen amigo:

—Sí..., sí... No me presente usted a nadie... Son pocos los que me interesan...

EL MILAGRO

SPERANDO en vano el milagro de los cincuenta duros, Renjifo y yo habíamos vuelto a nuestras vagas ocupaciones sin hablar más del proyectado rapto. Como si todo hubiera sido un juego, el diabólico latinista mostrábase más reservado que nunca en lo relativo a su existencia. Después de almorzar y de fumarse media docena de pitillos de sobremesa, desaparecía sin decir adónde iba, y no regresaba sino a la hora de la cena. «¿Se habrá acaso arrepentido Ramón?... —preguntábame yo—. ¿O habrá logrado Valera que se lo lleven a su tierra?... ¿O habrá comprendido el raptor *in*

partibus que su idea es peligrosa?...» La sonrisa tranquila y algo irónica de mi amigo, contestábame con la más tranquila bienaventuranza: «No; no hay nada de eso; nada que pueda contrariarme ha acontecido...» Él, que con tanta facilidad crispábase, en efecto, parecía más feliz que nunca, o, mejor dicho, más lleno de serena exaltación lírica y de dulce energía espiritual.

—¿Y nuestro gran Herodes?—preguntóme, una tarde, después de almorzar, cuando entre el humo de los cigarrillos formábamos nuestro grupo apacible en el comedor obscuro de la calle de las Veneras, bajo la lámpara engalanada por Alice con una pantalla celeste.

—Me parece—contestéle que lo hemos olvidado.

—Yo no—exclamó— , yo de ninguna manera... El infiel eres tú... Yo pienso en él a menudo... ¿Te acuerdas de que no encontrábamos la escena necesaria para un primer capítulo llamativo y teatral, un capítulo que sea algo así como el festín de los mercenarios de Salambó?... La ceremonia en el templo no pudo ser, porque aun no existía el templo... ¿Has buscado tú algo?

—No...

—Pues yo sí... Verás... Creo que mi idea te gustará. Tú no ignoras que al sentirse dueño del Oriente, Marco Antonio en lo primero que pensó

fué en reclamar a Cleopatra como uno de los tesoros que por herencia de César le pertenecían. Plutarco, que es un inocente, no ve lo que pasa en el alma del nuevo imperator y se figura que su deseo de ver a la reina le viene de lo mucho que ha oído hablar de ella. En realidad lo que quiere no es «conocerla», sino volverla a ver. Los historiadores olvidan, en general, que la egipcia vivió en Roma al lado del dictador, y que los íntimos de este último fueron cortesanos de ella. En todo caso, lo importante para nosotros está en Plutarco, y ahí podemos tomarlo... No sonrías con desdén, porque soy capaz de citar algunos de esos versos latinos que me sirven para hablar con la gente a quien no aprecio. De Plutarco sacó Shakespeare algunas de sus tragedias. ¿Por qué no hemos de pedirle nosotros elementos para un capítulo de novela? Se trata únicamente del párrafo XXVI de su biografía de Antonio, aumentado y complicado por nuestra perversa imaginación.

—Por la tuya, dirás.

—Por la nuestra, puesto que somos colaboradores... Escucha y calla. El imperator romano, que ha establecido su tribunal en Cilicia, convoca a la antigua favorita de Julio César para responder de la ayuda que, según algunos celadores, ha

prestado a Casio y a Bruto durante la guerra civil. El embajador que le lleva la cédula de citación, el melifluo Quinto Delio, el *desultorem bellorum civilium*, le dice que no tema nada. Ella sonríe, desdeñosa, segura de la magia de sus ojos, y se prepara en el acto para acudir al llamamiento judicial como a una cita de amor. Hay que leer la escena en las *Vidas Paralelas*, aunque sonrías de nuevo... Cuando el asunto es grandioso, hasta un notario crea belleza al describirlo, si lo hace con escrúpulo. Y Plutarco es, por lo menos, un concienzudo relator de esplendores milenarios. Lo mejor, después de este preámbulo, sería leerte el famoso párrafo XXVI... ¿No te parece?...

—En efecto.

—Sí... Pero es imposible... Tres días ha tuve que vender mi último ejemplar de las *Vidas Paralelas*, el más preciado de mis tesoros, el florón de mi corona bibliográfica, la edición griega de la *Bibliotheca Scriptorum Græcorum et Romanorum Teubneriana*... La había yo comprado, en épocas esplendorosas, en cinco duros... Se la he vendido a Menéndez Pelayo en veinte... Valera me habría ofrecido diez pesetas... Te lo repito: el único que entiende de cosas serias es don Marcelino, ese gran don Marcelino que se emborracha en su biblioteca y que para sus orgías no necesi-

ta sino acostarse con un tomo de Ovidio para creer que duerme con todas las diosas del Olimpo...

Yo pensé: este hombre ha tenido veinte duros, cien pesetas...; este hombre no me ha ofrecido una parte de su tesoro más reciente...; este hombre tiene que haber hecho algo extraordinario...

Él leyó, sin duda, mis pensamientos, pues escribió en un papel, para que Alice no se enterase de nada, estas palabras: «Exigencias necesarias asegurar porvenir.»

Luego continuó, como si en el mundo lo único que le interesase fuera lo que había pasado veinte siglos antes:

—Lo importante es la substancia pintoresca de la escena, y esto una mala versión hecha de memoria te lo dará. Cleopatra llega, en una galera de popa de oro, de velas de púrpura, de remos de plata, y parece tan bella al desembarcar, que el pueblo entero la compara con Afrodita saliendo de su concha marina. La ciudad entera resulta perfumada en cuanto la diosa viva y su séquito penetran en ella. El tribunal, que Antonio preside en ese momento, quédase de pronto vacío: de tal modo la gente tiene deseos de contemplar a la egipcia. El imperator es el único que permanece en su sitio. Cuando un oficial se le acerca para

anunciarle lo que pasa, lo encarga de ir a rogar a la reina que se digne acompañarlo a cenar. Al poco rato el oficial vuelve y dice: «Señor: su majestad agradece tu convite; pero cree que tiene derecho a ser quien primero te reciba, y así es ella la que te espera a comer con todos tus amigos.» Lo que es este banquete no lo olvidará nunca el mundo. El estilo prudente del viejo narrador de las gestas paganas dijérase que se estremece y palpita al referir aquella jornada. «Antonio—dice—acepta el convite, y al entrar en los aposentos de la reina se siente deslumbrado ante tanta luz, tanto oro, tanta púrpura.» Según su expresión, ninguna lengua puede dar idea de aquel lujo y de aquel buen gusto. Durante la fiesta, como el imperator estaba rodeado de sus feudatarios orientales, la egipcia tuvo oportunidad de lucir su sabiduría dirigiendo la palabra a cada uno de ellos en su idioma natal: a los sirios, en siriaco; a los árabes, en árabe; a los hebreos, en hebreo... Tú me preguntarás, sin duda, dónde está Herodes en todo esto... Pues ahí, en eso de los idiomas... ¿Quién sino el monarca judío podía formar parte del séquito del Triumvir romano en aquella ocasión?... Así, pues, de lo que se trata, una vez el cuadro del ágape trazado, es de colocar muy cerca de la Isis viva a aquel sucesor de

David. ¿Para qué? Pues para que ella se enamore de él y preparar así muchos futuros acontecimientos... Porque no debemos olvidarnos de que entre todos los hombres que la vieron, que la trataron, Herodes fué el único que no sólo no se enamoró de Cleopatra, sino que hasta rechazó su amor. ¿Te das cuenta de lo que puede hacerse con ese drama mudo en medio de una orgía! La heredera de la gloria de los Tolomeos contempla enardecida y disimulada al soberbio idumeo de ojos de fuego. Él, en cambio, no ve nada, no oye nada: ausente en espíritu, piensa en su Mariamna, amada y temida... «¿Qué hace ella, en estos momentos, allá en la fortaleza en que debe aguardar el triunfo o la muerte de su dueño?...» Por las pupilas negras del guerrero celoso pasan resplandores siniestros. Y mientras él sufre, ella, la seductora egipcia, la avasalladora soberana, que, como su abuela, la reina de Saba, hasta cuando está de perfil parece que mira de frente, acaricia ilusorias y perversas bienaventuranzas que no ha de saborear nunca...

* * *

Aquí estaba de su discurso mi erudito amigo, cuando una mano algo ruda fué a llamar a la puerta de nuestro comedor.

—¡Adelante!

Y penetró en aquel antro, iluminado por una lámpara en pleno día, un cartero que llevaba para mí una carta certificada.

—De Guatemala—exclamó Alice al ver los sellos del correo.

—¡El milagro!—gritó Renjifo poniéndose de pie.

En efecto, era el milagro, un milagro mucho más grande que el esperado, o mejor dicho, el deseado por nosotros: era un milagro de tres mil pesetas. En nombre del señor presidente de la República, el ministro de Instrucción pública comunicábame que se me había concedido aquella suma, como último subsidio, para que pudiera regresar a mi tierra. Cuando acabé de leer la carta en voz alta, Renjifo, muy serio, opinó:

—Tú no te debes mover de Madrid... Tu porvenir está aquí.

Alice, más tímida, dijo:

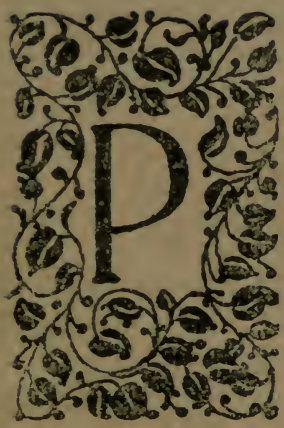
—Yo creo que sería mejor volver a París...

—De lo que ahora se trata– contestéles—no es de arreglar el porvenir, sino de determinar el inmediato empleo de estos fondos. Si me permitís que opine a este respecto, os diré que mi propósito es: Primero: dar en seguida a nuestro glorioso latinista, para que realice su rapto, quinientas pe-

setas. Segundo: dar a mi mujercita otras quinientas pesetas para comprarse cintas. Tercero: darme a mí mismo, para pagar deudas y ofrecer banquetes, otras quinientas pesetas. Cuarto: guardar para más adelante mil pesetas. Quinta: Pagar a nuestra ama con las otras quinientas pesetas...

—Aprobado—exclamaron a dúo mis asesores.

EL BESO MALDITO



ASARON dos días, pasaron tres días... En nuestra sórdida casa de huéspedes sentíase una aura de modestos esplendores que todo lo animaba. Nuestra patrona, tan menuda, tan seca, parecía rejuvenecida y no hablaba sino de mudanzas, de engrandecimientos, de lujos... Decíanos, enternecida:

—En la aldea tengo una prima que hace guisos muy ricos... Si pudiera yo, gracias a vosotros, tomar un piso más amplio, estaríamos en la pura gloria trayéndola a ella para la cocina.

Renjifo, que necesitaba de la complicidad del mundo entero para sus planes, contestábala:

—¡Ya lo creo que se andará eso y mucho más!... Todavia la hemos de ver a usted paseando en coche...

La infeliz mujer lloraba y reía a un tiempo mismo. Y nuestra existencia deslizábase feliz, monótona, pobre...

Al fin, una noche, cuando íbamos a sentarnos a la mesa, presentóse nuestro buen latinista acompañado de un jovencillo a quien nos presentó como un pariente recién llegado de América.

—Mi sobrino Ramón — exclamó con voz trémula.

Y agregó, haciendo esfuerzos para dominar sus emociones:

—Creo que ya os he hablado de él...

El muchacho saludónos; sentóse frente a mí y no dijo una sola palabra durante la cena. Renjifo, en cambio, mostróse maravilloso de facundia paradójica e insolente, no sé si porque quería deslumbrar a su efebo, o porque deseaba evitar que nosotros hablásemos de algo que pudiera hacerle comprender que estábamos en el secreto de su existencia. Solícito, servía primero a Alice, luego a Ramón... Y entre bocado y bocado, salpicando su charla con hemistiquios helénicos, refería anécdotas escabrosas con una elegancia de viejo académico de la Crusca.

—Me acuerdo de que cuando yo era estudiante—decía—, nuestro profesor de griego, después de leernos *Fedra*, tuvo la ocurrencia de preguntarnos si a nuestro juicio Hipólito hubiera podido demostrar a su padre, de un modo irrefutable, que jamás había atentado contra la virtud de su madrastra. Yo, que acababa de leer a Luciano, naturalmente a hurtadillas, contestéle:

—Sí, señor, hay un medio: el que empleó Combabus para probar que la reina Estratonice lo calumniaba al jurar que había querido violarla.

—¿Y cual fué?—preguntóme con ironía el dómine.

—Un medio muy sencillo y muy doloroso. Al recibir la orden regia de acompañar a la soberana durante un largo viaje, Combabus se hizo mutilar; puso en un frasco su virilidad cortada y la entregó en depósito al tesorero de palacio. Al volver, cuando el rey le dijo que la reina se quejaba de sus tentativas, mandó traer el frasco, abriólo ante sus majestades y demostró su inocencia...

El efebo parecía no oír o no comprender. Sus pupilas iban; subrepticias e inquisidoras, de Alice a mí, de mí a Alice... De vez en cuando, al sentir que nuestras miradas posábanse en su ros-

tro, ruborizábase cual una novicia y llevábase a los labios una finísima mano nerviosa.

A los postres, animada por la charla, por el café, por los licores, mi amiga díjome al oído:

—Te aseguro que es una mujercita vestida de hombre... ¿No lo crees?...

Todo, en efecto, era femenino, de una feminidad apenas núbil, sin aparentes redondeces, sin coqueterías francas, en aquel ser extraordinario. Sus ojos de terciopelo violeta, tímidos, ingenuos, escondían su esplendor melancólico, su suáve y voluptuosa languidez, entre el aleteo inquieto de los párpados... Sus mejillas, algo descarnadas, eran muy pálidas y parecían iluminarse, de vez en cuando, por luces de ámbar y de rosa que se encendían, cual las de un faro, en el interior de su rostro. Sus labios carnosos, serios, algo *boudeurs*, tenían la forma y las palpitaciones de un corazón. Contemplando aquella deliciosa y equívoca gracia pagana, yo también había experimentado una duda vaga sobre el sexo de Ramoncillo. Pero dándome en seguida cuenta de que lo más indispensable para vivir en paz era quitarle a Alice sus maliciosas ideas, la dije en voz baja:

—¿Una mujercita?... Renjifo se indignaría si supiera que te atreves a comparar a su divino Gaminedes con una vulgar hija de Venus...

Ella sonrió, llena de escepticismo, moviendo la cabeza negativamente y murmurando:

—Nosotras no nos engañamos en estas cosas...

Mientras tanto, Renjifo, cual si se hallase en una cátedra o en un escenario, proseguía derrochando ingenio docto y picaresca erudición. Parecía, no diré rejuvenecido, puesto que apenas tenía treinta años, pero sí refrescado, engalanado, embellecido. Yo, que la verdad sea dicha, hasta entonces no había nunca parado mientes en su rostro, descubrí de pronto que sus ojos eran muy claros, muy cándidos, muy tiernos; que su bigote rubio daba sombra a una boca muy expresiva amueblada por dientes blanquísimos; que su cabellera hirsuta era rizosa cual la de los bustos de Alcibiades.

—Te encuentro hoy transfigurado—le dije.

Él exclamó, con voz velada por la ternura:

—No te extrañe, Enrique. ¿Has olvidado, acaso, las divinas palabras de Cristóbulo en el *Banquete?* «La pasión—dice el joven filósofo—, la pasión que inspira la belleza a los que están enamorados, ¿no los hace más desinteresados, más laboriosos, más intrépidos, más ávidos de la gloria, más modestos y más discretos, puesto que no se atreven a pedir siquiera lo que más desean? ¡Qué locura no escoger por generales a los hombres

más hermosos! Yo seguiría a Clinias, incluso a través de las llamas, y estoy seguro de que vosotros haríais otro tanto. No dudes, pues, ya, Sócrates, que la belleza puede hacer bien a los hombres; pero que se la desdeña porque se marchita pronto...» ¿No crees tú lo mismo?...

—¡Naturalmente!

—Pues tomemos la última copa en honor de la belleza... Vamos, Alice, Enrique, Ramoncillo...

Todos levantamos nuestros vasos, llenos de un exquisito vino blanco que la patrona había recibido poco antes de su pueblo. ¡Pero de qué manera tan distinta procedimos en aquel brindis inicial!... ¡Y cómo, en aquel pueril gesto de familiaridad, un observador hubiera podido adivinar futuras tempestades!... Alice miraba a Ramoncillo con ojos duros e irónicos... Ramoncillo bajaba la vista... Renjifo examinábame a mí... ¿Y yo?... Sinceramente, creo que yo era el único feliz y sencillo, muy sencillo y muy feliz, en aquellos momentos, sintiéndome libre de toda mala idea, y; sobre todo, sintiéndome indiferente...

Pero, ¡ay!, no tardé en notar que yo también estaba destinado a ser víctima de la belleza equívoca de aquel diabólico efebo o de aquella niña disfrazada. Apenas me encontré solo con mi querida, ésta me preguntó, con ese tono que todas

las mujeres parecen haber aprendido en la misma escuela para exasperar del mismo modo a los hombres:

—¿Te ha gustado, eh?...

—Guapito es, no hay duda.

—No has dejado de mirarla un solo segundo... Renjifo estaba furioso... Ella misma, aunque es tonta de capirote, lo notó....

—¿Ella?... Entonces tú te empeñas en cambiarle el sexo a ese muchacho...

—Naturalmente... Apostaría cualquier cosa... Además, tú lo sabes... No sé por qué te haces el ignorante... Bastantes guiños te ha hecho ella...

—¡Vaya!... Creí que era yo el que había mirado mucho a Ramón...

—A Ramona...

—Bueno... Ya que te empeñas... Y ahora resulta que es él... o ella quien me hacía guiños...

Al día siguiente, la misma escena se repitió... Al otro día, también, con la agravante de que, además de los crudos reproches de Alice, tuve la pena de que Renjifo me dijera muy suavemente, como avergonzado de sus propios celos:

—Me parece que tú y el chico os entendéis muy bien... Yo no soy ningún Otelo... Sólo que, por haberme hoy permitido recomendarle que no ponga los pies junto a los tuyos bajo la mesa, me ha

contestado una insolencia... Es la primera vez que tengo una queja de él...

Yo iba a reírme, como me reía de mi amiga... Pero vi que los ojos de aquel hombre se llenaban de lágrimas, y le hablé como a un hermano desgraciado.

—Es una locura lo que me estás contando—le dije—. Yo nunca he sentido un pie de tu chico junto al mío... ¿Cómo has podido tú, tan serio, tan noble, imaginar semejante quimera?...

—Es Alice la que os ha visto...

—No me extraña... Alice está enferma, no sólo de celos ciegos, sino de insensata y cruel envidia. ¿Eres acaso tonto? Ese niño, que es más bello que ella, más bello que la muchacha más bella, no la deja dormir... Como yo soy su amante, a mí me toma de pretexto para cargarme con el peso algo cómico, pero también algo criminal, de su dolor iracundo. Si no estuviera yo, hallaría otro motivo imaginario para atormentarse tratando de atormentarlo... En ella, eso es natural. Ella es mujer, y lo mismo que todas las mujeres, no cree en la amistad, no cree en la admiración desinteresada, no cree sino en la pasión y en el deseo... En ti, en cambio... Vamos a ver: ¿he tenido yo celos mientras tú has vivido junto a mi querida? Como a un hermano te he visto, y cuanto más cariño he

notado entre vosotros, más feliz me he sentido. Con lo que tú me dices hoy, haces imposible la continuación de nuestra intimidad mientras tu chico se encuentre aquí... ¿Cómo quieres, en efecto, que yo no trate de alejarme de él? Y él mismo, ahora que tan injustamente lo acusas de un pecado imaginario, supongo que se sentirá mal en mi compañía...

Renjifo lloraba en silencio, limpiándose las lágrimas que rodaban por sus mejillas, con el revés de la mano.

—Tienes razón—murmuró al fin, sobreponiéndose a sus emociones—, tienes razón... La mujer es un ser extraño... Alice es buena... Pero es mujer... Y la mujer, aunque te ofenda el oírmelo repetir, es una bestia, no sólo doce veces impura cual dice Vigny, sino toda impura, cuerpo y alma. ¡Cuánta razón tuvieron los padres del Concilio de Macon para dudar de que exista un alma femenina! Y los teólogos que del Espíritu Santo, el cual en la primitiva Trinidad encarnabá la esencia mujer, hicieron un ser sin sexo, un soplo, también supieron por qué procedían así... Un solo patriarca de nuestra fe ha sido capaz de pretender, contrariamente a lo que enseña San Pablo, que la mujer puede recibir inspiraciones celestes. Me refiero a Montanus. ¿Y de qué modo acabó? Fun-

dando una secta herética. La misma Santa Teresa era una especie de celestina celestial, que, en su enfermiza lujuria mística, complacíase en favorecer los amores de Jesús con la pecadora de Galilea. ¿Lo dudas?... ¿Te ríes?... Es que no has leído a la santa. Ella dice, en efecto, que cuando acababa de comulgar y sentía el cuerpo de Cristo dentro de su propio ser, apresurábase a ir a arrodillarse ante la imagen de María Magdalena, segura de que así daba gusto al Señor... Pero volvamos a tu Alice... Es, entre las mujeres, lo mejor que he visto... Yo le hablaré... Yo le haré comprender que resulta criminal suponerte a ti capaz de pensar siquiera en engañarla a ella y a mí... ¡Figúrate!... Los dos seres que más te aman en el mundo... Y a Ramoncito también le pediré que me perdone y que te quiera a ti como debe quererte, como a un hermano apenas algo mayor... Porque cuando tú dices «el niño», no notas que sólo le llevas dos años. Él tiene diecisiete... Tú, diecinueve... Claro, él tan delicado, parece menor, en tanto que tú, con tu cara triste, en la cual se nota una ligera huella de tormentos precoces, con tus ojos melancólicos y apagados cual los de las panteras que meditan, con tu melena que tanto exaspera a Bonafoux, tú eres casi un hombre...

—A mi edad—contestéle—Carlos V era ya em-

perador y proclamaba que no tenía más ambiciones que las de mirar por la grandeza de Alemania, su patria bien amada...

Lo que mi amigo le dijo a mi querida, no lo sé. El resultado de sus consejos, en cambio, fué tan eficaz que aquella misma noche, en la mesa, pude ver florecer de nuevo en todos los labios la sonrisa y en todos los ojos la confianza. Siempre tímido, siempre reservado, siempre asustadizo, Ramoncillo comenzaba, sin embargo, a interesarse en la charla general, y ya no sólo contestaba con exquisita y sobria cortesía, como al principio, sino que hasta tomaba de vez en cuando la palabra con objeto de evocar recuerdos de colegio o de expresar sus ideas de independencia, no a la manera de los muchachos que quieren ser libres para correr aventuras, sino con una delicadeza femenina, con una mayor preocupación de la libertad espiritual que de la rienda suelta. «Yo—decía—con tal que me dejaran ver a mis amigos y leer los libros que me gustan, lo mismo me daría estar en la cárcel». Su alma, prematuramente deformada por la literatura, lo sentía todo a través de sus poetas favoritos. Pero había en el fondo de aquella sensibilidad tan refinada, repentinas llamas de espontaneidad, que sorprendían. Una tarde, Alice se detuvo en medio de una recitación

verlainiana por no recordar el fin de un soneto. Como un eco, la voz del efebo prosiguió:

Ne le dechirez pas avec vos deux mais blanches
Et qu'a vos yeux si beaux l'humble present soit doux...

Hasta entonces no había dicho siquiera que hablaba francés. Y lo hablaba como un parisiense.

—*C'est drole*—exclamó Alice—, *c'est chic...*

Él, contento del elogio, siguió recitando, sin orden, fragmentos de Musset, de Baudelaire, de Teodoro de Banville, de Jean Moreas. Y como su voz era una música extraña, un gorjeo singular hecho de lo más armonioso que hay en la garganta humana y de lo más enternecedor que existe en el balbuceo de los niños, todos lo escuchábamos en silencio, embelesados, hallando novedades antes no percibidas en poemas que sabíamos de memoria...

Desde entonces, esta orgía poética, esta fiesta de las musas, esta embriaguez de armonías, se repitió casi todas las noches. En su amor de la poesía, Alice, según la frase de nuestro amigo, humanizábase hasta la sencillez y no se cansaba de pedir versos y más versos, versos de amor, versos de melancolia, verso de dolor.

—Algo de Baudelaire—dijo una noche.

Ramón recitó, tratando de hacer su acento muy

grave, muy cavernoso: *Les morts, les pauvres morts ont de peines profondes.* Y a medida que el lúgubre cuadro del muerto roído por los gusanos y que suspira pensando en una compañera de tumba, desarrollábase entre los lentos hemistiquios, mi querida acercábase, sin sentirlo, al delicioso chico y lo sorbía con la vista, con los oídos, con el aliento.

Renjifo contemplábala con celos, casi con horror, cual si temiera que el soplo cálido y sensual que se exhalaba de aquella boca pecadora, fuese a manchar la esencia ideal del efebo. Yo, por el contrario, sentía un extraño deleite al darme cuenta de que mi propia querida, a pesar de su hostilidad hacia aquel muchacho, sentíase, al fin, aunque no fuese sino un momento, atraída, dominada, tentada por él. ¡Cuánto hubiera yo dado porque los dos rostros se tocasen, porque las dos bocas se besasen! Un beso de Alice a Ramoncito, en efecto, habríame vengado de los reproches antes soportados... Y además habría sido una disculpa a mis iras pasajeras, a mis esnobismos pecaminosos y efímeros...

El poema concluyó sin que el roce de las epidermis se produjera. Nuestro latinista murmuró en tono severo:

—Es la hora de dormir.

Y nos retiramos a nuestras alcobas silenciosos, acariciando nuestros ensueños, dejándonos acariciar por nuestros deseos. Apenas al borde del lecho, mi querida, cuyo cuerpo palpitaba de fiebre, enlazóme entre sus brazos y me devoró los labios...

—¿Estás segura de que me has besado a mí?—preguntéle cuando me soltó.

—No sé lo que quieres decir—contestóme con aire de perfecta indiferencia, mientras se desnudaba rápidamente.

—Nada...

Callamos, contemplándonos, sonriéndonos.

Al fin, en tono de broma, murmuréla al oído:

—Me parece que ahora todos estamos enamorados de él.

—Sí—contestóme—; tienes razón... Esa diabla nos ha conquistado a todos...

—Pero ¿todavía tienes tú la idea de que es mujer?

—Tan mujer como yo—murmuró, estirando su cuerpo desnudo sobre las sábanas, cual si quisiera ofrecerme un bello e impúdico testimonio en apoyo de sus palabras.

Al día siguiente, para tranquilizar mi conciencia, le referí a Renjifo lo que me había pasado. Aunque digo mal. En realidad no le referí sino la

disputa que nuevamente habíamos tenido Alice y yo a propósito del sexo de su andrógino endiablado y adorable.

—Lo extraño—exclamó con tono de agria ironía—es que cuando os acostáis no tengáis algo mejor que hacer que hablar de eso...

Picado por su acrimonia, contestéle:

—¡Qué quieres!... Mi querida estaba desnudita en la cama, estirándose cual una gata, con esa gracia tentadora y voluptuosa de que te he hablado tantas veces... Yo acariciaba su divino cuerpo con el fervor de siempre, arrodillado ante ella, besándola lentamente, deteniéndome en cada una de sus secretas perfecciones, haciendo una oración a cada uno de sus encantos... Ya tú sabes lo que es el rito eterno de la dulce lujuria... Ella reía y gemía a un tiempo mismo... Todas las mujeres son iguales en estas circunstancias cuando están enamoradas... Al dejar de besarla, murmuré a su oído: «No hay en el mundo ninguna mujer tan preciosa como tú.» Ella me dijo: «Sí; ya sabes que sí... Aquí mismo, a nuestro lado, en la alcoba vecina, hay una más bonita, no sólo de rostro, sino también de cuerpo... El rostro tú lo conoces... Y yo te aseguro que el cuerpo es digno del rostro...» Por decir algo, aseguréla que no la entendía. Ella exclamó: «Hablo de la chica de

Renjifo...» Ya ves, pues, que está lo que se llama *emperrada* en su idea peregrina...

Mi amigo, frunciendo el ceño, murmuró con voz sorda:

—Más vale que tu amiga crea que es así...

—No es que lo crea—contestéle—; es que está segura....

—Hombre..., segura... En el Vaticano, desde que la famosa Juana fué papisa o papesa, existe la silla gestatoria, en la que el nuevo pontífice se sienta al ser elegido, para que el decano de los cardenales, pasando la santa diestra por debajo, se dé cuenta de que no es una mujer quien va a ocupar el sitio de San Pedro... Yo no creo que en esta modesta casa de huéspedes haya una sede igual...

Ambos nos echamos a reír. De pronto Renjifo, con cara mefistofélica, preguntóme:

— ¿Tienes mucho empeño en sacarla de su error?...

—No—contestéle—. ¿Por qué?...

—Porque si quieres, por el agujero de la llave...

No le dejé concluir, diciéndole:

—Parece mentira...

Él se puso pálido de pronto y exclamó:

—¿Por qué?..., ¿por qué?... ¿Qué quieres insinuar?...

—Nada malo—contestéle.

—¡Ah... Es que, después de lo que antes me dijiste, parecióme adivinar en tus labios el nombre de Candole... Ya tú sabes...

—No; no sé nada...

—Pues era un buen monarca de Oriente que tenía una esposa muy bella y un amigo muy noble. A ella la adoraba con todos sus cincos sentidos y a él lo quería de todo corazón... Y tal era su deseo de que el amigo admirase a la reina, que un día le pidió por favor que, escondiéndose en un rinconcillo de la alcoba regia, la viera en el momento en que se desnudaba para acostarse. Así lo hizo el amigo, llamado Gigés. Y la historia no nos refiere si éste, al contemplar aquel cuerpo, se enamoró de él. Pero, en cambio, nos asegura que la soberana, enterándose de lo que acababa de pasar, llamó a Gigés y le ordenó que asesinase al rey para acostarse luego con ella y compartir el trono reinando a su lado. «Puesto que quiso que me vieras y me desearas—le dijo—, yo quiero completar el don ordenándote que me poseas después de matar a Candole.» Y así acabó aquella triste aventura que los poetas no olvidarán nunca...

De nuevo exclamé, notando la amargura que había en el tono de mi amigo:

—Parece mentira...

—Perdóname—concluyó él...

Naturalmente me quedé tan convencido del sexo de aquel efebo, que cuando más tarde, dos o tres veces, mi amiga me dijo «ella», ni siquiera consideré necesario contradecirla. Después de todo, ¿qué importancia podía tener tal detalle, puesto que nuestros principios de cínicos adolescentes, educados más allá del bien y del mal, no se oponían a que, al lado de nuestra vida, dos pájaros caprichosos hubiesen creado otro nido de diferente especie?... *Toute licence pour l'amour* era entonces, y sigue siendo hoy, mi único lema. Pero entonces lo entendía yo más inocentemente que ahora... *Toute licence!*... ¡Si no fuera mas que eso! ¡Dios mío, si las deformaciones de la pasión no pasaran de lo que ha sido canonizado por Sócrates y por Alcibiades!... ¡Si no se cometieran, en el seno mismo de las familias, crímenes más monstruosos que los de Oscar Wilde!...

Dos o tres días transcurrieron tranquilos. Gracias a la fortuna recibida de Guatemala, no sólo el bienestar sino hasta el lujo reinaba en nuestra sórdida casa de huéspedes.

—¿Vamos a Fornos?—preguntaba yo.

Siempre una voz feliz respondíame:

—No... ¿para qué?... Mejor estamos aquí...

Además el niño raptado no sólo no tenía dere-

cho a salir a la calle, pero ni siquiera a asomarse a la ventana. Para permitirle respirar un aire menos insano que el de nuestro antro sórdido, proyectábamos a menudo paseos nocturnos por los barrios bajos, expediciones a los más recónditos jardines, visitas a los merenderos campestres. Estábamos tan a gusto encerrados, sin embargo, que siempre dejábamos eso para otro día. La época de los celos y de los recelos parecía pasada. En apariencia, nadie tenía preferencias pecaminosas y cada pareja respetaba la dicha de la pareja vecina. No obstante, a medida que intimábamos, yo creía ver, o mejor dicho, adivinar en Ramón una simpatía muy tierna hacia mí. Una noche, buscando un libro en la estancia desordenada de Renjifo, nuestras manos se encontraron y yo sentí en la suya un temblor ligero y algo como un deseo de caricias. Otro día puso su cigarrillo en el mismo plato en que yo tenía el mío y luego, equivocándose de intento, tomó el mío y lo llevó a sus labios con un gesto estudiado, murmurando: «Está delicioso este tabaco.» Dado el carácter de Alice, una niñería de éstas hubiera bastado, siendo descubierta, para hacer creer que tanto el efebo como yo éramos infieles a nuestros amores.

—¿Te gustaría regresar a tu tierra?—pregunté en cierta ocasión a Ramoncillo.

—No — contestóme—. Al único lugar adonde querría volver es a París.

—Pues, si quieres—díjole mi querida—te llevaremos con nosotros... Dentro de algunas semanas nos marchamos.

—¿Y yo?—gimió el latinista.

—Tú también debes venir—dije yo—. Para lo que haces aquí, lo mismo puedes hacer allá... ¿No es verdad, Alice?

Yo esperaba entonces una respuesta de la casa editorial Garnier, a la cual le había propuesto una antología de cuentos franceses traducidos, anotados y prologados por mí. En mi entusiasmo daba por seguro que el viejo editor parisino se apresuraría a aceptar mi proposición. En este punto, no me equivocaba. En cambio, figurándome que me pagarían aquel trabajo de un modo espléndido, sí que estaba en el más lamentable de los errores.

—Tú—dije a mi amigo—podrás hacer una antología de cuentistas latinos.

—Yo—exclamó Ramoncillo, mirándome fijamente—te serviré de amanuense para tus traducciones...

Luego, apoyando bajo la mesa su pie ligero sobre el mío, agregó con un acento tan femenino, tan femenino que Alice volvióse hacia él sonriendo irónicamente:

—Ahora ya no podemos separarnos nunca.

Yo no me atreví a decir nada, por miedo de que el temblor de mi voz revelase las emociones de mi alma, de mis sentidos, de todo mi ser. Aquel pie que me acariciaba, aquellas palabras que eran una declaración amorosa, aquellos ojos lánguidos que me miraban con dulzura implorante, todo lo que en aquel andrógino endiablado había de perturbador, de seductor, de tentador, me repugnaba, me irritaba y al mismo tiempo, no sé por qué misterio, subíaseme a la cabeza, embriagándome cual un filtro maldito. Por fortuna, el latinista y mi querida, preocupados por las dificultades materiales del viaje, hablaban muy gravemente de cifras y no se fijaban en mi palidez, en mi temblor.

—Yo tengo—decía ella—mil francos, que no sacaré de mi escondite sino para comprar los billetes del ferrocarril... Con trescientos cincuenta..., no... con cuatrocientos, hay bastante para hacer el viaje... ¡Claro que iremos en tercera!... Con tal de irnos... Con tal de llegar de nuevo a París... ¡Y hay que ver cómo llegaremos de ricos!... Por muy derrochadores que seamos, siempre tendremos quinientos francos... ¿Te parece poco?... Yo me comprometo a que vivamos los cuatro un mes con eso... Y más también si es

necesario... Yo, allá, sé arreglarme... Además yo puedo trabajar... ¡Ah! no digo que gane cientos de cientos! Sólo que, entre eso y lo de las traducciones, ya verás si somos felíces...

Renjifo contestaba:

—Yo también tengo un pequeño peculio. Tampoco digo que sean mil francos. No sé cuánto es. Pero, en fin, algo será, y para algo nos ha de servir... Me refiero a mis libros... No te rías... Más de una vez hemos fumado y bebido gracias a un volumen... Los seiscientos o setecientos que componen mi pinacoteca nos darán para comer otro mes en París...

Yo oía esto como en un sueño, como en un desmayo... Mi espíritu hallábase en otra parte, o, mejor dicho, estaba aniquilado. Eran mis sentidos los que, dominados por la gracia femenina de aquel mancebo, palpitaban, ensordeciéndome, alucinándome, convirtiéndome en un juguete de la más terrible incertidumbre. «¿Será una mujercita?... ¿No lo será?»—preguntábame sin cesar, como un maniático—. Para no gritar: «dime si eres una mujer o un demonio», mordíame la lengua. Para estarme quieto, para contentarme con el hipócrita embeleso de los ojos que me acariciaban, de los labios que me sonreían, para ser dueño de mí mismo y fingir indiferencia, en fin, tenía

que dirigirme mentales discursos llenos de prudentes consejos.

Lo que me consolaba, haciéndome ver que aquellos mis arrebatos no eran sino caprichos perversos, es que, lejos de atormentarme en la soledad, desvanecíanse apenas me hallaba separado de Ramoncillo. Por las mañanas, sobre todo, al despertarme entre los brazos rubios de mi querida, tan suave, tan voluptuosa, tan clara, tan cristalina, tan sin complicaciones de ninguna especie, sentía una verdadera repugnancia al pensar en mis inexplicables vértigos perversos, y me juraba a mí mismo que no me dejaría ya tentar por el demonio del androginismo. Luego, al encontrarme en el comedor con el efebo, al verlo tan sencillo, tan natural, pensaba que de seguro también él había hecho propósito de no tentarme más con lo que había de sensualmente femenino en su belleza frágil, y lo saludaba con un afecto leal, como a un hermano menor. Y así había días enteros durante los cuales ninguna mala idea atormentaba mi espíritu.

* * *

Por otra parte debo decir que la feminidad de aquel chico no tenía, si puede decirse así, nada

de afeminado. Llamaba yo femenino, en efecto, a lo que en él veía de singularmente voluptuoso y tierno, a su belleza tan suave, tan tersa, a su gracia de madona de Leonardo, algo sinuosa, pero de una morbidez impecable. Y también a lo que adivinaba de manera instintiva, en el fondo de su alma felina, de engañoso, de tiránico, de equívoco. Pero en lo relativo a sus gestos y a sus gustos, ni el más austero castellano habituado a llamar al pan, pan, habría tenido derecho a tildarlos de amariconados... ¡Cuánta diferencia entre él y un célebre hermanito suyo presentado entonces por Maurice Barrès!... «*Pour ce Lucien*—dice Barrès—*la Pia adoucissait ses jugements. A lui aussi, quand il était petit, on avait appris de jolies manières! Il auait comme elle, le gout de parures, s'intéressait aux pantalons fleuris. aux vestes de brocart perlé, aux légères babouches, à ces atours de parade qu'elle vêtait parfois pour s'accorder avec Santa María la Bianca, la plus pure perle tolédane, enfouie au quatier juif.*» En su vida ordinaria, Ramoncillo no parecía ni siquiera parar mientes en los mil objetos nimios y exquisitos que rodeaban a mi querida aun en medio de nuestra miseria. Sólo los perfumes lo atraían. Además, moralmente, él demostraba, no con la violencia paradójica de Renjifo, sino con

una serena y desdeñosa delicadeza, una ingénita repugnancia hacia las mujeres frívolas.

—¿Cómo es posible—preguntóme un día—que no te aburras al lado de tu querida?

—¿Te parece tonta?

—No...; al contrario... Para ser mujer, hasta muy superior me parece... Sólo que todas las mujeres son aburridas, vulgares...

—Ya ves... Yo, sin embargo, no puedo pensar en ti sin evocar tu imagen con el traje de Carmencita...

Hubo en sus labios de esfinge una sinuosa sonrisa. Sus grandes ojos me miraron con algo de ironía.

—Físicamente—díjome al fin—, o de un modo más exacto, plásticamente, la mujer es más agradable que el hombre. Pero sería necesario encontrar un género que, en la gracia femenina, encarnase un alma masculina...

—¿El andrógino primitivo de Platón?

—¡Oh, no, Enrique; qué horror!... Aquél era un doble ser, con cuatro brazos, cuatro piernas, dos rostros... Se necesita ser Renjifo para leer eso sin soltar una carcajada... Lo que yo imagino, es una criatura en la cual la carne fuera de mujer y el espíritu de hombre...

La idea del tercer sexo, soñado por ciertos poe-

tas del Renacimiento, de un sexo hecho con lo mejor de los dos que existen, de un sexo creado para el amor y para el placer, acudió a mi mente, espiritualizado por ciertas miradas del Pinturicchio, adornado por ciertos trajes de Rafael, legitimado por ciertas sonrisas de Vinci. Ramoncillo hallábase frente a mí, de pie junto al armario de su estancia. En mi alucinación, lo vi de nuevo envuelto en la falda de Carmencita... Luego la falda cayó, dejándolo desnudo. Y entonces fué el divino cuerpo de la bella Simonetta, con sus pechos menudos y sus caderas estrechas, lo que se irguió ante mí en su diabólica pureza insexuada

—¿Qué te pasa?—preguntóme mi amiguito, adivinando por mi semblante que algo extraño atormentaba mi espíritu.

—Nada—le dije.

Con una gran sencillez, como si quisiera hacer más casta, más incorpórea la imagen que de él tenía yo formada, hablóme de su infancia, allá, en una ciudad triste de la Argentina; de sus paseos solitarios por una campiña sin árboles, sin flores, sin pájaros; del abandono en que su madre y su padre lo dejaban, confiándolo al cuidado de una institutriz francesa...

—Yo no sé lo que es el hogar, ni la familia, ni el cariño de los padres, ni el consuelo de la re-

ligión... Yo no me acuerdo de haber jugado nunca, ni de haber saltado, ni de haber gritado... Tampoco creo haber aprendido nunca a orar... Hijo de un hombre que tenía formidables ambiciones de fortuna y que recorría sus feudos a caballo, no volviendo a su hogar sino para acostarse, hubiera querido refugiarme en el afecto de mi madre. Pero ésta era una pobre mujer frívola, enfermiza, casquivana, que no pensaba sino en hacer viajes a la capital para comprar trajes y visitar amigas. Mi única compañera fué la francesa nostálgica que me enseñó a leer en una antología de poetas. Luego, cuando la francesa regresó a su tierra, mi familia, no sabiendo qué hacer de mí, mandóme aquí, a casa de unos parientes, para estudiar...

Después de un largo silencio, cortado por algunos suspiros, agregó:

—Ahí fue donde conocí a Renjifo... Fué el primer ser humano que me demostró cariño... Yo me moría de abandono, de pena... Yo no sabía siquiera lo que era el amor... Lo único que experimentaba era una terrible necesidad de que alguien me hablase con dulzura, con ternura...

* * *

Una mañana, cuando yo salía de la cama, Renjifo llamóme para enseñarme una carta que acababa de recibir. Eran tres líneas de don Juan Valera, afectuosas y desdeñosas a la par. «Mi buen latinista—decíale—: Agradeceríale que, al recibir ésta, me hiciera usted la merced de pasarse por esta su casa para que hablásemos de un asuntillo que puede interesarnos a ambos.» Nada más. Pero mi amigo, tembloroso, creía ver en aquellas pocas palabras el anuncio de desgracias sin fin. Su rostro estaba lívido y sus dedos crispados estrujaban con rabia el papel.

—Siempre él—decíame—, siempre él... Dice que está casi ciego..., que no sale, que no se entera de nada... Y lo ve todo, no obstante, cual si fuese un inquisidor...

Luego, enterneciéndose, figurábase que iban a prenderlo y a encarcelarlo como raptor de niños.

—Por mí—gemía—, nada importaríame la cárcel... Pero él..., ¿qué sería de él si yo no pudiera estar a su lado?... Júrame, Enrique, que tú lo protegerás, que lo llevarás contigo y con Alice hasta que yo pueda ir a buscaros... ¡Ah!... Y, sobre todo, júrame que no le permitirás marcharse a su tierra..., que no le dirás a nadie que lo has visto...

Dejándome ganar por las aprensiones de mi amigo, preguntéle:

—Y en caso de que vengan hoy a buscarlo aquí, ¿cómo haremos?

—Aquí no lo encontrarán... En cuanto llamen a la puerta, ya él sabe dónde debe esconderse... De lo que se trata es que nadie cometa la menor indiscreción, que todos contesten que no tienen la menor idea de la existencia del señorito Olivares... En ti confío... Tú no saldrás mientras yo no esté de regreso, ¿verdad?... Tú no abrirás la puerta sino cuando veas que Ramoncito se ha metido en su escondite... Jurámelo...

—Te lo juro.

Mi pobre latinista marchóse con un aire tal de pena y de espanto, que pensé en salir con él.

—Déjame acompañarte—supliquéle.

Pero él me pidió que permaneciese al lado de su dulce efebo.

—El pobrecito—confióme—está llorando en el comedor... Calma tú sus temores.

Yo me quedé sentado en el vestíbulo, meditando sobre lo singular de mi caso. Poco a poco, al darme cuenta de la profunda amoralidad de mi existencia en aquella casa y del peligro que constituía para mi naturaleza caprichosa la coquetería equívoca del divino mancebo, más bello, más tentador y más femenino que la más deliciosa doncella, llegué a experimentar el deseo de que

realmente alguien tomase cartas en el asunto, haciendo encerrar de nuevo a Ramoncillo, o, mejor aun, devolviéndolo a su familia.

Aquí estaba yo de mis reflexiones, cuando el chico vino a sentarse a mi lado, mirándome con sus bellos ojos, húmedos de lágrimas.

—¿Te ha dicho todo?—preguntóme.

—Sí—le contesté.

Hubo un largo silencio apenas interrumpido por los sollozos que, de vez en cuando, se escapaban del pecho de mi amiguito. Yo no sabía cómo calmarlo, ni me atrevía tampoco a darle el único consejo honrado, que era el de retornar a su tierra.

—¿Tú qué crees?—díjome al cabo de un rato.

—Yo..., no sé... No creo que Valera se meta en eso... Al fin y al cabo no está encargado de ti oficialmente... No es mas que un amigo de tus padres...

—En efecto... Meterse, no creo que se meta... A lo más, hará indicaciones..., escribirá a mi madre... Tú en mi caso, ¿qué harías?...

—Yo..., no sé..., tal vez pensaría en volver a mi hogar...

—¡Ah!..., sí..., marcharme...

No dijo más... De sus párpados entornados comenzaron a rodar por sus pálidas mejillas grandes

lágrimas silenciosas... Sus labios contraíanse, sin deformarse, en una mueca trágica... Lo poco que en él había de masculino, si es que realmente había algo, fundíase en aquel dolor mudo, resignado, débil, que lo hacía igual a la más triste de las vírgenes...

Tratando de sonreír, le dije, acariciándole las manos:

—Eres una mujercita...

—La tuya, sí...

—No..., la de Renjifo...

—Te juro por Dios, por lo más sagrado, por mi padre, por todo, que jamás...

—¿No vives acaso con él?

—No importa...

—¿No duermes en la misma cama?

—No importa...

—¿No está él loco por ti?...

—No importa...

Pero, en fin, ¿qué especie de ser eres tú?... ¿Qué misterio hay en ti?... Aquí no sabemos siquiera si eres una mujer o un niño...

—¿Tú qué prefieres?... Para ti seré lo que tú quieras...

—¡Lo que yo quiera!... No te comprendo. Alice dice que eres mujer... Tu amante, en cambio...

—¿Mi amante?... El amante de mi alma y de mi

espíritu; mi amante casto, puro, místico; mi único amante eres...

No terminó su frase...

Sus labios se acercaban a mis manos y yo los veía avanzar voraces, y lentos, palpitantes y húmedos, con terror y vergüenza... Había en mi alma un deseo contradictorio de pedir auxilio y de reírme de mí mismo.

De pronto oímos llamar a la puerta. Ramoncillo alejóse, sin ruido. Yo abrí. Era el latinista que volvía, ya no apesadumbrado, sino radiante de alegría.

—Mira —exclamaba enseñándome un tomo enorme—, mira: un diccionario español-latino que un editor me da para hacer una nueva edición corregida... Es un trabajo pingüemente pagado... Ahora ya podemos marcharnos a París, seguros de que por lo menos el pan lo tendremos asegurado durante un año... Es don Juan quien ha conseguido para mí este trabajo... ¡Ha estado más amable!... Yo no sé si sabe... En fin, la vida es bella, Enrique...

* * *

Nuestra existencia tomó de nuevo su rumbo monótono, que por fortuna los proyectos de viaje a París iluminaban. En las largas sobremesas de

la noche, sobre todo, nos complacíamos cotidianamente ya no sólo en ordenar los detalles del éxodo, sino hasta en organizar el *train-train exquisito* de nuestra futura *vie de bohéme* en pleno barrio Latino, entre las márgenes del Sena, dominadas por las torres de Nuestra Señora, y los Jardines del Luxemburgo, poblados de reinas de mármol. Alice y yo lo teníamos todo arreglado y no necesitábamos sino llamar un coche para que nos llevase con nuestro pobre equipaje a la estación del Norte. «Aunque nos muramos de hambre—decía ella—, no cambio nuestro billete de 1.000 pesetas sino para comprar los billetes del ferrocarril.» Gracías a Dios, nos hallábamos muy lejos de la miseria. No saliendo de casa y no gastando sino en fumar y en beber, los cien duros que a cada uno habíannos tocado en el reparto del cheque guatemalteco, estaban todavía bastante presentables.

—Debiéramos marcharnos hoy mismo—decía yo cada vez que la nostalgia me atormentaba.

Pero Renjifo contestábame:

—No..., no hay que ser locos... Yo he prometido entregar cuatro pliegos de mi diccionario cada quince días... Dejadme cumplir la primera quincena, cobrar los primeros 40 duros, y en seguida nos marcharemos... Ya he hecho comprender a mi

editor que en la Biblioteca Mazarine, de París, hay léxicos que debo consultar para que mi trabajo sea *non varietur*... El hombre está encantado y hasta consiente en pagarme, mientras esté allá. 50 francos por pliego, en vez de las 50 pesetas convenidas... Por ahora, aun trabajando muchísimo, no puedo hacer más de dos pliegos por semana... Más tarde, sobre todo si el niño me ayuda, creo que llegaré a cinco por quincena, diez por mes... Entusiasmo no me falta.

En efecto, con una fe, con una constancia de que antes le hubiéramos creído incapaz, nuestro latinista trabajaba horas y horas encerrado en el comedor en compañía de su efebo que cada día mostrábase más serio, más estudioso, más dispuesto a consagrarse a las labores que se le encomendaban.

Ramón—gritaba Renjifo—, mira en el artículo *apparatus*, la frase *apparatus criticus*. Si no la encuentras ahí, busca en *criticus*...

O bien:

—Ramón, Ramoncito, ponme una marca en ese tomo, ahí... Escribe en el margen la palabra *Leidensis*... Así, así... Es para no olvidarme, cuando llegue el momento oportuno, que es preciso recordar el fondo clásico de la Biblioteca de Leiden...

Yo también pedía algunas veces a nuestro amiguito que me dictase para traducir más de prisa. Pero como casi siempre, al cabo de breves páginas, acercábase demasiado a mí, o como, con el pretexto de ver por encima de mi hombro una palabra, rozábame la cabeza con su aliento, yo acababa siempre por huir de él, refugiándome en el seno fresco, franco, oloroso a mujercita muy mujercita, de mi dulce Alice sin complicaciones...

* * *

Una noche, al sentarnos a la mesa como de costumbre, Renjifo exclamó:

—*Messieurs et madame, je suis pret a partir...*

Y como vió que no entendíamos, explicónos que aquella misma tarde, a las seis y cinco minutos, había escrito la última palabra del cuarto pliego.

—Mañana—agregó—, mañana por la mañana entregaré mi trabajo, y si queréis no perder tiempo, mañana por la noche podemos tomar el tren que ha de llevarnos a Lutecia.

Causónos tal sorpresa aquel discurso, que todos contemplamos al latinista deseando convencernos de que no bromeaba. ¡París!... Día y noche suspirábamos pensando en él. Día y noche hablábamos de nuestro regreso hacia sus lares, cual los

israelitas de la vuelta a la tierra prometida... Día y noche veíamos la imagen adorable de las torres y de los domos que se reflejan en el Sena... ¡París!... ¡París!... Y he ahí que, de pronto, al llegar al fin de nuestro destierro, no parecíamos experimentar ninguna alegría.

—¡París!—murmuró Alice, con la voz mojada por la emoción.

—¡París!—suspiró Ramoncillo.

Renjifo que, como siempre que de celebrar grandes acontecimientes tratábase, habíase preparado a la cena con unos cuantos ajenjos, era el único que no se ahogaba en vagas melancolías. Brillante y docto, recobraba de pronto su antigua costumbre de referir anécdotas de esas que hacen ruborizarse a los académicos y a los canónigos.

—¿Habéis leído en los periódicos de la mañana —exclamó—la historia increíble de ese pobre capitán Cienfuente o Cienfuegos, a quien sus compañeros de cuerpo, reunidos en tribunal de honor, acaban de condenar a pedir su retiro? Se le acusa de que una hermana suya es pupila de un prostíbulo... Yo supongo que en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en cualquier país respetuoso de los derechos del hombre y de la mujer, el Gobierno no permitiría tamaño crimen social o corporativo. Porque, aun aceptando el prejuicio europeo de

que la prostitución es deshonrosa, ¿qué culpa tiene un señor de que su hermana disponga de sus encantos como le parezca? En el Japón, según lo aseguran todos los viajeros serios, hay, en los Yosiwaras y en los Shimawaras, damas de las mejores familias, que se entregan a quien las paga. En el fondo, muy en el fondo, lo único importante es la intención. Santa María la Egipcia ha sido canonizada por la Iglesia a pesar de haber vendido su cuerpo. Y Santa Thais también... Y muchas otras, sin contar a Magdalena, que probablemente no existió jamás. En sí mismo, en efecto, el trabajo que una prostituta hace no es malo, puesto que es igual al que ejecutan las castas esposas con sus castos esposos. ¿Estriba la delincuencia en la venalidad? Muchas señoritas hay casadas por interés, y cuyos hermanos no son juzgados por ningún tribunal. ¿Será, acaso, que la venta de las caricias al por mayor es más moral que su venta al menudeo? No acierto a saber por qué... En la historia, entre mil ejemplos, tenemos el del rey Keops, muy venerado por sus vasallos, el cual, hallándose en ciertas circunstancias sin dinero al terminar una pirámide, hizo entrar a su propia hija en una casa de compromisos muy chic y muy cara, para salir él de apuros con el producto de sus caricias...

Aquella noche ninguna de las paradojas del latinista tuvo éxito. Todos estábamos preocupados, preparando con la mente nuestra partida y saboreando la dicha inefable del retorno a la patria ideal.

—¡Mañana!—murmuró Alice.

Y riendo al fin cual una niña:

—Lo único que me duele es marcharme sin haber vuelto a aquel café concierto de la noche de nuestra llegada... No sé por qué creo que ahí se debe conjurar la mala suerte que tenemos...

—Pues vamos—dije yo.

—Vamos—exclamó Ramoncillo.

Sólo Renjifo movió la cabeza negativamente, señalando a su efebo.

—¡Si lo reconocen!

—¡Qué importa, puesto que nos marchamos mañana!

—Una idea—exclamó mi querida—, una idea luminosa que va a arreglarlo todo... En vez de llevar a Ramoncillo, llevaremos a Ramoncilla... Con un traje mío, un sombrero mío... ¿Os parece?...

—¡Magnífico!—gritamos todos.

—Pues a vestirte, chica.

Y seguida por el niño esbelto, la elegante parisiense desapareció en la sombra del pasillo, no sin

poner antes sobre la mesa una cajetilla de cigarrillos y un frasco de *chartreuse*.

—Bebamos...

—Bebamos...

Silenciosos, mi amigo y yo envolvíamos nuestros ensueños en el humo del tabaco y en los vapores del alcohol. De vez en cuando, un dúo de risas cristalinas llegaba hasta nosotros, haciéndonos sonreír.

—¡Cuánto tardan!

—Es cierto...

Al fin volvió Alice, animada, alegre, con chispas de malicia en las pupilas.

—Está preciosa—dijo, tomando asiento y sirviéndose una copa.

Luego, dirigiéndose a mí, agregó:

—Ve a buscarla tú, porque si no, es capaz de no venir... A ti es al que te tiene miedo, por lo que te burlas de todo.

—Ve—repitió Renjifo, paternal.

Cuando penetré en nuestra estancia, Ramoncito se miraba en el espejo, sacudiéndose las puntas de las pestañas con el índice... Envuelto en un trajecillo negro, muy ajustado, parecía más alto, más lleno de carnes, más redondo de líneas... Su cuello desnudo era blanco y suave cual el de una paloma... Sus ojos de amatista, agrandados por el

kohol, abríanse en la palidez del rostro con belleza alucinante, casi fantasmal. Pero era su boca, era su terrible boca, cuyos tres picos estaban acentuados y avivados por el carmín; era su boca de niño y de cortesana, su boca palpitante, su boca voraz, la que más me atraía...

—Ramón...

No parecía oírme, ni verme. Me acerqué a él hasta respirar sus cabellos rizados, hasta rozar su busto con mi brazo. El sonreía inmóvil. ¿Él?... No. No era él. Era ella, una ella misteriosa, una ella irresistible, una ella demoníaca... Me quedé también mudo y quieto ante su imagen reflejada en la luna.

—Mi Enrique—murmuró.

Y al mismo tiempo, lentamente, volvióse hacia mí, echóme los brazos al cuello y me dió sus labios; no, mejor dicho, su boca, su femenina y divina boca mojada, contraída, aspirante, tiránica...

¿Cuántos segundos o cuantos siglos duró aquel beso?...

No lo sé.

Pero recuerdo que al volver en mí, al arrancarme a aquel delirio fugaz y terrible, vi desplomarse al efebo y oí que dos voces irritadas, dos voces groseras, me cubrían de insultos... ¡Y qué insul-

tos, Dios mío!... Yo no hubiera creído nunca capaz a Alice de tal violencia, ni a Renjifo de tal rabia.

—¡Fuera! ¡Miserable!... ¡Fuera!... ¡Márchate!...—gritaban.

La puerta estaba abierta... Por la escalera negra resbalé hasta el zaguán...

* * *

Una vez en la calle, en la desierta calle de las Veneras, el soplo frío de la noche hízome estremecer largamente... A lo lejos brillaba un farol único. Las ventanas, lo mismo las mías que las vecinas, estaban obscuras; todas las ventanas de todas las casas estaban apagadas. Sin darme cuenta del camino que seguía, quise andar, hacia arriba, hacia el único lugar donde resplandecía una luz. Mis pasos eran tan inciertos, que al cabo de un instante tuve que detenerme, apoyándome en la pared. Pareciame que todo giraba en torno mío: la calle obscura, el cielo estrellado, las casas mudas, el mechero solitario... Mis labios balbuceaban frases incoherentes. Estaba borracho... ¿Borracho de qué?... No había bebido ni más ni menas que las noches anteriores... Pero, sin duda, una borrachera delirante, vacilante, exaltada,

torpe, privábame del uso de la razón y hasta del equilibrio... ¿Era acaso el filtro de aquel beso maldito?... ¿O era la vergüenza de haber tenido que huir así, perseguido por las injurias de aquellos seres animalizados por los celos?...

No lo sé... Mas en el fondo de mi alma palpitaba la fe absoluta de que aquellos labios que así me habían enloquecido no eran los de un niño, no, sino los de una mujer... Hay algo en esas cosas, que no engaña... ¿Qué? Un algo misterioso, sutil y profundo, que se siente y no se explica: un algo divino e infernal que forma la esencia de los besos...

FIN

CONCESIÓNARIO EXCLUSIVO DE VENTA
LIBRERÍA Y EDITORIAL RIVADENEYRA

PRECIO: CUATRO CINCUENTA PTAS.